#1 BESTSELLER EN AMAZON

DANIEL HURST

LA VIUDA DEL MÉDICO

ELLA CONFIÓ EN ÉL.

AHORA ESTÁ PAGANDO EL PRECIO ...

UNA LECTURA QUE TE MANTENDRÁ AL BORDE DE TU ASIENTO

JENTAS

La viuda del médico

Daniel Hurst
La viuda del médico
Título original: The Doctor's Widow
Copyright © Daniel Hurst, 2023. Reservados todos los derechos.

First published in Great Britain in 2023 by Storyfire Ltd trading as Bookouture

© 2024 Jentas A/S. Reservados todos los derechos.

Traducción: Ana Fernández, © Traducción, Jentas A/S. Reservados todos los derechos.
ePub: Jentas A/S

ISBN 978-87-428-1318-8

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin la autorización escrita de los titulares de los derechos de la propiedad intelectual.

PRÓLOGO

La policía de verdad pensó que me tenía cuando tiraron la puerta abajo e irrumpieron en mi casa.

Irrumpieron por la puerta nueva de la costosa casa que acababa de comprar. Cuando pagué los honorarios de la agencia inmobiliaria y acepté las llaves, no tenía ni idea de que la hermosa propiedad que había adquirido pronto estaría llena de agentes de policía.

Pero lo estaba.

Decenas de hombres y mujeres, todos ellos con uniformes blancos y negros, y todos ellos ansiosos por esposarme y llevarme fuera hasta uno de los vehículos que me esperaban, mientras mis nuevos vecinos se detenían y contemplaban la desagradable escena que estaba teniendo lugar justo delante de ellos, en su tranquila calle de un acomodado barrio residencial.

Ese era su plan. Pero, como viene ocurriendo desde hace tiempo, el plan de la policía siempre ha diferido mucho del mío.

Mientras las botas de varios agentes pisaban mi lujosa alfombra nueva, yo estaba en otro lugar, a kilómetros de distancia, en otra parte del país, lo cual era una suerte para mí y una desgracia para ellos. Mientras abrían puertas e inspeccionaban las habitaciones recién pintadas, yo no aparecía por ninguna parte, lo que significaba que sus superiores no iban a estar contentos cuando les llegaran las noticias de que no se había producido ninguna detención. Mientras registraban toda la propiedad —que me había costado casi un millón de libras cuando la compré dos semanas antes— en busca de cualquier indicio o pista que pudiera indicar a la policía dónde se encontraba ahora el propietario, yo ya estaba planeando hacer lo que ellos querían obligarme a hacer.

Pensaba ir a la cárcel.

Pero, como todo lo demás en mi vida, iba a hacerlo en mis términos y en los de nadie más.

Cuando terminó el registro de mi casa y los agentes de policía regresaron a sus coches con las manos vacías, mis vecinos volvieron poco a poco a sus casas, algunos quizá aliviados de que no se hubieran

producido detenciones tan cerca de sus hogares, pero otros presumiblemente un poco decepcionados por no presenciar un espectáculo aún más increíble en la puerta de su casa.

¿Lamenté decepcionarlos? ¿Desearía haber estado allí para darles algo de lo que cotillear?

«¿Has visto a la policía venir a arrestar a nuestra nueva vecina, Fern?».

«¿Qué crees que ha hecho?».

«He oído que mató a su marido y casi se sale con la suya. ¿Crees que es verdad?».

«He oído que mató a más de una persona».

«¿De verdad? No me pareció una asesina».

No sé, nunca se puede juzgar un libro por su portada.

Lo más probable es que esas fueran algunas de las conversaciones que tuvieron lugar a puerta cerrada en mi calle no mucho después de que todos, menos dos de los agentes de policía, se hubieran marchado y regresado a comisaría. La pareja que se quedó tenía una tarea sencilla: debían sentarse en su vehículo y vigilar mi casa por si yo volvía. En ese caso, debían llamar a sus colegas para que regresaran a detenerme.

Pero ¿volvería? ¿O, una vez más, iba a ser demasiado lista para ellos?

Eso aún estaba por verse. Soy capaz de muchas cosas, pero predecir el futuro con exactitud no es una de ellas. Por ahora, todo lo que sé es lo que ocurrió en el pasado.

Una vez fui pareja de Drew Devlin, un hombre popular y respetado.

Yo era la mujer de un médico y lo tenía casi todo.

Entonces me dijo una mentira y supongo que se puede decir que las cosas se descontrolaron a partir de ahí.

Las cosas son muy diferentes ahora que Drew ya no está.

Las cosas son muy diferentes ahora que soy la viuda del médico.

PRIMERA PARTE

ANTES DE QUE LLEGARA LA POLICÍA

1

Fern

Mis uñas recién pintadas lucen bonitas mientras mis manos descansan sobre el volante de cuero de mi flamante coche. Mientras espero a que el semáforo se ponga en verde delante de mí, miro por la ventanilla del conductor y veo a unos cuantos peatones que pasan corriendo por la concurrida calle, todos ellos ansiosos por llegar a donde sea que vayan. Aunque una cosa es segura.

No llegarán tan rápido como yo.

Mientras los coches de delante avanzan, piso con suavidad el pedal del acelerador y vuelvo a estar en marcha, deslizándome por el centro de Manchester en el coche del que recibí las llaves hace solo una semana. Pero es el juego de llaves que voy a recoger hoy lo que de verdad me emociona, porque aunque la novedad de mi nuevo medio de transporte puede estar empezando a desaparecer un poco, pasará mucho más tiempo antes de que me aburra de la impresionante casa a la que estoy a punto de mudarme.

La luz del sol que ha estado brillando contra el lateral de algunas de las torres más altas de esta ciudad golpea brevemente mi parabrisas antes de que vuelva a estar a la sombra de uno de esos edificios, avanzando por la zona congestionada donde, a mi alrededor, tanta gente intenta llegar al trabajo. Es en momentos como este cuando me acuerdo de sentirme agradecida por no tener que desplazarme a diario ni tener que pasarme la mayor parte de la semana respondiendo ante otra persona y esperando paciente a que me envíen una nómina a final de mes. Esa gratitud que siento podría haberse desgastado con facilidad a estas alturas, dado que hace mucho tiempo que no trabajo, pero no lo ha hecho y espero que nunca lo haga.

Drew Devlin es la razón por la que pude dejar el trabajo. Aquel apuesto médico llegó a mi vida de forma inesperada, me conquistó y me puso un anillo en el dedo; y después de llevarme al altar, me dijo que dejara mi trabajo y me relajara porque, con su sueldo, el dinero no era problema. Tenía razón, y durante los primeros años de matrimonio disfruté mucho de ser la mujer del médico y de todas las ventajas que ello conllevaba. Las fiestas. Las vacaciones. La mirada respetuosa de la gente cuando Drew les contaba a qué se dedicaba mientras yo permanecía a su lado, con el brazo entrelazado con el suyo y sonriendo, porque de todas las mujeres del mundo, yo era la que había atrapado a aquel hombre tan impresionante. Yo era feliz siendo yo misma —Fern Devlin—, una esposa, una amiga, un miembro inocente y honesto de la sociedad. Nunca le pedí que me engañara con Alice. Nunca le pedí que nos mudáramos a Arberness, el lugar al que propuso que nos fuéramos porque ella había ido allí primero. Desde luego, nunca le pedí los oscuros y destructivos pensamientos de venganza que me vinieron a la mente a raíz de todo aquello. Pero ahora Drew se ha ido, dejándome sola tras su prematura muerte hace cuatro meses.

Sin embargo, me va incluso mejor como viuda del médico que como mujer del médico.

Al divisar a través del parabrisas la agencia inmobiliaria de lujo que tengo delante, mis ojos escudriñan la poblada calle en busca de una plaza de aparcamiento. Cualquiera que quiera dejar su vehículo aquí normalmente tendría que pagar una multa bastante exorbitante, o bien arriesgarse a la ira de un agente de estacionamiento demasiado celoso, pero, como siempre, tengo una forma de eludir la ley. Como cliente de la agencia inmobiliaria, tengo derecho a aparcar en la plaza reservada a los clientes que vienen a pagar, y eso es justo lo que estoy haciendo yo. La cantidad de dinero que ha salido hoy de mi cuenta bancaria podría haber pagado las multas de aparcamiento de todos los habitantes de esta ciudad durante el próximo año.

Salgo de mi elegante Mercedes y me dirijo a la entrada con un atuendo igual de elegante: un vestido rojo de jacquard de amapolas, un par de zapatos de tacón y un bolso de diseño, que provoca un par de miradas de admiración de las dos mujeres con las que me cruzo de camino a la puerta. Pulso el botón del llavero que cierra automáticamente el coche y guardo la llave en el bolso antes de entrar en la inmobiliaria con gran expectación por recibir otra llave. Sonrío a la atractiva recepcionista que me da la bienvenida, y es evidente que me estaba esperando.

—Por aquí, señora Devlin —dice la joven rubia, y yo la sigo,

sintiendo un poco de envidia de su piel tersa porque tiene al menos diez años menos que yo, aunque estoy segura de que siente la misma envidia de mí y de la propiedad que he venido a adquirir de manera oficial.

Tengo la sensación de que no es la única; al pasar por delante de varias mesas de la parte diáfana de esta oficina, todos los trajeados que están sentados en ellas levantan un instante la vista de sus teléfonos u ordenadores portátiles para verme pasar, y estoy segura de que todos están pensando lo mismo: «En lugar de estar todo el día vendiendo estas casas de ensueño, me gustaría poder vivir en una de ellas».

Aunque estoy segura de que estos empleados reciben una buena compensación a través de comisiones por el trabajo estelar que realizan en la venta de casas caras por toda la ciudad, es al hombre del despacho privado de la parte trasera de esta agencia a quien voy a ver hoy, porque es él quien se va a ganar la comisión de la jugosa venta de mi casa. Se llama Keegan y, cuando levanta la vista de su escritorio para ver entrar a su último cliente, una amplia sonrisa se dibuja en su cincelado rostro.

—Señora Devlin. Un placer, como siempre. Y justo a tiempo, ¡gracias por ser tan puntual!

Enseguida sale de detrás de su escritorio de caoba con la mano derecha extendida hacia mí, y se la estrecho antes de que me invite a tomar asiento y me pregunte si hay algo que pueda ofrecerme a modo de refresco. Le doy las gracias y le digo que ya he tomado mi dosis de cafeína del día, así que el café queda descartado si quiero dormir esta noche.

—Vale, ¿qué tal un poco de champán? —sugiere Keegan, sorprendiéndome, y me demuestra que no era solo una broma cuando abre la pequeña nevera que hay en un rincón de su despacho, donde hay una botella guardada para una ocasión como esta.

—No, gracias. Tengo que conducir. —Decido no mencionar que, una vez que tenga las llaves de mi nueva casa y haya entrado, descorchar una botella de champán es lo primero en mi lista de cosas por hacer. También renuncio a mencionar que prefiero hacerlo sin la compañía de Keegan.

—Bien, vamos a arreglarlo para que no se retrase más —dice Keegan mientras vuelve a sentarse, alisándose la corbata negra que le cubre la camisa blanca—. Los fondos han sido recibidos y todo ha sido gestionado por nuestra parte, lo que significa que solo hay un par de cosas que hacer y podrá irse.

Desliza hacia mí por el escritorio un trozo de papel y me pide que

lea lo que pone antes de firmarlo; mientras lo hago, abre el cajón de su escritorio y saca la llave plateada que estoy deseando tener en mis manos. Pero, antes de recibirla, hago lo que me dice, leo el documento y obtengo la confirmación de lo que acabo de comprar.

FairView Manor, Foxgreen Crescent, Hale, Manchester: 975.000 libras.

Tras leer con rapidez la jerga legal que figura bajo el nombre de la propiedad que voy a comprar, veo que solo se trata de que confirme que la agencia inmobiliaria ha hecho todo lo que debía para ayudarme durante la venta. Por eso estoy encantada de coger la estilográfica azul del escritorio de Keegan y firmar al pie de la línea de puntos. Con eso, solo queda una cosa por hacer.

—Aquí tiene, señora Devlin. Felicidades, y espero que disfrute de su nuevo hogar.

La llave se siente ligeramente fría al tacto cuando la cojo. Es casi la misma sensación que tuve cuando recibí la de mi anterior casa, que estaba a muchos kilómetros al norte de aquí, en el pintoresco pueblo de Arberness, justo al sur de la frontera escocesa. Aquel día sentí frío porque sabía que solo me mudaba para apaciguar a mi marido y no podía evitar la sensación de que iba a ser una mala decisión para todos. Pero lo hice de todos modos, las cosas salieron como salieron y aquí estoy. He dejado atrás al doctor Drew Devlin y me siento mucho mejor en este nuevo capítulo de mi vida.

—Gracias por toda tu ayuda —le digo a Keegan con una gran sonrisa en la cara—. Me aseguraré de recomendarte a cualquier amigo que quiera cambiar de casa en el futuro.

Keegan lo aprecia y me da las gracias mientras me acompaña a la puerta. Tras atravesar con paso seguro la concurrida oficina, salgo a la calle y estoy casi lista para seguir mi camino. Pero, justo cuando estoy rebuscando en el bolso la llave del coche, oigo sonar mi teléfono y, al comprobar el identificador de llamadas, veo el nombre en la pantalla.

Roger.

Es otro motivo más para sonreír en este día que, de momento, está resultando perfecto, y me alegro de retrasar un par de minutos el viaje a mi nueva casa solo para tener noticias del último hombre que ha llegado a mi vida.

—Hola —digo con despreocupación al contestar la llamada.

—Buenos días, preciosa. ¿Cómo estás hoy? ¿Ha ido todo bien en la inmobiliaria?

La voz de Roger y sus palabras me llenan de placer. Me llama

guapa. Me pregunta cómo me va el día. Y se ha acordado de que hoy tenía una cita en la agencia inmobiliaria. En otras palabras, le importo.

Lástima que mi pareja anterior no fuera igual.

—Estoy muy bien. Acabo de recoger la llave —respondo mientras miro el pequeño y brillante objeto que tengo en la mano.

—¡Fantástico! ¡Felicidades! ¿Qué tal si te llevo a tomar algo esta noche para celebrarlo?

Me encanta la sugerencia, pero tengo una aún mejor.

—Una copa estaría bien, pero no me apetece salir. Quiero disfrutar de mi nueva casa esta noche. ¿Quieres acompañarme y ayudarme a disfrutarla aún más?

Roger no puede dejar pasar una insinuación como esa y acepta mi invitación con entusiasmo, diciéndome que estará en mi nueva casa en cuanto acabe de trabajar y que está deseando verme. No lo pongo en duda mientras termino la llamada, porque por muy interesante que sea su jornada laboral, seguro que no lo es tanto como unirse a mí para beber champán y participar en otras actividades más agradables más tarde.

Con aún más entusiasmo que cuando salí del coche hace unos minutos, vuelvo a subirme en él y me alejo del aparcamiento saludando con la mano al agente de estacionamiento que está al final de la calle porque hoy no me va a poner ninguna multa. Luego conduzco por la ciudad, pensando en cómo me he librado del castigo por otras cosas en mi vida, y son cosas mucho peores que no pagar por una plaza de aparcamiento.

Es extraño porque el viejo refrán dice que el que la hace, la paga.

Ojalá la persona a la que se le ocurrió eso supiera la verdad.

A mí me ha merecido la pena, y tengo una casa nueva para demostrarlo.

2

Greg

Como vendedor, hago muchas llamadas al día. Pero es la última la que sigue sonando en mi mente mientras me esfuerzo por devolver mis pensamientos a los asuntos de trabajo. Porque esa última llamada no tenía nada que ver con mi trabajo, o al menos no con el trabajo por el que me pagan. Se trataba más bien de mantenerme en mi papel de «Roger», el alias que he asumido mientras continúo en mi búsqueda para desenterrar la verdad sobre Fern, la exmujer de mi viejo amigo Drew.

Dejo el teléfono sobre la mesa y me recuesto en mi silla barata de oficina. Es raro que esté en mi mesa porque me paso la mayor parte de la semana conduciendo por todo el noroeste de Inglaterra para visitar clientes, pero se supone que hoy es un día de «generación de contactos». Eso significa que ahora debería estar haciendo llamadas comerciales, concertando reuniones y haciendo todo lo posible por cerrar algunos tratos para mi empresa, ya que me pagan por comisión, no por sueldo. Sin embargo, no lo estoy haciendo. Estoy pensando en Fern y en que dentro de unas horas tengo que beber champán con ella y felicitarla por su preciosa casa nueva.

Una casa que creo que ha comprado con dinero manchado de sangre.

Enterarme de la muerte de Drew, un hombre con el que jugué al tenis en varias ocasiones y que se había convertido en un amigo íntimo antes de que abandonara abruptamente Manchester para empezar una nueva vida en Arberness, fue más que perturbador. Sabía que el popular médico tenía un círculo social amplio y muy completo, pero yo nunca me he caracterizado por tener muchos amigos. Por eso

apreciaba la relación que tenía con Drew; esperaba con impaciencia nuestros partidos semanales de tenis, así como el rato que pasábamos después en el pub. Nunca le molestaba los fines de semana, pues era consciente de que era probable que estuviera en alguna cena con otros médicos y gente con la que me costaría encajar, pero no me importaba. Una o dos tardes entre semana para ponerme al día en la cancha me parecía bien; me daba el descanso mental que necesitaba de mi propio trabajo, así como el ejercicio físico que un médico como Drew seguramente me habría recetado si yo fuera uno de sus pacientes. No me entristecía saber que estaba más cerca de Drew que él de mí; en todo caso, me alegraba de estar en su órbita. Tenía don de gentes; carisma, supongo que lo llamarían. Estoy seguro de que su mujer estaba tan encantada con él como todos los demás con los que se cruzaba, aunque nunca la conocí. No me habría importado hacerlo, pero no iba a sugerírselo y Drew nunca me invitó a su casa. Parecía contentarse con verme solo como compañero de ejercicio, y no me importaba. Los hombres son diferentes a las mujeres, ¿no? No se convierten de repente en los mejores amigos y comparten detalles íntimos de sus vidas tan a menudo como pueden. Mantienen una relación casual, fresca. Eso es lo que hacen los hombres, y eso es lo que hicimos Drew y yo.

Lo echo de menos, y no solo porque no haya vuelto a pisar una pista de tenis desde que se marchó y porque mi cintura haya aumentado unos dos centímetros. Lo echo de menos porque no solo era un buen tipo, sino también una presencia constante en mi vida y, como nómada que soy, no siempre he podido contar con una red fiable de caras amigas en las que apoyarme. Pero, aunque enterarme en las noticias de su muerte fue terrible, lo que es aún más perturbador es ser una de las pocas personas en el mundo que cree que hubo mucho más en su fallecimiento de lo que parece.

El veredicto oficial de la justicia es que Drew fue asesinado por Alice, una mujer con la que tenía una aventura, después de haberse mudado a Arberness para estar más cerca de ella, aunque, en teoría, nadie más sabía de su romance en ese momento. Ni la pareja de Alice, Rory, ni la pareja de Drew, Fern. Al parecer, según la acusación, lo que ocurrió después es que Drew y Alice reanudaron brevemente su relación hasta que Alice decidió que no quería seguir jugando con fuego y traicionar a su pareja. Conspiró entonces para matar a Drew y apartarlo de su complicada vida. Después, tras encontrar el cadáver del médico del pueblo en la playa y hallar algunas pruebas incriminatorias que relacionaban a Alice con el crimen, fue detenida y posteriormente condenada por asesinato tras ser declarada culpable

por un jurado popular. Ahora está en la cárcel, parece que se ha hecho justicia, y cada uno sigue con su vida.

Pero ¿es tan sencillo?

Suelto un profundo suspiro mientras sigo perdiendo aún más tiempo del día pensando en Fern. Es un hábito que se está convirtiendo con rapidez en obsesión.

La habitación de invitados de mi apartamento está muy lejos de la vinoteca de moda en la que estuve la noche en que conocí a Fern Devlin hace tres meses. Aunque ahora es un lunes muy aburrido, la conocí en una animada noche de viernes, cuando me uní a docenas de personas en ese bar para disfrutar del comienzo del fin de semana. Sin embargo, solo había una persona con la que me interesaba hablar y, tras llamar la atención de Fern cuando estaba sentada sola tomando una copa, me presenté con un nombre falso y el resto, como suele decirse, es historia. Salimos juntos desde entonces, aunque Fern ha preferido mantener en secreto nuestro incipiente «romance». Dice que no quiere dar la impresión de haber olvidado a Drew demasiado pronto. Aunque, como también me ha dicho, no hay reglas fijas sobre cómo una viuda debe adaptarse a la vida, y mientras algunas eligen quedarse solas durante años, otras desean pasar página enseguida para lidiar con la pérdida y la soledad que pueden producirse. Fern, obviamente, ha elegido esta última opción y está feliz de seguir adelante con un nuevo hombre solo unos meses después de que falleciera su marido; cree que así lleva mejor el duelo. Pero, como muchas cosas que sospecho de esa mujer, hay mucho más en todo lo que dice y hace de lo que parece a primera vista. ¿De verdad está afligida por Drew o se alegra de que se haya ido? ¿Sabía lo de su aventura antes de su asesinato y no después? ¿La verdadera razón por la que aún no ha hablado de mí a su familia ni a sus amigos no es porque quiera tomarse las cosas con calma, sino porque le preocupa que puedan sospechar si piensan que la muerte de su marido no ha tenido ningún efecto negativo en ella?

Siguen siendo incertidumbres, pero una cosa es segura.

El fallecimiento de Drew ha tenido algunos efectos positivos en ella.

Uno de los mayores ha sido la considerable póliza de seguro de vida a la que Fern tuvo acceso una vez que las circunstancias en torno a la muerte de su marido se resolvieron en los tribunales. No sé la cifra exacta que habrá recibido, pero, teniendo en cuenta que Drew era un hombre con un muy buen trabajo y que era inteligente cuando se trataba de cosas como inversiones y seguros, estoy seguro de que es una suma sustancial.

Sin duda, debe serlo, a juzgar por lo que su difunta esposa ha estado comprando últimamente.

Un coche nuevo. Ropa nueva. Bolsos nuevos. Manicura nueva. Todo eso antes de la nueva casa de la que acaba de recoger las llaves hoy, una casa que ha costado una cantidad astronómica, y con razón, porque he visto las fotos en Internet y es enorme. A eso hay que añadir su ubicación: se encuentra en una zona de la ciudad conocida por albergar a muchos futbolistas y antiguas estrellas del pop, por lo que no es de extrañar que la agencia encargada de venderla le asignara un precio tan desorbitado. Ahora Fern es la legítima propietaria, libre para disfrutar de los frutos del sensato seguro de Drew mientras este yace en una caja a dos metros bajo tierra.

Eso estaría muy bien si él hubiera muerto en circunstancias ajenas a Fern, y sin duda ella tendría derecho a cada céntimo si de verdad fuera la mujer leal y cariñosa que todo el mundo parece creer que es.

Pero ¿lo es?

Aunque he pasado mucho tiempo dándole vueltas a esa pregunta en los últimos meses, a medida que me he ido acercando a ella, aún no estoy cerca de conocer la respuesta definitiva. Sin embargo, tengo mis sospechas por lo que Drew me contó una noche después de nuestro partido de tenis habitual. Después de que Fern le sorprendiera enviando mensajes de texto a otra mujer —mensajes que eran completamente inocentes—, ella estalló, dejando atónito a su marido por el nivel de ira que estaba mostrando. Creo que soy la única persona que ha oído hablar de ese incidente entre ellos, ya que dudo que Fern tuviera prisa por compartirlo con sus amigos, lo que significaría que soy el único que sabe que Fern tiene una vena muy celosa, así como un temperamento que puede descontrolarse con facilidad.

Creo que esa vena y ese temperamento tuvieron algo que ver con la muerte de Drew, y por eso estoy a la caza de la verdad de lo que ocurrió en Arberness. Hasta que lo averigüe, solo tengo que seguir siendo paciente y, lo más importante, mantener a Fern en la creencia de que solo soy un tipo encantador que conoció en un bar un viernes por la noche, un hombre que le está dando un pequeño respiro para no tener que pensar en lo que ha perdido recientemente.

No puedo decir que me divierta interpretando el personaje de Roge, pues preferiría ser yo mismo, pero ser yo mismo no es la mejor manera de acercarse a Fern. Si ella hubiera sabido que yo era un viejo conocido de su marido, no me habría permitido acercarme tanto a ella como lo he hecho. Sobre todo si de verdad tiene algo que ocultar sobre su muerte, lo cual creo que es así. Pero, tal como están las cosas,

por ahora la tengo engañada, y así es como pretendo seguir hasta que alcance uno de mis dos objetivos.

Uno, pruebas de cualquier delito por su parte.

Dos, y aún mejor, que me haga una confesión después de haya caído completamente bajo mi hechizo y no tenga ninguna razón para no confiar en mí.

Hasta que eso ocurra, seguiré interpretando el mismo papel. Llamaré y enviaré mensajes a Fern a diario para ver cómo está. Le diré lo guapa que es y lo bien que me lo paso cuando estamos juntos, lo que garantiza que estará encantada de seguir aceptando más citas conmigo. Incluso brindaré con ella por las ocasiones felices, como la que celebra hoy, porque muy pronto chocaré una copa de champán con la suya antes de sorber las burbujas frías y gaseosas y comentar lo increíble que es su nueva casa.

Haré todo eso y mucho más si con ello consigo justicia para mi difunto amigo. No puedo decir que sea un placer estar en compañía de Fern, no cuando sospecho que ha cometido un crimen atroz. Claro que es interesante, habladora y atractiva, cualidades que sin duda son las que atrajeron a Drew de ella en primer lugar, pero me recuerdo constantemente que hay más en ella de lo que parece. Drew me lo advirtió y por eso estoy convencido de que ella tuvo algo que ver con lo que ocurrió en Arberness. También por eso tengo que mantenerme en guardia con ella. Fern es lista y, aunque yo también lo soy, estoy jugando a un juego muy peligroso. No es muy diferente al que Drew jugaba con Fern. Le estaba ocultando un secreto, igual que yo, y ese peligroso juego se volvió mortal para él.

¿Me sucederá lo mismo a mí?

Tengo que seguir apartando esa pregunta de mi mente si quiero obtener la verdad.

¿Qué le pasó en realidad al doctor Drew Devlin?

La policía cree que lo sabe, pero yo creo que hay algo más.

La clave para obtener esa respuesta está en su viuda.

3

Fern

La casa parece aún más magnífica que la última vez que la vi mientras aparco en el espacioso camino de entrada, en el que cabrían con facilidad otro par de coches si fuera necesario. Pero eso es seguramente porque la última vez que estuve aquí solo era una posible compradora.

Ahora soy la propietaria.

La novedad de mi nuevo coche ya ha pasado y, como un niño en la mañana de Navidad, enseguida me enamoro más de un juguete nuevo y llamativo que del viejo que era mi favorito, así que no pierdo tiempo en llegar a la puerta principal y meter la llave en la cerradura. Al girarla, sé de verdad que esta casa es ahora mía, porque la puerta se abre y puedo entrar.

Me siento bien al volver a ser propietaria, al tener por fin un nuevo lugar al que llamar hogar de verdad. He estado viviendo de alquiler en un apartamento en la ciudad desde que regresé tras la muerte de Drew, pero, como todos los inquilinos saben, no se puede decorar mucho un lugar que es propiedad de otra persona. Anhelaba volver a tener un sitio que pudiera llamar mío, una propiedad en la que pudiera poner mi sello, y aquí tengo eso.

Como la última vez que estuve aquí, cuando me acompañó Keegan, lo primero que me llama la atención es la amplia escalera que se eleva desde el centro del vestíbulo. Siempre he querido tener una gran escalera como esta, que sea casi una pieza decorativa en sí misma. Ya estoy deseando envolver las barandillas con adornos festivos en diciembre, y sin duda hay espacio para un gran árbol de Navidad junto a la puerta principal, que generará exclamaciones de

admiración de todos los que vengan a visitarme aquí en esa época tan sociable del año.

La habitación que hay según entras a la derecha será el salón, mientras que la de la izquierda va a ser el comedor. Pero es la estancia a la que accedo pasando la escalera la que más me gusta: la cocina. Es el tipo de cocina que no desentonaría en un restaurante con estrellas Michelin. Las encimeras de mármol que recubren la amplia estancia ofrecen mucho espacio para cocinar y muchos fogones para preparar todas mis comidas. También hay sitio para un frigorífico doble, por no hablar de un botellero, e incluso estoy considerando la idea de destinar una parte de esta cocina a hornear pasteles y pan, mi propio espacio para trabajar en una de las aficiones para las que voy a tener más tiempo dentro de poco.

Abajo todo parece estar en orden, así que subo a ver las habitaciones y las encuentro igual de vacías y listas para que les ponga mi propio sello. En el dormitorio principal cabe una cama grande, y en las tres habitaciones de invitados también, aunque pienso utilizar una de ellas para otra cosa. Quizá para pintar. Después de todo, tengo mucho tiempo libre. Y luego está el cuarto de baño, una magnífica obra arquitectónica con ducha e incluso lavabos y espejos dobles. Puede que viva aquí sola en un futuro próximo, pero aún puedo apreciar ese detalle.

No puedo olvidarme de la última característica de esta maravillosa casa. Salgo al jardín, en la parte trasera, y contemplo el césped perfecto, cercado por todas partes por frondosas coníferas verdes. Esas coníferas proporcionan una pantalla de privacidad perfecta con los vecinos de todos los lados, y estoy agradecida por ello porque, aunque soy amable, no quiero que la gente sea entrometida. Aún no he conocido a ninguno de mis nuevos vecinos, aunque espero hacerlo porque, por lo que he leído en Internet sobre este barrio, está lleno de famosos, estrellas del deporte y empresarios de éxito, y eso sin duda tiene que dar lugar a cenas muy entretenidas.

La idea de organizar una cena tendrá que esperar por ahora, porque lo primero que tengo que hacer es amueblar la casa, pero antes de eso hay que decorarla un poco. Quiero que un profesional cambie los colores de algunas habitaciones y necesito alfombras nuevas antes de que los de la mudanza descarguen los muebles que tengo en el almacén. Son muebles que se han movido mucho últimamente debido a las dos mudanzas que he hecho en el último año.

Mudarse es una gran empresa y a la mayoría de la gente le gusta que pasen muchos años entre una mudanza y otra, sobre todo por lo caro que resulta y lo estresante que suele ser. Pero yo siempre he

tenido un don para lo dramático, lo que podría explicar por qué, después de dejar Manchester para mudarme a Arberness con Drew, ahora vuelvo a mudarme a la ciudad. Todo en el mismo año.

Sin embargo, soy consciente de que las cosas podrían haber sido muy distintas. Si Drew no hubiera sugerido que nos mudáramos al norte, no habría habido necesidad de mudarnos. Y, si no hubiera hecho lo que hizo cuando llegó a Arberness, no habría tenido que volver aquí sola después de asistir a su funeral y fingir que lloraba.

Mudarme a Arberness fue un mal necesario: tenía que poner a prueba a mi marido para ver si había cambiado desde que descubrí que me estaba engañando en la ciudad. Pero fracasó estrepitosamente, así que aquí estoy, empezando de nuevo. Solo que esta vez mi futuro no está en manos de un hombre que no es de fiar: yo tengo el control. Aunque técnicamente pueda estar liada con otro hombre en este momento, es algo casual y nadie más lo sabe, solo Roger y yo. Me divierto con él y puede que las cosas se pongan serias más adelante, pero, por ahora, lo mantengo a distancia, al menos en sentido figurado. Esto se debe no solo a que aún es pronto desde que perdí a mi marido, sino también a que no quiero sumergirme con rapidez en otra situación en la que mi felicidad esté intrínsecamente ligada a otra persona. Aunque siempre es bueno tener un compañero, soy más que capaz de estar contenta conmigo misma y, después de estar casada durante casi una década, no tiene sentido precipitarse a corto plazo a otro matrimonio. Sin embargo, la razón principal por la que me gusta tomarme las cosas con calma con Roger y disfrutar de vivir aquí sola durante un tiempo es que soy consciente de una cosa muy importante.

Los hombres, o al menos los que tienen malas intenciones, parecen sacar lo peor de mí.

Un día de celebración como hoy no es el momento de pensar en el pasado, así que voy a apartar todos esos pensamientos por ahora e intentaré disfrutar de esto.

Confío en que funcione en su mayor parte.

Suele ocurrir que, cuando me voy a dormir, me cuesta más olvidar lo que ha ocurrido.

Por suerte, el sol sigue brillando y aún falta mucho para la hora de acostarse, así que no me preocupo por las pesadillas que puedan estar esperándome después de que me haya dormido. En lugar de eso, me pongo a llamar a la empresa de mudanzas que va a traerme algunos de mis objetos esenciales para ayudarme a instalarme. Aunque la mayoría de las cosas de momento se quedarán en el almacén, hay algunas de las que no puedo prescindir, como una cama, una nevera y algo en lo que sentarme y comer. Después de que el rudo norteño al

otro lado de la línea me diga que la furgoneta con esas cosas dentro estará conmigo en menos de una hora, me pongo manos a la obra con mi siguiente tarea, una compra de comida por Internet, y lleno mi cesta virtual con todo tipo de sabrosos manjares que me mantendrán en marcha durante la primera semana en mi nuevo entorno.

Es muy agradable poder pedir todo lo que quiera al supermercado sin tener que preocuparme por el precio, y esa es otra ventaja añadida de la póliza del seguro de vida que se pagó tras el fallecimiento de Drew. Cuando mi difunto marido contrató la póliza, fui sincera al decirle que, aunque su muerte me convertiría en millonaria al instante, prefería tenerlo a mi lado antes que disponer de un montón de dinero sin nadie con quien compartirlo. Pero entonces él me engañó con Alice, una mujer que debió creerse mejor que yo hasta que sus pecados la alcanzaron; y ahora estoy muy satisfecha de que Drew esté muerto y me haya dejado con una fortuna que me llevará el resto de mi vida gastar.

Ya he empezado bastante bien en ese sentido.

Al principio se me ocurrió que tal vez debería limitar mis gastos durante un tiempo, porque puede que no me hiciese ningún bien que se viera que estaba disfrutando de los frutos del seguro de mi difunto marido. ¿Y si la gente pensaba que estaba siendo ostentosa o que me lo estaba pasando demasiado bien para estar de luto? No quería que cotillearan sobre mí y, desde luego, no quería despertar las sospechas de que, de algún modo, yo había provocado esta situación, en lugar de ser simplemente la viuda inocente que todo el mundo creía que era. Pero después me di cuenta de que esos temores eran infundados, porque todos los que me conocían me decían que tenía que hacer lo que pudiera para superarlo, y si eso significaba comprarme un coche bonito, una casa grande o irme de vacaciones de lujo, que así fuera. ¿Quiénes eran ellos, que no habían perdido a su pareja, para juzgarme? Que todo el mundo asumiera que estoy sufriendo por dentro me ha ayudado a poder derrochar en algunas de las mejores cosas de la vida porque, para ellos, solo estoy intentando compensar el doloroso vacío que me dejó la muerte de Drew.

Me parece muy bien.

No me arrepiento de nada de lo que ocurrió en Arberness, y recibo con gratitud tanto la compra como mis muebles esenciales del almacén. Hice lo que tenía que hacer entonces y seguiré haciendo lo que tenga que hacer ahora para salirme con la mía. Parte de eso significa mantener contentos a mis allegados, porque si creen que estoy bien es menos probable que se metan en lo que sucedió antes. Por eso hago algunas fotos de mi nueva casa y se las envío a mis

padres, así como a algunos de mis mejores amigos. Quiero que todos vean que me va bien y que sigo adelante lo mejor que puedo, y si piensan eso, es más probable que vuelvan a estar absortos en sus propias vidas y se obsesionen menos con la mía. Agradezco que todos se preocupen por mí, pero ya es suficiente.

He vuelto y me siento mejor que nunca.

Como para demostrarlo aún más, me alegro cuando abro la puerta poco después de las cinco de la tarde y veo a mi nuevo hombre de pie en mi puerta con una botella de champán en una mano y una enorme sonrisa en la cara.

—¡Feliz día de mudanza! —dice Roger antes de inclinarse para darme un beso, y yo lo acompaño rápidamente al interior de la casa para que podamos empezar a beber.

Ha sido un verdadero rayo de luz en mi vida desde que se me acercó en un bar un viernes por la noche, poco después de mi regreso a Manchester. Para demostrar lo genial que es, incluso se ha acordado de traer dos copas de champán, sabiendo que era poco probable que yo hubiera desempaquetado las mías o las hubiera sacado del almacén a tiempo para nuestro brindis.

Mientras descorcha y nos sirve una copa a cada uno, no puedo evitar soñar despierta por un momento sobre cómo podrían ir las cosas con Roger. Algún día, dentro de unos meses —o tal vez antes, dependiendo de cómo me sienta—, puede que le pregunte si quiere mudarse aquí conmigo, y estoy segura de cuál sería su respuesta. ¿Quién puede decir que no a vivir en una casa como esta? Entonces estaré en el mismo punto en el que estaba antes de que sucediera todo el drama de mi pasado: viviendo en una ciudad que amo, en una casa que amo, con un hombre que amo.

Será como si Arberness nunca hubiera existido.

Definitivamente será como si Drew nunca hubiera formado parte de mi vida.

Y me parece muy bien.

4

Greg

No puedo decir que fuera muy divertido beber champán con Fern y seguirla por su flamante casa mientras me hacía la visita guiada. Escucharla insistir en lo que pensaba hacer en uno de los dormitorios de invitados o en el color de pintura que había elegido para las paredes del comedor no me resultaba nada fascinante, y me resultaba aún más difícil porque la odiaba a muerte y despreciaba el hecho de que viviera así de bien debido a la muerte de su marido. Si Fern albergaba algún sentimiento de culpa por lo que pudiera haberle hecho a Drew para acortar el tiempo que le quedaba en la tierra, lo ocultaba muy bien, sin apenas detenerse a respirar mientras me llevaba de una habitación a otra y me contaba sus grandes planes para su nueva adquisición. De hecho, la única vez que dejó de hablar durante la primera hora que estuve allí fue cuando se llevó la copa de champán a los labios y bebió un poco de las burbujas que le había servido. Al menos entonces tuve un poco de paz.

Sin embargo, mentiría si dijera que toda la experiencia de «inauguración de la casa» fue dura para mí. Una vez terminada la visita y cuando el champán empezó a hacer efecto —sobre todo en la excitada dueña de la casa, porque se tomó muchas más copas que yo —, dejamos de hablar y nos dedicamos a otra cosa. En la nueva casa de fern no hay muchos muebles, pero sí una cama, y allí fue donde nos encontramos al poco rato.

Sí, me acuesto con fern, lo cual puede parecer extraño teniendo en cuenta lo mucho que la odio y que no me creo ni una palabra de lo que dice sobre lo que pasó en realidad con drew, pero tengo que mantener las apariencias como el nuevo hombre de su vida. Dudo que

nuestra relación llegase muy lejos si no tuviéramos intimidad. De hecho, fern pensaría que soy raro por no intentar acostarme con ella, y no quiero que sospeche de mí. Por lo que ella sabe, solo soy un tipo normal que conoció en un bar y, si ese es el caso, un tipo normal estaría más que deseoso de tener relaciones físicas con una mujer como ella.

Tal y como yo lo veo, es solo un medio para un fin, una forma de acercarme lo suficiente a fern para que confíe en mí. Las conversaciones en la cama pueden ser la mejor manera de conseguir que me revele algunos de sus secretos más oscuros, secretos que más tarde puedo contar a la policía, pero no podemos tener esas conversaciones si no dormimos juntos. La potente mezcla de alcohol junto con tres hormonas y sustancias químicas postsexo tan poderosas como la oxitocina, la dopamina y las endorfinas puede acabar siendo el detonante para que Fern me cuente demasiado sobre su pasado. Esta vez no ha ocurrido, pero confío en que llegue el momento, ya que está claro que no tiene ni idea de que no soy de fiar.

Lo sé a ciencia cierta porque, justo cuando me iba de su casa esta noche, me dijo que se alegraba de que yo hubiera sido la primera persona con la que había creado un recuerdo en su nuevo hogar. Podría haberlo hecho con sus padres o con sus mejores amigos, pero decidió hacerlo conmigo y me dijo que estaba contenta, aunque no lo suficiente como para dejarme pasar la noche.

A pesar de lo bien que va nuestra relación —y mi engaño—, Fern sigue manteniéndome a una distancia prudencial. Una de las formas en que lo hace es sugiriéndome amablemente que me vaya a casa para que ambos podamos descansar bien por la noche.

Aunque Fern está más que encantada de meterse en la cama conmigo, no lo está tanto de quedarse en ella más tiempo del necesario, y eso significa que hasta ahora no nos hemos despertado juntos por la mañana después de una noche de pasión ni hemos compartido ninguna conversación sincera a primera hora de la mañana, que es el momento en el que es más probable que pueda sacarle una confesión sobre Drew. Pero, de nuevo, creo que es cuestión de tiempo, así que de momento he tenido cuidado de no insistir y no le he exigido pasar toda la noche con ella, porque eso podría alejarla cuando mi intención es acercarla.

También me he esforzado por tomarme las cosas con calma, para no asustarla ni alejarla antes de que esté lista para ir en serio. Una de las formas en que lo he hecho es no invitarla a mi casa, y hemos mantenido nuestras citas principalmente en lugares públicos, bares y restaurantes que son más propios de una pareja que aún está en las

primeras etapas de una relación romántica. Mi apartamento de un dormitorio es un mundo aparte de lo que Fern está acostumbrada, y estoy seguro de que ver dónde vivo la desanimaría un poco. Nunca me ha insinuado nada parecido ni me ha pedido explícitamente ver dónde vivo, así que soy consciente de que está más que contenta con que sea yo quien la visite cuando ella quiera. Eso encaja en mi plan a la perfección; de lo contrario, tendría que preocuparme de que Fern no viera en mi piso nada en lo que pudiera aparecer mi nombre real, o quizá algún vecino entrometido asomara la cabeza por su puerta y le dijera algo que pudiera ir en contra de las mentiras que ya he urdido.

Un plan tan delicado como el mío no tiene por qué dinamitarse dejando las cosas al azar.

Después de despedirnos, me alejo del espléndido barrio en el que ahora vive Fern, hasta la parte de la ciudad donde las propiedades son más baratas y están más formadas por bloques de apartamentos y pisos de protección oficial que por grandes casas y extensos jardines en calles arboladas. Impulsado por la necesidad de saber la verdad sobre la viuda del médico, así como por el ligero subidón del champán —que a estas alturas ya se me ha pasado hasta el punto de que puedo conducir—, detengo el vehículo en el abarrotado aparcamiento que hay junto al bloque de apartamentos de quince plantas al que llamo hogar.

Tomo el ascensor hasta el décimo piso y, tras intentar ignorar el olor a algo bastante pútrido que hay en el pasillo —por no hablar del ruidoso televisor que hay detrás de la puerta de uno de mis vecinos—, llego al piso I006 y meto la llave en la cerradura. Como siempre, la llave y la cerradura tienen un pequeño desacuerdo y me lleva un par de segundos lograr que se desbloquee y la puerta se abra, pero esa es solo una de las muchas alegrías del lugar que alquilo por una ridícula suma de dinero cada mes.

Al entrar en mi humilde morada, me quito la chaqueta del traje y la tiro en el pequeño sofá del «salón», antes de dar dos pasos y acabar en la «cocina», que no es más que una encimera, un microondas y un frigorífico muy pequeño en el que no cabe comida para más de dos días. Decido no beberme el único botellín de cerveza que tengo en la nevera, porque es tarde y mañana tengo que madrugar, y me dirijo hacia mi dormitorio, pero me detengo a mirar lo único bueno que tiene este lugar.

Las vistas.

Contemplando las luces parpadeantes de Manchester a medianoche, pienso, como suelo hacer cuando estoy aquí, en toda la

gente de abajo y en sus vidas. Pero mis pensamientos nunca tardan en centrarse en un habitante en particular de esta ciudad, y después de intentar averiguar cuál de las muchas luces del paisaje pertenece a la nueva propiedad de Fern, me dirijo al dormitorio. Tampoco aquí es fácil olvidarse de ella, gracias al rudimentario mapa mural que he hecho y pegado en una de las paredes. Consta de varias cosas relacionadas con el pasado de Fern y demuestra que estoy tras la pista de la verdad.

Aquí hay fotos de todos los peones clave en el peligroso juego que ha jugado Fern. Está Drew, por supuesto, el difunto médico que pagó el precio más alto por traicionar a su mujer. También está Alice, la bella amante que jugó con fuego cuando inició un romance con Drew y que, al final, también pagó el precio cuando, según creo, Fern la incriminó en su asesinato. También está Rory, la pareja de Alice, que murió tras, al parecer, quedarse dormido en la bañera de su casa mientras estaba borracho, presumiblemente después de haber ahogado sus penas por la condena de Alice y por todo lo que ella había hecho, antes de ahogar literalmente sus penas en la bañera. Teniendo en cuenta que Rory falleció en Arberness la misma noche que Fern abandonó el tranquilo pueblo para siempre, estoy casi seguro de que ella también tuvo algo que ver con su muerte. Supongo que estaba atando un cabo suelto, un cabo suelto sin duda relacionado con la trama que vio morir a Drew y a Alice ir a la cárcel por su asesinato.

En esta pared también hay una foto del detective Tomlin, el hombre que estuvo a cargo de la investigación del asesinato de Drew y que creyó haber hecho justicia cuando acusó a Alice del crimen y vio en el tribunal cómo la condenaban a veinte años por ello. He pensado en ponerme en contacto con él en un par de ocasiones, para poder compartir con él mi teoría de que, después de todo, Fern podría ser en realidad la culpable, pero hasta ahora no lo he hecho porque no quiero arriesgarme a que el detective le diga a Fern que hay un loco suelto por ahí intentando demostrar alguna idea descabellada sobre ella. Sin embargo, pronto tendré que hablar con él, ya que posee mucha información sobre el caso, y sería útil que alguien más estuviera al tanto de lo que estoy haciendo. Así, si Fern intenta detenerme en algún momento, otra persona podrá retomar la investigación.

La única vez que he hablado con alguien de la policía sobre Fern y sobre cómo creo que ha conseguido salir impune de un asesinato fue cuando me puse en contacto con un par de mis antiguos colegas del cuerpo. Antes era policía, y lo dejé cuando me cansé de defender la ley en este país lleno de delincuencia. Pero ninguno de ellos parecía

interesado en nada de lo que les conté, y no podía culparles, porque como sabía muy bien por mi pasado en la policía, no hay nada que puedan hacer sin pruebas. Hasta ahora, las únicas pruebas del asesinato de Drew apuntan a Alice, y por eso ella está en una celda de mala muerte, mientras que Fern está en una casa enorme.

Pero ya veremos qué pasa.

Después de desvestirme y lavarme los dientes en un cuarto de baño en el que apenas quepo, me meto en la cama e intento descansar. Sin embargo, tumbado en la oscuridad y escuchando los sonidos procedentes no solo de los pisos que me rodean, sino también de las ajetreadas calles del centro de la ciudad, es difícil no cuestionarme mis decisiones vitales. He pasado de ser un policía bastante bien pagado a ganarme la vida a duras penas como vendedor. Además, me he obsesionado con demostrar la culpabilidad de una mujer que todo el mundo considera inocente.

Supongo que se puede sacar al hombre de la policía, pero no a la policía del hombre.

Tal vez fuera inevitable que encontrara algo que me arrastrase de nuevo a mi antigua forma de vida, algo a lo que hincarle el diente investigador y que me mantuviera despierto hasta altas horas de la noche dándoles vueltas a diversas teorías y escenarios en mi cabeza. Parece que es mi forma de ser: necesito un problema que resolver o, mejor dicho, una injusticia que corregir. Todo este asunto de intriga y espionaje con Fern, esta realidad de actuar de forma independiente y tratar de desenterrar verdades e información clave podría ser lo que me está haciendo considerar qué podría venir después de esto. Tal vez el movimiento correcto para mi carrera sería crear mi propia empresa de investigación privada. Puede que no me paguen por hacer lo que hago ahora, pero se me da bien, así que ¿por qué no intentar ganarme la vida con ello? Hacer algo así me daría lo mejor de ambos mundos. Seguiría haciendo lo que siento que hago naturalmente, que es tratar de resolver delitos, pero sin todas las limitaciones y exigencias de ser empleado de cualquier departamento de la policía. Sería libre, un investigador privado a sueldo, marchando al son de mi propio tambor y saltándome todas las normas que hiciera falta para conseguir lo que quiero, en lugar de preocuparme por seguir las reglas y los procedimientos policiales establecidos.

Aunque todo eso son cosas en las que pensaré en el futuro. Por ahora, este es mi primer encargo y está lejos de terminar. Ni siquiera sé si llegará a una conclusión satisfactoria, y eso no sería un buen augurio para conseguir clientes en el futuro.

¿Y si me equivoco?

¿Y si Fern en realidad no conspiró con Rory para matar a Drew, inculpar a Alice y luego matar a Rory cuando todo estuviera hecho?

¿Y si todo esto es una pérdida de tiempo?

Enfrentarse a esa realidad es desalentador, pero, por otro lado, la alternativa es aún más aterradora.

¿Y si tengo razón?

¿Y si Fern es una asesina?

Y lo más importante, ¿y si descubre lo que estoy haciendo y me mata?

5

Fern

He intentado quedarme despierta hasta tarde desde que Roger se fue, pero ya es más de medianoche y me pesan los párpados después de un día muy ajetreado. El champán también contribuye a mi somnolencia, por no hablar del bajón que estoy experimentando después de que todas las buenas sensaciones de intimidad con mi nuevo hombre empiecen a desaparecer.

No sirve de nada. Voy a tener que cerrar los ojos y dormir un poco.

Todo lo que puedo esperar es que, esta noche, las pesadillas se alejen.

Es frustrante que, después de ocuparme de mis asuntos con tanta precisión en Arberness y volver a Manchester sin que nadie sospechara de mí, últimamente me asalten todo tipo de pesadillas y recuerdos de lo que he tenido que hacer para llegar a esta situación. Es frustrante porque, aunque no me siento culpable durante el día, mi subconsciente sí parece sentirse así por la noche, y es muy poco lo que puedo hacer al respecto si quiero dormir un poco. Algunas noches duermo bien, pero hay otras en las que me despierto empapada en sudor y, en raras ocasiones, me despierto gritando. No es lo ideal y es otra de las razones por las que todavía no he dejado que Roger pase toda la noche conmigo.

No quedaría bien que estuviera a mi lado en la cama cuando sufriera otro episodio angustioso. Me preguntaría qué podría estar causándolo y apenas puedo ser sincera con él.

Hablé con un médico sobre las pesadillas y conseguí que me recetara unas pastillas para dormir, que a veces me noquean lo

suficiente como para que muy pocas cosas puedan sacarme de mi letargo hasta el amanecer. Le dije al médico que, tras perder a mi marido en un crimen atroz, era comprensible que tuviera visiones de las cosas horribles que le habían ocurrido, y él se mostró muy comprensivo con mi situación.

Podría decirse que era un médico muy ingenuo.

Igual que el último médico que conocí.

Sin embargo, las pastillas no son una cura para las pesadillas y, mientras me duermo tras tomar un par de ellas, rezo para que la próxima vez que abra los ojos vea la luz del sol colándose por las lujosas cortinas que el anterior propietario tuvo la amabilidad de dejar en el dormitorio principal. Eso significará que he llegado a salvo hasta el amanecer sin que me saque de mi sueño una visión horrible.

Pero eso está por verse.

* * *

—¿Qué tal el día?

La familiar voz masculina a mi espalda me sorprende. No esperaba a nadie, pero al dejar la pila de cajas vacías que hay sobre la encimera y girarme, veo a Drew entrando en la cocina, con su elegante traje y una sonrisa despreocupada en la cara.

—¿Qué haces en casa? Es media tarde —le digo, confundida porque mi marido está aquí y no en su consulta atendiendo a sus pacientes.

—Julie ha tenido que irse antes y yo no puedo seguir trabajando sin mi recepcionista, así que hemos cerrado por hoy —dice Drew mientras coge una cerveza de la nevera, decidido a empezar bien su tarde libre.

Pero tengo otras ideas.

—Estupendo, puedes ayudarme a deshacer parte del equipaje —le digo, señalando la multitud de cajas que hay por toda la habitación y que me han tenido ocupada desde que llegamos a Arberness y nos mudamos a esta casa.

—Pensé que podríamos hacer algo un poco más divertido que eso —responde Drew, y su sugerente expresión me dice lo que tiene en mente.

Pero ¿se siente juguetón porque quiere estar conmigo?

¿O es porque desea a Alice y, como ella no le ha dado lo que quiere, tiene que divertirse en otra parte por el momento?

Quizá si estuviera más concentrada podría resistirme a sus

encantos, pero por alguna razón me siento un poco mareada, casi como si estuviera en trance, y eso significa que soy incapaz de evitar que Drew se acerque a mí. Está lo bastante cerca como para deslizar las manos por mi cuerpo, unas manos que se pasan la mayor parte del día escribiendo en recetas, tomando la tensión y hurgando en el cuerpo de los pacientes para localizar cualquier zona sensible. Pero ahora sus manos solo me cuidan a mí.

Tengo toda la atención del doctor.

Como antes.

Antes de ella.

Y me encanta.

Me encanta subir al dormitorio y pasar una hora revolcándonos entre todas las cajas vacías que aún no hemos desempaquetado desde que dejamos Manchester y nos mudamos a este pueblo.

* * *

Me despierto sobresaltada, noto unas gotas de sudor en la frente y, al echar un vistazo a mi nuevo dormitorio, me doy cuenta de que ha sido otro sueño con Drew. Pero, a diferencia de muchos de los sueños recientes, ese era bastante agradable. O al menos lo fue mientras yo estaba en él y Drew me besaba los labios y me acariciaba la piel. Ahora que estoy despierta, me estremezco al recordar a mi difunto marido y cómo esos labios y esas manos suyas pasaban tanto tiempo con su amante como conmigo.

Quiero volver a dormir, pero siento que necesito reponerme, así que me levanto y voy al cuarto de baño, mi espacioso cuarto de baño con lavabo doble. Afuera todavía está oscuro, así que tengo que vigilar por dónde voy, pero también me he comprometido a no encender ninguna luz porque quiero volver a dormirme rápidamente después de esto.

Tras usar el baño, me pongo delante de uno de los lavabos y me lavo las manos. Al cerrar el grifo, espero dejar de oír el sonido del agua. Pero no es eso lo que ocurre. Mientras mi grifo está cerrado, me doy cuenta de que el del lavabo situado a un par de metros a mi derecha está abierto.

¿Cómo es posible?

Entonces veo por qué.

Es porque Drew está de pie junto a él y me sonríe.

Rápida como un rayo, busco la luz del baño y la enciendo y, cuando lo hago, Drew se ha ido. Ha debido ser mi imaginación la que

me ha jugado una mala pasada en la oscuridad. Supongo que me lo merezco por andar a hurtadillas por mi nueva casa en mitad de la noche, cuando tengo tantas cosas en la cabeza. Es hora de volver a la cama; espero que esta vez no haya ningún sueño.

Pero, antes de irme, me miro por última vez en el espejo que tengo delante.

Es entonces cuando veo la cara ensangrentada de Drew mirándome fijamente.

* * *

Esta vez, me despierto gritando y solo después de calmarme me doy cuenta de que no me había despertado después del primer sueño. Seguía dormida, y eso explica por qué acabo de ver a mi difunto marido en el cuarto de baño. Claro que en realidad no está aquí, porque está muerto y yo estoy a kilómetros de distancia de donde murió en Arberness. Aunque eso no significa que me sienta reconfortada mientras miro a mi alrededor en mi oscuro dormitorio para comprobar que no hay más sorpresas. Por suerte, no las hay.

Ahora sí que estoy despierta. Tampoco tengo prisa por dormirme otra vez por si vuelve a ocurrir algo parecido. En lugar de eso, cojo el móvil de la mesilla y lo uso para navegar por Internet, una pérdida de tiempo de probada eficacia cuando una persona está despierta por la noche y no tiene mucho más que hacer.

Aunque paso los primeros diez minutos leyendo artículos sobre gente que no conozco personalmente, pronto me encuentro tecleando los nombres de personas que sí conozco. Nombres como Drew Devlin, Alice Richardson, Rory Richardson y el detective Tomlin, de la policía de Cumbria. Son personas sobre las que me gusta leer en Internet, aunque solo sea para asegurarme de que no hay noticias recientes sobre ellas. Si las hubiera, me preocuparía que los casos que deberían estar cerrados no lo estuvieran tanto como yo pensaba. Pero todos los artículos que encuentro sobre estas personas son los que he leído en el pasado, así que eso me dice que no ha ocurrido nada nuevo, justo como a mí me gusta.

Satisfecha de que mi secreto siga enterrado y de que probablemente siga así cuanto más tiempo pase, vuelvo a dejar el teléfono. Pero esta vez no cierro los ojos. Me quedo mirando las cortinas hasta que la oscuridad desaparece al otro lado y sé que ya es de día. Ha sido otra mala noche, pero al menos no tengo que ir a trabajar. Todo lo que tengo que hacer hoy es disfrutar de mi primer

día completo dentro de mi increíble nuevo hogar, y eso debería hacer que sobrellevar la fatiga sea más fácil.

Sería mucho peor estar cansada en un lugar que no fuera tan agradable como este.

Un lugar como la cárcel.

Un lugar lleno de criminales.

Un lugar al que no pertenece una persona inocente.

Eso sí que sería horrible.

Por suerte, ese no es mi problema.

Es el de ella.

6

Alice

La puerta de mi celda se abre a las 7:45 de la mañana, pero siempre estoy despierta mucho antes. Es casi imposible dormir toda la noche en la cárcel. Hay demasiados ruidos procedentes de las otras celdas. Gemidos, lamentos, gritos de auxilio, súplicas de inocencia o amenazas furiosas. Siempre hay ruido y, a pesar de taparme la cabeza con la almohada muchas veces durante la noche para tratar de no oírlo, es difícil ahogarlo todo.

Pero siempre me quedo en silencio. No grito por la noche ni exijo que venga a verme el director de la cárcel, aunque tengo motivos de sobra para hacerlo: no debería estar aquí y merezco salir inmediatamente. Mantengo un perfil bajo lo mejor que puedo, como me advirtió otra reclusa el día que llegué aquí; es la mejor forma que tiene una persona de sobrevivir en un lugar tan peligroso como este.

Si ser condenada por un delito que no cometí no era lo bastante desalentador, sin duda lo era entrar en un entorno en el que muy pronto quedó claro que iba a tener que estar en guardia todo el tiempo por si alguien deseaba hacerme daño. Como asesina convicta —lo cual sería risible si no fuera tan aterrador—, ahora me veo obligada a coexistir con asesinas y, a diferencia de mí, ellas de verdad han quitado la vida a otra persona.

Aunque yo no maté al doctor Drew Devlin y no debería estar aquí, las demás reclusas han hecho las cosas de las que se las acusa y, en muchos casos, están orgullosas de admitirlo. Nunca olvidaré cuando conocí a una reclusa conocida como Chezza en mi segundo día. La oí hablar de cómo asesinó a sus padres para acelerar el proceso de recibir su herencia y, cuando la atraparon, admitió lo que había hecho y dijo

a la policía que no se arrepentía de nada. No puedo entender cómo una persona puede no solo matar a alguien, sino no arrepentirse después. En muchos sentidos, soy la excepción aquí.

Tumbada en mi incómodo colchón, con la cabeza apoyada en una almohada casi tan plana como una tortita, pienso en lo que pasará cuando abran la puerta dentro de una hora. Como hacen la mayoría de las personas, lo primero que hago es desayunar. Pero no voy a entrar en una bonita cocina y tomarme un zumo de naranja recién exprimido y un plato de huevos con bacon, ni voy a untar un cruasán con mermelada y darle un mordisco a la sabrosa y hojaldrada masa. En lugar de eso, me pondré a la cola con las demás para recibir un tazón de gachas de avena y una tostada seca, antes de sentarme en una de las muchas largas mesas del comedor y comer en silencio.

El único momento en el que puedo hablar es si acabo sentándome junto a la única persona a la que podría referirme como amiga aquí dentro. Se trata de Siobhan, una irlandesa que cumple una condena de ocho años por el intento de asesinato de su exjefe. Ella sostiene que solo lo hizo porque él la trataba injustamente, y aunque fuera así, eso no le dio derecho a envenenar al pobre hombre y dejarlo en el hospital, conectado a todo tipo de máquinas durante varios meses mientras se aferraba a la vida. Pero, a pesar de haber tomado esa drástica medida con su antiguo jefe, Siobhan es por lo demás una persona bastante agradable, o al menos lo es conmigo. Nadie más que Siobhan me ha cuidado aquí. Fue ella quien me aconsejó que me mantuviera al margen el primer día y, desde entonces, es la única que me pregunta cómo estoy e intenta animarme de vez en cuando con historias divertidas sobre las cosas que hacía cuando era pequeña en Irlanda.

Por desgracia para mí, la condena de Siobhan terminará pronto y será puesta en libertad poco después, mucho antes que yo. Es una buena noticia para ella, pero significa que mi única aliada en este horrible lugar ya no estará para cuidarme.

Y una aliada es algo que me vendría bien, teniendo en cuenta que ya parezco tener una enemiga en este lugar.

Se llama Kelly y, aunque también es una mujer rubia de unos treinta años, ahí acaban las similitudes entre nosotras. Y es que, mientras yo me he pasado la vida intentando ser una ciudadana respetuosa con la ley, y espero salir de aquí, Kelly no ha tenido ningún problema para cometer numerosos delitos en cualquier oportunidad, razón por la que se espera que pase el resto de su vida en prisión. Asesinato, agresión y chantaje son solo algunos de los delitos que Kelly ha cometido en su vida, y aunque no ha sido lo bastante buena

en ninguno de ellos como para evitar acabar entre rejas, es lo bastante buena como para asustar a todas aquí dentro para que hagan lo que ella dice. Técnicamente, son los guardias los que dirigen esta ala de la prisión, pero, en realidad, Kelly es la que manda. Aquí es mucho mejor que una presa haga lo que ella quiere antes que arriesgarse a enfrentarse a su ira.

La última persona que desafió a Kelly, al parecer, fue sacada de aquí en una bolsa para cadáveres.

Por desgracia, Kelly ni siquiera me dio una oportunidad porque le caí mal en cuanto me trajeron y, aunque no he hecho nada para molestarla, desde entonces solo ha mostrado agresividad hacia mí. Siobhan cree que se debe a mi aspecto y al hecho de que no me parezco en nada a ninguna de las otras mujeres de aquí. Puede que sea así, pero no me siento como una prisionera glamurosa, porque no tengo acceso a maquillaje y mi uniforme es tan aburrido y monótono como el que llevan las demás. Sin embargo, eso no ha impedido que Kelly me tenga en el punto de mira, y después de amenazarme durante varios días en las últimas semanas, finalmente me agredió el fin de semana, lo suficiente como para dejarme un ojo morado. Esperaba que los guardias hicieran algo para castigarla, pero se limitaron a devolvernos a cada una a nuestra celda como si las dos hubiéramos cometido un error. Sabía que no debía decirles lo que había pasado, porque lo único peor que ser inocente en la cárcel es ser una «soplona», de las que se chivan de las demás presas a las autoridades para meterlas en líos. Así que mantuve la boca cerrada y desde entonces me he limitado a esperar que se me cure el moratón. También rezo para que Kelly lo deje estar; si no lo hace, no estoy segura de cuánto tiempo podré sobrevivir aquí.

Suponiendo que supere bien el desayuno, la siguiente parte del día consistirá en trabajar, lo que significa seis horas de limpieza. Puede ser en la cantina, en una celda vacía o en la lavandería. Sea donde sea, estaré de rodillas fregando el suelo con una esponja mojada hasta que me digan que pare. Está muy lejos de la vida que tenía antes de que todo se pusiera patas arriba y llegara a esta prisión de Carlisle. Vivía en Arberness —un pueblo tranquilo con vistas fantásticas, tiendas bonitas y gente amable— con Rory, mi marido, y esperaba envejecer feliz en aquel agradable entorno mientras Rory trabajaba como informático durante el día y se iba a tomar una cerveza al pub del pueblo por la noche. Pero el destino se puso en mi contra y el hombre con el que había tenido una aventura en Manchester me siguió hasta allí.

No podía creerlo cuando Drew apareció en Arberness, sobre todo

cuando descubrí que había empezado a trabajar como el nuevo médico del pueblo, lo que significaba que su presencia allí iba a ser permanente. Había estado intentando alejarme de él y poner fin a nuestra aventura, y él lo sabía, ya que se lo había dejado claro. Pero me encontró y, cuando lo hizo, consiguió volver a hechizarme.

No estoy orgullosa de haber engañado a Rory con Drew, pero, aunque cometí errores en mi matrimonio, eso fue todo lo que hice mal. En ningún momento hice nada que justificara terminar en una celda como esta con asesinas como Kelly de compañía.

El periodo inicial tras la muerte de Drew fue duro para mí. No solo fue un shock enterarme de que su cuerpo había sido encontrado en la playa una mañana por un paseador de perros, sino también la confirmación de que nunca volvería a verlo. Drew tenía sus defectos, al igual que yo, y no cabe duda de que el hecho de que no volviera a verlo me habría hecho la vida más fácil, pero no le habría deseado lo que le pasó a nadie. ¿Quién se merece que le golpeen en la cabeza con un objeto duro y lo dejen desangrarse sobre la arena en una gélida noche de invierno?

Kelly quizá.

Y hay otra persona de la que puedo pensar que habría merecido tal destino.

La persona que me incriminó en el asesinato de Drew.

Todo fue una locura cuando encontraron el cadáver del médico y la policía empezó a investigar su muerte, y siguió siéndolo cuando me detuvieron y me interrogaron sobre mi posible implicación en el suceso. Las cosas fueron igual de locas y trepidantes cuando me acusaron y me citaron ante el tribunal. Intenté defenderme y convencer al juez y al jurado de que no tenía nada que ver con lo que le había ocurrido a Drew, pero me declararon culpable y me trajeron aquí para que cumpliera mi condena. Las cosas sucedieron tan deprisa que apenas tuve tiempo de entender qué estaba ocurriendo. Había supuesto ingenuamente que se haría justicia y que la policía se daría cuenta de su error. Pero eso nunca ocurrió y, una vez encarcelada, el tiempo pareció detenerse. Desde entonces, he tenido muchas horas para pensar, y así es como he llegado a mi mejor conjetura sobre lo que debió ocurrir para que me acusaran del asesinato de Drew.

Rory debió hacerlo. Tuvo que ser él quien lo mató. Como mi marido, sin duda tenía un fuerte motivo para hacerlo porque yo me estaba acostando con Drew, y eso habría roto el corazón de cualquier pareja leal. Rory dijo a la policía que no tenía ni idea de nuestra aventura hasta que el doctor murió y los mensajes de mi teléfono y del de Drew mostraron que habíamos tenido una relación romántica. Ya

no estoy segura de creerlo. Rory debió enterarse antes y se vengó de nosotros dos matando a Drew e inculpándome por ello.

¿Por qué estoy tan convencida de que fue así? Porque Rory murió poco después de mi condena.

Tras emborracharse en el bar del pueblo, se fue solo a casa, se durmió en la bañera y se ahogó. Creo que bebió tanto y se puso en una situación peligrosa porque se sentía culpable de lo que había hecho y, sintiéndose incapaz de vivir con ello pero no queriendo confesar su crimen e ir a la cárcel, se deslizó bajo el agua, dejándome a mí para cargar con la culpa de todo.

Tiene que ser eso, ¿no? No veo cómo podría haber pasado otra cosa. ¿Quién más podría haber asesinado a Drew y haber usado mi teléfono para inculparme diciéndole al doctor dónde ir la noche en que fue asesinado? Por desgracia, nadie que me escuche se cree mi historia, salvo Siobhan, claro, pero creo que solo está siendo educada; después de todo, no soy la primera convicta que insiste en que es inocente y que la han incriminado. Desde luego, la policía no me cree. Ni el detective Tomlin ni ningún otro implicado en la investigación. Todos están convencidos de que el caso está cerrado, y eso no me sirve de nada ahora porque son los únicos que pueden ayudarme.

Hay unas cuantas personas que me han escrito desde que estoy en la cárcel y, aunque algunas de ellas me dicen que están de mi parte y que creen que hay más en la historia de la muerte de Drew de lo que parece, ninguna de ellas tiene poder para anular la decisión del jurado. Agradezco su apoyo, aunque lo más probable es que algunos de ellos se sientan solos en el mundo exterior y piensen que escribir a una presa es más fácil que hablar con alguien en la vida real. No sería la primera persona que cumple condena en la cárcel que recibe cartas de admiradores, y desde luego soy lo bastante famosa como para recibir algunas, teniendo en cuenta que mi foto estaba en todas las portadas de los periódicos cuando me juzgaron. Pero, aparte de un tipo llamado Greg, cuyas cartas de apoyo son bastante amables, los demás parecen un poco chiflados. Ni siquiera Greg puede ayudarme: él es solo un civil y yo necesito a un agente de policía de mi lado.

Por desgracia, la policía ha pasado página. Pero yo no puedo seguir adelante. ¿Cómo podría?

No podré hacerlo hasta que se haga justicia y me liberen.

El problema es que no tengo ni idea de cómo hacerlo.

7

Fern

Es el primer viernes por la noche en mi nueva casa y he decidido organizar una fiesta de inauguración acorde con esta increíble propiedad. Después de haber tenido unos días para deshacer las maletas y colocar los muebles viejos donde quiero o comprar muebles nuevos para experimentar, este lugar está empezando a parecer mucho más habitado y, me atrevería a decir, empieza a sentirse como un hogar.

En el comedor hay una elegante mesa y sillas de madera. Tengo una preciosa alfombra nueva para el salón, y los armarios de la cocina están ahora llenos de una mezcla de utensilios viejos y nuevos, todos relucientes, recién salidos del lavavajillas que llegó y fue instalado ayer por un hombre con muchos tatuajes. Y lo que es más importante, el frigorífico está casi a rebosar de artículos adecuados para una fiesta de inauguración, desde botellas de champán, vino blanco y prosecco, hasta quesos, aceitunas y salsas calóricas que, con toda seguridad, harán que todos los que se den un capricho corran al gimnasio mañana a primera hora para eliminar todas esas calorías de más. Todos menos yo, que no comeré en exceso. No tengo tiempo de correr en la cinta ni levantar pesas. Todavía tengo mucho que hacer aquí y, como si nada, una de mis amigas, Claire, me lo recuerda.

—¿Qué piensas hacer aquí? —me pregunta mientras las dos, junto con otros dos amigos míos, nos situamos al pie de la impresionante escalera y miramos a nuestro alrededor.

—Voy a hacer que levanten la moqueta y barnicen los escalones —digo.

—Me encantan las escaleras así. Le dan un toque más rústico.

—Sí. Luego pondré alfombra solo en el centro de la escalera y pintaré de gris las partes de madera. Colgaré un par de cuadros en la pared. Quizá ponga un pequeño armario junto a la puerta principal. También quiero cambiar la puerta en algún momento.

Parece que lo tengo todo planeado, y así es. Pero lo mismo podría decirse de todo en mi vida, no solo de renovar y decorar.

—Va a quedar increíble —me dice Claire, y los otros dos asienten antes de que pasemos al salón, donde encontramos a sus parejas relajándose en los sofás, con una copa de vino tinto en la mano y unos cuantos aperitivos en la mesita de café entre ellos.

Puede que me resulte incómodo tener aquí a varias parejas tan poco tiempo después de la pérdida de la mía, pero estoy decidida a no dejar que ese hecho rebaje el ánimo, porque quiero que todos los presentes se lo pasen en grande esta noche. Para asegurarme de que el buen ambiente continúe, pongo un poco de música; nada demasiado pesado, solo algo de fondo para romper cualquier silencio ocasional, que no es que vaya a haber ninguno. Estoy segura de ello, porque todas estas personas son buenos amigos míos y nos conocemos bien, ya que somos íntimos desde hace varios años.

Aquí están Claire y su marido, Phil. Él es médico y trabajaba con Drew en una consulta al otro lado de la ciudad cuando eran más jóvenes. Me llevé bien con Claire en cuanto la conocí, y nos unimos enseguida por el hecho de que ambas éramos esposas de médicos. Mientras los hombres estaban a menudo ocupados discutiendo sobre estudios de salud que habían leído recientemente, nosotras nos juntábamos por el hecho de estar casadas con hombres con una profesión tan respetable. Aquí dentro, junto a ellos, están Aimee y Clark y, de los dos, es Aimee la que es médico. Drew y yo los conocimos en una gala benéfica médica hace cinco años, después de que nos sentaran en la misma mesa, y congeniamos tan bien que nuestra amistad se estrechó hasta el punto de que incluso hemos ido de vacaciones juntos un par de veces en el pasado. El viaje de esquí que hicimos los cuatro a Francia en 2009 fue uno de nuestros mejores momentos, aunque no lo fue la parte en la que pensé que me había roto el brazo tras sufrir una caída en las pistas. Sin embargo, Drew y Aimee, profesionales de la medicina, me aseguraron que no me pasaría nada, y tenían razón. El dolor remitió con rapidez, gracias a su diagnóstico acertado y a todo el vino que tomé en el chalet esa noche.

Por último, pero no por ello menos importante, están Chris y Adam, que se conocieron gracias a Drew y a mí. Chris iba a la misma clase de pilates que yo, mientras que Drew había sido compañero de Adam en la facultad de Medicina y, después de ver cómo ambos

luchaban por encontrar el amor, les propusimos una cita y desde entonces están juntos. Ahora incluso están pensando en adoptar, lo que será maravilloso para ellos y para el afortunado niño que acaben acogiendo en su casa.

Muchas de estas personas están relacionadas con Drew y la profesión médica, pero no me importa porque, además de disfrutar de su compañía, sigo deseando formar parte de algunos de los círculos sociales que frecuentaba cuando estaba casada con un médico. Las cenas opulentas. Las galas ostentosas. Las galas benéficas llenas de champán y canapés. Que ya no haya un médico en mi cama cada noche no significa que no quiera relacionarme con los profesionales y mantener el estilo de vida al que estaba acostumbrada antes de que mi matrimonio se descarrilara, por decirlo con suavidad.

Sin embargo, ser la rara de la sala, la única que vuela sola ahora sin una pareja cariñosa a mi lado, aunque no es incómodo para mí, está resultando un poco delicado para los demás asistentes esta noche. Nadie lo demuestra, ya que todos son demasiado educados como para hacerlo, pero de vez en cuando hay pequeños indicios de ello, pequeños momentos en los que mis amigos no pueden evitar decir algo que, al final, resalta esa diferencia y enrarece el ambiente en la habitación.

Drew fue asesinado.

Ahora estoy sola.

Y, presumiblemente, todos ellos son felices en sus vidas mientras yo sigo de luto.

Aunque no considero en absoluto que esté de luto, debo guardar las apariencias, así que me estoy asegurando de no ser demasiado divertida esta noche, sonriendo cuando debo y charlando todo lo que puedo, pero también guardando las formas, para que nadie pueda acusarme de no actuar como debe hacerlo una mujer que acaba de perder a su marido. Pero diría que es más difícil para el resto de la gente de aquí, porque acaban teniendo que andar con pies de plomo, por así decirlo, cuando salen a relucir varios temas de los que solemos hablar. Temas como las vacaciones, por ejemplo.

Claire y Phil nos hablan de un viaje a Sudáfrica que han reservado para finales del mes que viene. Es un lugar que despierta la envidia de los demás invitados cuando se menciona, antes de que se hagan muchas preguntas sobre lo que planean hacer durante su estancia en allí. Sin embargo, aunque Claire y Phil comentan algunos de sus planes, puedo percibir que también evitan exagerar lo emocionados que están, seguramente porque saben que acabo de perder a mi compañero de vacaciones y lo más probable es que pase mucho

tiempo antes de que vuele a algún lugar exótico para hacer turismo con otra persona a mi lado.

El tema del décimo aniversario de boda de Aimee y Clark también sale a colación en un momento dado, y mientras Aimee nos cuenta a todos lo que ella y su pareja desde hace una década han planeado para celebrar la trascendental ocasión, enseguida deja de hablar cuando me ve dar un gran trago a mi copa de vino, seguramente porque teme que me cueste escuchar algo así. Lo que no sabe es que estaba bebiendo un buen trago de vino porque me siento de maravilla y quiero seguir haciéndolo, pero mejor que crea que se trata de lo primero y no de lo segundo.

Por último, surge el tierno tema de la paternidad cuando Claire pregunta a Chris y Adam cómo va su incursión en la adopción. Sin embargo, mientras que he sido capaz de no sentirme sorprendida por las otras cosas que se han discutido hasta ahora esta noche, aquí es donde de verdad me siento incómoda. Esto se debe a que, a medida que se acerca la fecha de mi cuadragésimo cumpleaños, soy muy consciente de que se me acaba el tiempo si quiero tener descendencia propia.

Nunca antes me había preocupado demasiado, pero es probable que se deba a que Drew y su aventura me mantuvieron ocupada durante el último año y, antes de eso, me regocijaba ingenuamente en sentirme cómoda en la treintena y en sentirme como la mayoría a esa edad, en el sentido de que sería joven para siempre y que envejecer era solo algo que les ocurría a los demás. Pero, cuando Chris y Adam hablan de algunos de los obstáculos legales que tienen que superar para progresar en su derecho a adoptar un niño, que llenaría el único vacío que tienen en sus por lo demás felices vidas, siento una punzada de arrepentimiento que me recorre las entrañas.

¿Y si hubiera podido ser madre? ¿Habría sido una buena madre? ¿Cómo habría sido mi hijo?

¿Ser una buena madre podría haber redimido todas las cosas malas que he hecho en mi pasado?

Creo que estoy disimulando bien mi repentina melancolía y mis pensamientos quedándome callada y escuchando a medias la charla de Chris y Adam sobre la adopción. Pero quizá lo esté haciendo demasiado bien, porque Claire se da cuenta de que llevo varios minutos sin decir ni una palabra y la veo darle discretamente un codazo en la pierna a Adam. Me doy cuenta de que le está indicando con educación que deje de hablar de niños cuando hay una viuda en la sala que puede haber perdido su última oportunidad de ser madre ahora que ha enterrado a su marido.

—¡Entonces, cuéntanos, Fern! —exclama Claire, intentando mostrarse exaltada y cambiar de tema lo más rápido posible—. ¿Qué quieres hacer para celebrar los cuarenta? ¿Unas copas? ¿Una cena? ¿Un fin de semana fuera o quizá una gran fiesta? Dilo y nos pondremos a organizarlo.

Todos los que están sentados en este salón están de acuerdo en que contribuirán a lo que yo quiera hacer para celebrar la ocasión, y ahora todos los ojos están puestos en mí por primera vez esta noche. Antes, toda la atención se centraba en mi nueva casa, que estaba enseñando a todo el mundo, o en los demás, que charlaban sobre sus últimas noticias. Soy el centro de atención, una posición que antes me gustaba, pero ahora no tanto, porque con secretos como el mío, es mucho mejor mezclarse con la multitud que ser el centro de atención.

—Oh, eh. No lo sé. No he pensado en ello —digo, lo cual es una verdad a medias. Con tantas cosas que han pasado últimamente, mi cumpleaños no era lo primero en mi lista de prioridades—. Creo que solo quiero estar tranquila.

Esa es la verdad; no quiero que me vean festejando como una estrella del rock en mi cuadragésimo cumpleaños mientras el recuerdo del funeral de mi difunto marido aún está fresco en la mente de todos. Por razones obvias, nadie en la sala me cuestiona lo que acabo de decir, comprendiendo mi deseo de paz y tranquilidad este año, así que, una vez expuestos mis deseos, la conversación puede continuar.

Cuando lo hace, me tomo un breve momento para observar a las tres parejas que me rodean disfrutando de su mutua compañía y, por un segundo, pienso en hablarles de Roger. Estoy segura de que estarán encantados de que tenga un nuevo hombre en mi vida porque solo querrán que sea feliz después de Drew. Querrán conocerlo, darle la bienvenida a este grupo de amigos y saber su opinión sobre temas que a todos les encanta discutir, como la política, las películas y cuál es el mejor lugar para encontrar algo de sol invernal en enero. Pero yo aún no estoy preparada para nada de eso y me atrevería a decir que Roger tampoco.

Seguiremos tomándonos las cosas con calma.

Hasta ahora parece que nos va bien a los dos.

Al menos, eso creo...

8

Greg

No es fácil escribir una carta teniendo que soportar la música a todo volumen del piso que tengo justo encima o los gritos de los juerguistas de la concurrida calle de la ciudad que hay bajo la ventana de mi apartamento, pero hago lo que puedo.

Hará falta mucho más que una ruidosa noche de viernes en Manchester para evitar que no escriba a Alice.

Según mis cuentas, esta será la quinta carta que escribo a HMP Carlisle y, en particular, a una de las reclusas más recientes que residen en el ala destinada a las condenadas por los delitos más graves. Cuando le escribí por primera vez diciéndole que había visto su caso en las noticias y que creía que era inocente, no estaba seguro de si recibiría una respuesta de Alice Richardson. En primer lugar, no creía que fuese el único hombre del país que, al ver las fotos de la atractiva mujer en los periódicos, se había sentido atraído por ella y había decidido tenderle la mano con la esperanza de recibir una respuesta. Pero, a diferencia de cualquier otro hombre que le haya escrito a Alice desde que está entre rejas, yo tengo algo de razón en lo que digo, ya que conocí al hombre de cuya muerte la acusan.

Hasta ahora, he sido cuidadoso con lo que le he revelado a Alice; solo le he dicho que fui amigo de Drew y poco más. No puedo permitir que sepa que estoy saliendo con Fern, la mujer que creo que la metió en la cárcel, por si sospecha que estoy aliado con ella. Es poco probable que Alice acceda a quedar conmigo si cree que solo voy a verla para reírme en su cara y decirle que Fern se lo está pasando en grande fuera mientras ella languidece dentro, y ese es mi objetivo con la carta que estoy redactando.

Conocer a Alice.

Si lo consigo, le contaré en persona todo lo que estoy haciendo y cómo podría, con suerte, conseguir que la liberen.

No tengo ni idea de si Alice o alguien de las autoridades de la prisión aceptará mi petición de visita, pero tengo que intentarlo, igual que tengo que seguir intentando ganarme a Fern para que cometa un error y me cuente lo que le hizo a Drew. Si hay un rasgo que me define en la vida, es mi tenaz determinación. Si me propongo algo, tengo que conseguirlo, sin importar las probabilidades o incluso si es en mi propio detrimento. Yo era así en la policía, y estoy seguro de que por eso me quemé y tuve que dejar ese trabajo a mitad de carrera. No hay duda de que mi aptitud para el esfuerzo puede llevar al agotamiento y al sacrificio, pero es mi forma de ser, sobre todo cuando se trata de hacer justicia.

Alguien podría preguntarse por qué me molestaría en involucrarme tanto en las vidas de Fern y Alice, pero, tal y como yo lo veo, ¿por qué no iba a hacerlo? Si una persona puede acostarse por la noche y dormir tranquila sabiendo que se ha cometido una injusticia, bien por ella. Pero yo no puedo.

Alice merece ser libre.

Fern se merece lo que la espera.

Pero no es lo mucho que está en juego para Fern y Alice desde el punto de vista legal lo que hace que me tiemblen un poco las manos al mover la pluma por esta página. Es también lo que puede estar en juego para mí y mi vida personal. A medida que mi relación con Alice se desarrolla a través de esta serie de cartas, cada día le tengo más cariño.

Fue imposible calmar la emoción que sentí cuando una noche, al volver al edificio donde está mi piso después de un largo y laborioso día de ventas, descubrí que había un sobre dentro de mi buzón con el emblema de una prisión estampado en él. Lo abrí lo más rápido que pude, con la esperanza de que fuera la respuesta de Alice y no la correspondencia de un alcaide que me decía que dejara de molestar a su presa. Por suerte, era la carta que esperaba y, mientras mis ojos recorrían la precisa caligrafía de la página que tenía ante mí, sentí que mi ritmo cardíaco aumentaba, lo que me decía que para mí eso ya era algo más que conseguir justicia para una persona agraviada.

La forma en que Alice enroscaba las k y cruzaba las t en la página me intrigaba casi tanto como el contenido de las palabras que había escrito con tanta elegancia, y mentiría si dijera que la idea de imaginarla sentada en un escritorio con un bolígrafo y un trozo de papel dedicándome toda su atención no me hizo sonreír. Me dio las

gracias por escribirle y por creer en mí, y me dijo que esas cartas de apoyo eran lo único que le daba fuerzas para seguir adelante en sus circunstancias. Pero también percibí cierta resignación en sus palabras, como si supiera que había gente que creía en ella, pero también aceptara que esas muestras de apoyo difícilmente cambiarían las cosas. Intenté disipar esa idea en las cartas que siguieron a la primera, diciéndole que era un expolicía que creía que había formas de reabrir su caso, pero desde tan lejos no puedo hacer gran cosa para mejorar su estado de ánimo con un simple trazo de bolígrafo. Necesito estar con ella, sentado frente a ella. Solo entonces podré hacerle ver que puedo ser yo quien cambie su suerte, y quiero decirle cómo lo haré.

Más allá de mi creciente afición por la damisela en apuros, se trata de que Fern pague por lo que le hizo a mi antiguo compañero de tenis, así que debo seguir centrado en ese objetivo. Por eso me concentro en terminar esta última carta antes de sellarla en un sobre y salir de mi apartamento para bajar a la calle a echarla al buzón. Con un poco de suerte, Alice la recibirá a principios de la semana que viene, y cuando le digan que tiene una petición de visita mía, la aceptará. O eso espero.

Ignorando los gritos ebrios de un grupo de estudiantes que viven en uno de los bloques de apartamentos vecinos, me dirijo de nuevo al mío cuando recibo un mensaje de texto. Al comprobar mi teléfono, veo que es de Fern, y cuando leo lo que me ha enviado, sé al instante que esta noche ha bebido un poco. El contenido del mensaje y la hora que es me sugieren que se trata de lo que algunos llamarían «un mensaje para tener relaciones sexuales».

Fern está borracha. Fern se siente sola.

Fern quiere compañía.

Aunque estoy agotado y me disponía a subir a prepararme para ir a la cama después de completar el único punto de mi lista de tareas de esta noche, sé que no puedo dejar pasar una oportunidad como esta. No estoy hablando de sexo. Hablo del hecho de que Fern está ebria y, por lo tanto, podría ser más fácil que me diga algo de lo que luego podría arrepentirse.

¿Podría ser esta la noche en la que consiga que se le suelte la lengua y diga algo sobre Drew y, más concretamente, algo sobre lo que podría haberle hecho y que nadie más que esté vivo sabe?

Solo hay una forma de averiguarlo.

Con rapidez, escribo un mensaje a Fern para responder a su sugerencia de que vaya a visitarla mientras está sola en la cama.

Como el buen novio que cree que soy, le digo que voy para allá.

9

Fern

Sé que no debería haber bebido tanto en mi propia fiesta de inauguración, y sé que probablemente me arrepentiré de haber invitado a Roger a venir a hacerme compañía ahora que todos mis amigos se han ido, pero que le den. Una mujer tiene necesidades y, en cuanto llegue mi nuevo hombre, voy a satisfacer algunas de esas necesidades.

Aunque Roger no tarda en aceptar mi sugerente invitación a venir conmigo a estas horas de la noche de un viernes, le va a llevar algo de tiempo cruzar la ciudad. Hasta su llegada, me entretengo llenando mi copa de vino y balanceándome un poco al ritmo de la música que sigue sonando en el salón.

Esta canción en particular es una de las que Drew y yo bailamos en muchas ocasiones a lo largo de los últimos años cuando nos encontrábamos en una noche de fiesta, ya fuera los dos solos o con amigos. Pero, aunque me falta una pareja de baile, no voy a dejar que eso arruine lo que para mí siempre fue una canción divertida y, para demostrarlo, me aseguro de subir el volumen de la música mientras sigo contoneando las caderas.

Soy muy consciente de que mi nivel de embriaguez esta noche significa que mañana sufriré una terrible resaca, algo que probablemente solo servirá para aumentar cualquier ansiedad que persista en mi subconsciente sobre Drew, Rory y lo que les hice. No me vendría mal un día de autocompasión y, desde luego, no tendría pesadillas, sobre todo si se producen en una mente afectada por el alcohol. Pero ya no puedo hacer nada para evitar pagar las consecuencias mañana, así que lo acepto y disfruto de los beneficios

de haberme excedido esta noche.

Cuando me siento así de bien, lo último que me importa es que descubran mis crímenes.

Después de bailar un par de canciones más y terminarme otra copa de vino, empiezo a preocuparme de que Roger haya cambiado de opinión y haya decidido no venir esta noche después de todo, dejando que esto acabe siendo una fiesta para uno en lugar de para dos. Entonces miro el móvil y veo que tengo una llamada perdida y un mensaje suyo, y es el mensaje que me dice que está fuera y que lleva dos minutos llamando a mi puerta.

Uy. Creo que no lo he oído con la música.

Bajo un poco el volumen antes de brincar por el pasillo hasta la puerta, la abro de un tirón y encuentro a Roger con mucha menos energía de la que yo siento en este momento. Tengo la sensación de que sé cómo animarlo, así que alargo la mano y lo agarro del cuello de la camisa antes de meterlo en casa y cerrar de un portazo.

Mis labios se posan al instante en los suyos y, aunque tarda unos segundos en reaccionar, pronto iguala mi nivel de pasión. Antes de que le dé tiempo a limpiarse los pies en mi nuevo felpudo y preguntarme cómo me ha ido la noche, le arranco la camisa y lo arrastro hasta el salón, donde lo empujo a uno de los sofás.

Enseguida me siento a horcajadas sobre él y mantengo mis labios sobre los suyos mientras me quito la parte de arriba de la ropa; si no estaba claro lo que tenía pensado para mi hombre cuando vino aquí, sin duda, ahora debe saber lo que tengo planeado. Tengo la sensación de que es un poco reacio a ir tan rápido, pero lo achaco a que es un poco tímido, y pronto encuentra su propio ritmo.

Suena otra canción que me recuerda a Drew, pero solo pienso en el hombre con el que estoy ahora y, después de haber tenido un sexo bastante salvaje y sin aliento, le digo a Roger que, por primera vez en nuestra relación, me gustaría que pasara toda la noche conmigo. No discute, aunque no creo que ningún hombre lo haga después de lo que acabo de hacerle, y apago la música y las luces del salón antes de llevarlo arriba para el segundo asalto.

Es curioso, porque apuesto a que, si yo fuera una mosca en la pared de la casa de cualquiera de los amigos que han venido a mi fiesta esta noche, los oiría a todos hablando con compasión de mí y diciendo que es una pena que ahora esté sola y que no quiera hacer nada grande por mi cumpleaños por lo que he perdido este año. Si pudieran verme ahora, correteando por mi casa con un hombre muy guapo y muy desnudo, se sorprenderían, seguro, y estoy deseando que pasen unos meses más para que sea un poco más aceptable

socialmente decirles que he pasado página.

Entonces no sentirán lástima por mí.

Sentirán envidia.

Solo después de que Roger y yo hayamos hecho lo que teníamos que hacer por segunda vez, nos tomamos un respiro. Nos tumbamos uno junto al otro bocarriba, mirando al techo, con las manos apoyadas sobre nuestros torsos desnudos y un montón de endorfinas recorriendo nuestros cuerpos. Yo me conformo con permanecer en este estado el mayor tiempo posible, pero Roger parece decidido a aprovechar la oportunidad para intimar aún más conmigo.

Capto esa indirecta cuando menciona a Drew.

—¿Te resulta raro estar conmigo y no con él? —me pregunta, y suena algo cohibido.

¿Se está comparando mi nuevo hombre con el anterior? Si es así, no tiene nada de qué preocuparse, y se lo demuestro recostando la cabeza en su pecho y diciéndole que es mucho mejor en el dormitorio de lo que nunca fue el difunto doctor. Puede que suene un poco duro para mi exmarido, pero a la mierda, es la verdad, y supongo que era lo que Roger casi esperaba oírme decir. Aunque aún no ha terminado de hablar.

—Debes echarlo de menos —dice en voz baja, mientras escucho el sonido de los latidos de su corazón en su pecho volviendo a su ritmo normal después de su rápido aumento desde que entró en mi casa—. Quiero decir... No me malinterpretes. Me encanta estar contigo ahora y me alegro de que estemos tan bien juntos. Pero puedes ser sincera conmigo. ¿Todavía piensas en él?

Me doy cuenta de que Roger busca una conversación más profunda de lo que me había imaginado, así que levanto la cabeza de su pecho y lo miro a los ojos. Como es evidente que está siendo sincero y mostrándose un poco vulnerable conmigo, siento que debo intentar hacer lo mismo.

—Por supuesto —le digo—. Era mi marido. Nunca me olvidaré de él ni quiero hacerlo. Pero, cuando estoy contigo, todo gira en torno a ti. Te lo prometo.

Roger me sonríe antes de que le dé un beso, pero parece que aún hay algo más.

—Supongo que lo que quiero decir es que, en mi mente, Drew es ese tipo perfecto con el que probablemente nunca podré competir —prosigue—. Era médico. Se preocupaba por la gente, salvó vidas, ganaba mucho dinero, te daba todo lo que querías. Sin duda, te presentó gente a la que yo nunca podría acercarme. Solo soy un vendedor, y uno bastante pobre.

—No te menosprecies —le digo, sin saber de dónde ha salido esta faceta de Roger. Se está abriendo a mí, y eso me dice que esto ya no es solo sexo y un poco de diversión y que puede llegar a ser algo más algún día, lo que no creo que me importe en absoluto.

—Eres genial —continúo, reafirmando lo feliz que soy con él—. No estaría contigo si no lo fueras.

Lo digo en serio, porque aunque a primera vista Roger no es tan buen partido como Drew, creo que por eso me gusta estar con él. ¿Me gustaría que Roger fuera un poco más ambicioso? ¿Que viviera en una zona más bonita de la ciudad? ¿Que pudiera llevarme a algunos eventos sociales a los que normalmente nunca tendría acceso? Claro, pero no son cosas que vayan a romper la relación. Después de casarme y vivir con un hombre mentiroso e infiel, en esta etapa de mi vida me conformo con estar con un hombre honesto que se preocupe por mí.

Le guiño un ojo a Roger y espero que eso haya sido suficiente para aliviar cualquier paranoia que pudiera tener por ser estar siempre a la sombra de Drew. Pero ¿ha funcionado?

—Te lo agradezco, pero seamos sinceros. No estoy a su nivel, ¿verdad? —dice—. ¿Sabes lo que podría ayudar? Conocer algunas de sus debilidades. Los errores que cometió. Creo que, si supiera que él no era solo un tipo increíble que te fue arrebatado tan de repente, podría sentir que de verdad encajo contigo.

Miro a Roger y pienso en lo que acaba de decir. En su mente, él es el segundo plato después de Drew, una opción con la que me quedé solo porque mi marido fue encontrado muerto en una playa, y por eso se siente inferior a su recuerdo. Yo no lo veo así en absoluto, y él también debería saberlo.

—Sabes que Drew tenía una aventura antes de morir —digo—. Salió en las noticias. Sabes que no era perfecto. Ni mucho menos.

—Sí, pero eso es solo lo que dicen los periódicos. Quiero oírlo de ti.

—¿El qué?

—Lo que pasó entre vosotros.

—No pasó nada. Me enteré de su infidelidad después de su muerte —le recuerdo, no tan borracha como para olvidarme de mantener esa mentira tan importante.

—Tuvo que haber señales de que te estaba ocultando algo antes de que muriera —continúa Roger—. ¿De verdad no tenías ni idea de que estaba teniendo una aventura hasta después de su muerte?

Ahora frunzo el ceño porque no estoy segura de por qué Roger se entromete tanto en lo que obviamente es un tema muy delicado. Debe darse cuenta de que estoy preocupada, porque enseguida me dice que

lo olvide e intenta besarme. Pero ya no estoy de humor y, para demostrárselo, salgo de la cama y me pongo la bata.

—Oye, lo siento. No debería haber preguntado —dice Roger, intentando atraerme de nuevo a la cama. Pero el momento ya hace tiempo que se ha perdido y, para confirmarlo, le digo que él también debería salir de la cama.

—Creo que deberías quedarte en tu casa esta noche —digo, atándome la bata sobre el cuerpo desnudo—. Acabo de recordar que mañana tengo que madrugar. Lo siento.

Con eso, lo que había sido una noche maravillosa se arruina de repente.

10

Greg

Han pasado cuatro días desde que casi meto la pata en casa de Fern y arruino por completo cualquier posibilidad que tuviera de arrancarle una confesión sobre la muerte de Drew. Digo casi porque, aunque me dijo que me fuera de su casa esa noche y no me mandó ningún mensaje durante varias horas al día siguiente, al final ha vuelto a mostrarse receptiva conmigo y mis afectos, y, por suerte, parece que hemos vuelto a las andadas.

Sé que la presioné un poco al entrometerme e intentar que se sincerara sobre los defectos de Drew, pero me pareció que merecía la pena intentarlo, sobre todo al estar Fern tan borracha cuando me presenté en su casa el viernes por la noche. Demostró lo bajas que estaban sus inhibiciones cuando me arrastró al interior de su casa y prácticamente se abalanzó sobre mí y, aunque no tuve más remedio que seguirle la corriente, no puedo decir que mi corazón estuviera tan interesado como el suyo. Lo único que me importaba era llegar al punto en el que estuviéramos tumbados en esa agradable neblina postcoital para ver si su lengua se soltaba lo suficiente como para decir algo interesante sobre Drew, algo que la policía ni nadie más supiera. Pero, a pesar de ir con tanto cuidado como pude, debí asustarla porque se cerró con rapidez y perdí la oportunidad de escuchar algo que podría haber sido útil. Sin embargo, lo más importante es que sigo estando con Fern y, después de que al final me enviara un mensaje al día siguiente para disculparse por haberme dicho que me fuera, yo también me disculpé por haber agitado cualquier sentimiento profundo que tuviera hacia Drew. Le dije en mi mensaje que no había sido mi intención molestarla.

Fern pareció creérselo, ya que dijo que el problema era con ella, no conmigo, y que le estaba costando superar lo de Drew y las mentiras que le había dicho, lo cual me aseguré de decirle que era perfectamente comprensible. Luego me aseguré de decirle que estaba aquí para hablar con ella de cualquier cosa si necesitaba que la escuchara y, con esa declaración en apariencia desinteresada hecha, nuestros mensajes pasaron a ser de temas más desenfadados y me aseguré de que las cosas no se pusieran demasiado serias entre nosotros antes de que Fern estuviera preparada para ello. Sin embargo, aunque la noche del viernes al final fue un fracaso —al menos por mi parte—, he sembrado algunas semillas en la mente de Fern y he mostrado otra faceta mía, lo cual es importante. No puedo dejar que piense en mí solo como un tipo al que puede llamar cuando está borracha y sola. Necesito ser el tipo al que le cuente todo algún día.

Y me refiero a todo.

Sin embargo, otra persona es mi prioridad hoy y, mientras aparco el coche y contemplo los ominosos muros de la prisión de Carlisle, pienso más en Alice que en Fern, porque es la presa a la que he venido a ver después de que aceptara mi petición de visita.

Abandono mi vehículo y camino por el asfalto gris bajo un cielo igual de apagado. Estoy nervioso, aunque no porque sea la primera vez que piso una prisión.

Estoy nervioso porque por fin voy a conocer a Alice en persona.

Tras registrarme y esperar paciente a que el reloj de la pared de la recepción marque la hora exacta de inicio del horario de visita, un guardia vestido con uniforme blanco y negro me conduce por un pasillo muy iluminado hasta una puerta cerrada. Hay un revoltijo de llaves en el llavero que cuelga de su cinturón y, mientras encuentra la correcta para introducirla en la cerradura, miro a los otros tres visitantes que me acompañan. Todos parecen tan pensativos como yo, y supongo que a nadie le gusta tener que venir a un sitio como este. Me pregunto quiénes serán. ¿Maridos? ¿Esposas? ¿Hermanos? ¿Madres? ¿Amigos? Todos ellos visitan a un ser querido para recordarle que hay alguien ahí fuera esperando su liberación. Su aparición aquí podría ser lo único que hace que una persona siga adelante y, al atravesar la puerta y entrar en la sala de visitas, veo a esas personas ante mí.

Hay una mujer con el pelo muy corto sentada en la mesa más cercana a mí y se le ilumina la cara cuando ve a la mujer que está a mi izquierda. Detrás de ella hay una mujer más joven que parece pálida y cansada, pero que también se anima cuando ve que tiene

compañía. En la mesa de su izquierda está sentada una reclusa con sobrepeso y, al principio, no parece muy preocupada por tener visita, pero acaba sonriendo también mientras se sienta en su sitio y se prepara para recibir a su ser querido.

Entonces veo quién está en la mesa del fondo de la sala.

Siento que el pulso se me acelera al ver a Alice y, cuando veo que me mira, parece que se me acelera aún más. Al acercarme a su mesa, me doy cuenta de que es a mí a quien ha estado escribiendo todo este tiempo y la veo moverse un poco nerviosa en su asiento mientras me aproximo. No quiero que se sienta inquieta, así que intento desarmarla con una gran sonrisa y, cuando llego a mi silla, le pregunto si le parece bien que me siente antes de hacerlo.

Mientras tomo asiento en la incómoda silla de plástico en la que permaneceré mientras dure esta «reunión», miro a la mujer que está al otro lado de la mesa. Ahora que estoy más cerca de ella, puedo ver algunos de los efectos que ha tenido en ella estar aquí desde su sentencia. Su pelo rubio no está tan bien peinado como en las fotos que vi en los periódicos, pero sus ojos verdes son tan vivos y cautivadores como en las imágenes de los medios de comunicación, y es con esos ojos con los que está haciendo su propia evaluación silenciosa de mí y de mi aspecto.

Me pregunto si le gusta lo que ve. Me he esforzado por presentarme bien ante ella, asegurándome de estar bien afeitado y de llevar ropa elegante. No hay mucho que un hombre pueda hacer para que su aspecto deslumbre, pero confío en que mi aspecto clásico sea suficiente para que ella me encuentre lo bastante atractivo como para sentirse intrigada. Parece que funcionó con Fern. Por otra parte, lo más probable es que a Alice le importe un bledo mi aspecto. Sin embargo, lo que tengo que decir puede afectarla, así que rompo el silencio entre nosotros.

—Gracias por permitirme venir a verte —digo, apoyando las manos en la mesa para intentar parecer lo más relajado posible, aunque por dentro no me sienta así—. Y gracias por responder a mis cartas.

—¿Qué quieres? —me pregunta Alice, sin perder tiempo con formalidades. Pero supongo que a una mujer en su posición le sirve de poco ser cortés, ya que hará falta mucho más que unos cuantos «por favor» y «gracias» para sacarla de aquí.

—Como dije en mis cartas, creo que eres inocente y quiero ayudarte a salir de prisión.

—¿Cómo puedes hacerlo?

Alice ya parece estar pensando que esto va a ser una gran pérdida

de tiempo. Pero estoy dispuesto a demostrarle que hablo muy en serio.

—Probando que fue Fern quien mató a Drew y no tú.

Eso ha llamado la atención de la prisionera y, tras echar un vistazo al guardia, que está de pie con la espalda apoyada en la pared, a nuestra izquierda, se inclina un poco más hacia la mesa.

—¿De qué demonios estás hablando?

—Creo que fue Fern quien mató a Drew, o al menos lo planeó. Creo que Rory la ayudó y eso explica por qué murió poco después.

Para mi sorpresa, Alice parece estupefacta por lo que acabo de decir.

—Espera, ¿tú tampoco sospechas de Fern? —le pregunto.

—¡No! Pensé que fue Rory quien mató a Drew y me incriminó, y luego se suicidó porque no podía lidiar con la culpa.

Es una teoría interesante la de Alice, pero la mía es mejor.

Creo que la mía es la verdadera y, confiado ahora que Alice está receptiva conmigo, al menos hasta el punto de estar abierta a lo que he venido a contarle, me lanzo a ello.

Le explico a Alice por qué estoy tan convencido de que Fern es la verdadera culpable. Le explico todo, desde que soy un viejo amigo de Drew y él me habló de las tendencias celosas de Fern, hasta que estoy convencido de que Fern se enteró de la aventura de su marido mucho antes de lo que le dijo a la policía. También hago referencia a mi pasado como policía, porque eso tiene que ser relevante y me calificará un poco más como la mejor persona para ayudar en una situación como esta. Pero es lo que digo después de todo eso lo que hace que los ojos de Alice se abran de par en par. Aunque todo lo que he dicho hasta ahora le ha sorprendido, mi última confesión la deja boquiabierta.

—Actualmente tengo una relación con Fern —le digo.

—¿Qué?

Alice parece mortificada, como si acabara de decir lo último que creía que iba a decir.

—No te preocupes. No es real, al menos no para mí —le explico con rapidez—. Solo intento acercarme a ella todo lo que puedo para poder atraparla.

Esperaba que el anuncio de mi cercanía a Fern diera esperanzas a Alice de que puedo descubrir la verdad, pero mi revelación solo parece haberla turbado.

—¿Qué estáis haciendo? ¿Qué clase de juego enfermizo es este? —me pregunta mientras se aleja de la mesa, y me sorprende lo mucho que odio verla aumentar la distancia entre nosotros.

—¿Juego? No estoy jugando. Intento ayudarte.

—¿Ayudarme? Acabas de decirme que Fern es la que me ha tendido la trampa y luego has dicho que estás saliendo con ella. ¿Qué es esto? ¿Estás aquí para atormentarme?

Alice parece dispuesta a levantarse y salir de esta habitación y, cuando veo que vuelve a mirar al guardia, me temo que está a punto de decirle que le gustaría irse. Antes de que pueda hacerlo, me inclino sobre la mesa y, aunque sé que el guardia que me trajo aquí me dijo que no me acercara demasiado a las presas, tengo que dejarle muy claro mi punto de vista a Alice.

—Estoy de tu parte. Estoy haciendo esto por ti. Confía en mí, voy a sacarte de aquí. Te lo prometo.

Mientras el guardia más cercano a nosotros se acerca rápidamente para advertirme de que no me aproxime demasiado, me complace ver que Alice parece haber asimilado mi severa declaración y parece más dispuesta a quedarse donde está, al menos por el momento. Una vez que el guardia se ha ido, refuerzo mi punto de vista.

—He venido porque quería decirte que estoy intentando ganarme a Fern y que espero tener un avance pronto —le digo—. Se trata de que se haga lo correcto. Quiero justicia, para ti y para Drew. Mientras tanto, ¿se te ocurre algo que pueda ayudarme? Cualquier cosa.

Alice se lo piensa un momento antes de contestar.

—Tienes que hablar con el detective Tomlin. Dile lo que me has dicho. Nunca ha sospechado de Fern, probablemente porque yo tampoco. Si le dices lo que piensas, podría volver a interrogarla.

—Voy a ir a verlo mientras estoy en Carlisle —confirmo—. Pero tengo que ir con cuidado. No puedo arriesgarme a que le cuente a Fern quién soy y qué estoy haciendo.

—Entiendo —dice Alice, y me alegra ver que vuelve a confiar en mí. Me siento aún mejor cuando oigo lo que dice a continuación—: Por favor, ten cuidado —dice, transmitiendo su mensaje antes de que termine nuestra visita—. Si tienes razón y fue esa zorra la que me metió aquí, tienes que vigilar tus espaldas. Es peligrosa.

Le prometo a Alice que puedo encargarme de Fern, al tiempo que siento un poco de vértigo de que se preocupe por lo que me pase. O quizá solo quiere asegurarse de que su última esperanza de salir de aquí no acabe también en la cárcel.

O peor.

Que no termine muerto como Drew y Rory.

11

Fern

No estoy segura de que haya una sola persona que disfrute visitando un cementerio. No solo son recordatorios de la propia mortalidad, sino que, en general, no son lugares muy divertidos. Son entornos silenciosos y sombríos, a veces no muy bien cuidados y, en un día de mal tiempo como el de hoy, francamente deprimentes.

Oigo el sonido de las gotas de lluvia que rebotan en la parte superior de mi paraguas mientras avanzo por el sendero que atraviesa este cementerio, que es la última morada de Drew. Los padres de Drew y yo decidimos enterrarlo aquí. Los terrenos pertenecen a la iglesia de Saint Meridian, un edificio que desempeñó un papel importante en la vida del difunto médico.

Drew fue bautizado aquí cuando era un bebé; asistía a los servicios religiosos todos los domingos mientras iba a la escuela; y, aunque se había alejado un poco de la religión en su edad adulta, todavía tenía suficiente conexión con estos terrenos como para que fuera un lugar adecuado para su descanso final.

Cuando miro la aguja a mi izquierda, que se eleva por encima de docenas de lápidas que sobresalen de la hierba junto al camino mojado, me siento transportada al día de mi boda. Recuerdo perfectamente que llegué a esta iglesia con mi padre, Tony, mientras los demás invitados esperaban dentro a que empezara la ceremonia. A diferencia de hoy, el cielo estaba azul y el aire era cálido cuando salí del coche y me abracé a mi padre antes de hacer nuestra gran entrada en la iglesia, y todas las miradas se centraron en mí mientras avanzaba por el pasillo con mi vestido blanco fluyendo a mi paso.

Al principio no estaba segura de casarme en una iglesia y había

pensado en un lugar más moderno, pero fueron los padres de Drew quienes me convencieron amablemente para que me casara en este lugar, y ese día me alegré de que lo hubieran hecho. Un lugar tan histórico, con la luz del sol entrando por las vidrieras y sin un solo asiento libre en los abarrotados bancos, contribuyó a la sensación de ocasión especial que sentí al llegar al altar y ocupar mi lugar junto al novio. Mientras decíamos nuestros votos ante los ojos de Dios y salíamos de la iglesia como marido y mujer, un gran órgano sonaba a la perfección, convirtiéndose la música en la banda sonora de nuestros primeros pasos en el matrimonio.

La iglesia no parece tan especial en un día nublado como este ni puedo decir que guarde ya muchos buenos recuerdos. Aunque Drew parecía más santo que nadie mientras estaba a mi lado recitando sus votos, pronto demostró que no estaba libre de pecado, y si hay un cielo y un infierno, como creen firmemente los padres de Drew, tengo la sensación de saber en qué lugar ha acabado el difunto doctor.

Por otra parte, supongo que algún día me uniré a él cuando deje esta vida.

Apartando de mi mente ese inquietante pensamiento, sigo adelante bajo la lluvia hasta llegar a la lápida que he venido a visitar. Entonces me quedo mirando la inscripción durante unos largos minutos.

DREW DEVLIN

Tiendo a fijarme solo en esa parte de la lápida y poco más porque, para mí, es la única que es veraz. La línea que dice «Amado esposo» es, sin duda, una mentira, a la altura de muchas de las mentiras que el propio Drew me contaba cuando aún podía hacerlo. Por desgracia, tenía que estar inscrita en la lápida para que yo pudiera mantener las apariencias como la viuda afligida que deseaba que su marido siguiera vivo, y esa es también la razón por la que hoy estoy aquí. «Hijo cariñoso» también iba allí, al igual que «Respetado doctor». Conociendo a mi difunto marido, le habría gustado que la palabra «doctor» figurara delante de su nombre en letras mucho más grandes, porque era ese tipo de persona. Le encantaba su título o, mejor dicho, le encantaba el impacto que causaba en la gente cuando se enteraban de a qué se dedicaba. Pero me he asegurado de que su profesión se entierre un poco más abajo en la lápida, para satisfacer a su familia, pero sin que sea lo bastante visible para los transeúntes. No quiero que la gente eche una segunda mirada a esta tumba o piense que la

persona enterrada aquí es más respetable o más inteligente que cualquier otra de las que yacen aquí, porque la verdad es que no lo es. Puede que Drew pensase que era mejor que los demás, pero, como todos, al final no queda más que un montón de huesos y unos cuantos recuerdos.

Hago el esfuerzo de visitar la tumba de Drew una vez a la semana, traer un ramo de flores frescas y mirar pensativamente el lugar donde está enterrado durante todo el tiempo que puedo molestarme en hacerlo porque, de ese modo, parece que lo echo de menos, y eso reduce las posibilidades de que alguien sospeche que en realidad fui yo quien ayudó a ponerlo en ese lugar. Cumpliendo con mi papel de esposa afligida, me arrodillo ligeramente y deposito el último ramo de flores en la hierba, junto a mis pies, antes de dar un paso atrás y tomarme otro momento de tranquilidad. Si alguien pudiera verme ahora, tan solo pensaría que soy otra persona desconsolada que llora la pérdida de un ser querido, que es la idea. Por desgracia, no hay nadie en este momento para ver mi «actuación» porque la lluvia se ha encargado de ello. Soy la única que ha desafiado a los elementos para venir hoy aquí, pero tenía que ser así. Mañana tengo que arreglarme el pelo y las uñas, y pasado mañana voy a comprar muebles nuevos para mi salón, así que es el único momento en el que podía hacer hueco para una visita. Sin embargo, el hecho de que no haya nadie más me da la oportunidad de decir algunas cosas en voz alta aquí, cosas que nadie más puede oír excepto yo y posiblemente el espíritu de Drew, así que voy al grano.

—Tal vez pienses que eres inteligente viniendo a mí en mis sueños como lo has estado haciendo —digo, con el cansancio de otra mala noche de sueño todavía arrastrándose por los bordes de mi mente—. Pero sé que las pesadillas irán disminuyendo a medida que empiece a olvidarme de ti, igual que todo el mundo acabará olvidándose de ti también.

No me convencía hablar en voz alta con un objeto inanimado, pero, ahora que he empezado a conversar con la lápida de Drew, me siento bastante bien, sobre todo porque con ello intento desterrar su recuerdo.

—Lo que siento en mis sueños no es lo que siento cuando estoy despierta —continúo—. No me arrepiento de lo que hice porque te lo merecías. Tú te lo buscaste. Tú y ella. Las cosas podrían haber sido muy diferentes. Pronto cumpliré cuarenta años y podrías haber estado a mi lado para celebrarlo conmigo. Pero tomaste tus decisiones y sufriste las consecuencias.

No me atrevo a decirle al espíritu de Drew que se hizo la cama y

ahora tiene que acostarse en ella, o, mejor dicho, que se cavó su propia tumba y ahora tiene que descansar en ella, lo cual me divierte un poco. Pero pensar en mi inminente cumpleaños me hace dejar de pensar en el hombre enterrado a dos metros bajo mis pies y pensar más en mi propia situación. Con semejante hito en mi vida en el horizonte, he pasado cada vez más tiempo pensando menos en las cosas que he hecho y más en las que no he hecho.

Una de esas cosas es tener un bebé.

Cuanto más tiempo he pasado reflexionando sobre la ausencia de un hijo o una hija en mi vida, más me he dado cuenta de que es algo que deseo más de lo que había pensado en un principio. Como me he dado cuenta bastante tarde, al menos desde el punto de vista de mi reloj biológico, no dispongo de mucho tiempo para cambiar las cosas.

Si quiero un bebé, que creo que sí, voy a tener que empezar a intentarlo cuanto antes.

Tal y como están las cosas, Roger es el único candidato masculino adecuado en mi vida que podría darme lo que busco. Estamos muy unidos y cada día lo estamos más, así que ¿qué pasaría si le mencionara mi anhelo? ¿Me diría que siente lo mismo y que desea que lo intentemos? ¿O se asustaría y huiría, reduciendo aún más mis posibilidades de conseguir lo que quiero?

No estoy segura, pero sí sé una cosa: no hay respuestas esperándome aquí, en este cementerio. Esta es la tierra de los que ya tuvieron su oportunidad y, en el caso de gente como Drew, la desperdiciaron. Estoy decidida a no hacer eso. Solo estamos aquí una vez y nos debemos a nosotros mismos perseguir todo lo que queremos antes de que sea demasiado tarde.

Mientras me doy la vuelta y me alejo de la tumba de mi difunto marido con la lluvia todavía golpeando mi paraguas, estoy totalmente decidida a lograr mis objetivos.

No lo sabía, pero no era la única...

12

Greg

Considero que mi primera visita a Alice ha sido un éxito, pero hay una persona más a la que tengo que ver en Carlisle antes de poder regresar a Manchester, y es el hombre que en estos momentos atraviesa este aparcamiento de camino a la comisaría.

—¿Detective Tomlin?

Sé que se trata de la persona que estaba a cargo de la investigación del asesinato de Drew porque he visto su foto en los artículos de noticias online, pero estoy siendo cortés mientras me interpongo en su camino.

—¿Sí? —dice, deteniéndose, y me mira de arriba abajo como si me estuviera evaluando y tratando de determinar si soy un buen tipo o uno de los muchos malos con los que se cruza en su trabajo.

—Hola, me llamo Greg y me preguntaba si podría disponer de un poco de su tiempo para hablar de algo importante. Está relacionado con uno de sus casos anteriores.

—¿Qué caso?

—Drew Devlin. Pero también tiene que ver con Rory Richardson y su muerte.

—¿Arberness?

—Así es —digo, confirmando la referencia del detective a ese tranquilo pueblo situado a varios kilómetros al oeste de aquí, que inexplicablemente vio aumentar de manera drástica su índice de criminalidad cuando Fern Devlin lo convirtió en su hogar durante un breve periodo de tiempo. Curiosamente, el índice de criminalidad ha vuelto casi a cero desde que ella se marchó y, desde luego, no se han encontrado más cadáveres desde que regresó a Manchester.

—¿Qué pasa con eso? —me pregunta Tomlin, claramente poco dispuesto a concederme mucho tiempo a menos que pueda demostrar que tengo algo importante que decirle. Pero es complicado, así que no puedo repasarlo todo en unos segundos ni quiero hacerlo aquí fuera, donde cualquiera podría oírnos.

—Hay un pub a la vuelta de la esquina. ¿Puedo invitarlo a una pinta? —le pregunto a Tomlin, y aunque el detective finge estar ocupado y no tener mucho tiempo libre, noto el brillo en sus ojos cuando le sugiero ir al pub. Como sé muy bien por mi pasado en el cuerpo de policía, algunos de los mejores trabajos de resolución de crímenes de este país se hacen en un rincón tranquilo de un pub de mala muerte tomando un par de pintas. O, al menos, eso es lo que dirá un detective o un agente de policía cuando intente justificar por qué ha pasado el tiempo bebiendo cerveza en lugar de trabajando en su despacho. «Reunir información» es la frase popular que se suele utilizar y que suena mucho mejor que «necesitar un descanso de una comisaría atestada»; y, después de convencer a Tomlin de que tengo algo importante que contarle, accede a venir al pub conmigo.

Mientras hacemos el corto trayecto hasta allí, tengo la sensación de que se trata de un hombre que se siente tan agotado por el trabajo policial como yo justo antes de tomar la decisión de dimitir del cuerpo y probar suerte como vendedor. Me doy cuenta por varios detalles de su aspecto y su forma de moverse. Su traje desaliñado, un par de tallas más grande que la suya, sugiere que no se esfuerza mucho por su aspecto, al igual que el pelo despeinado y la barba de dos días. Parece cansado, aunque eso es normal en su trabajo, y la forma en que sus zapatos negros rozan la calzada al cruzar la calle también sugiere que está cansado.

Me solidarizo con él, y por eso, cuando llegamos al bar, me aseguro de pagar las dos cervezas que pedimos, así como el paquete de patatas fritas que le ofrezco, y solo cuando está cómodamente sentado en una mesita del local, por lo demás vacío, le pido permiso para tutearle y empiezo.

—Yo era muy amigo de Drew —le digo al detective, y ese dato parece bastarle para que me deje continuar mientras coge su pinta y da el primer sorbo. Mientras se lame un poco de espuma del labio superior, sigo concentrado en él y no en mi propia bebida, porque es importante que haga lo suficiente para convencer a este hombre de que lo que voy a contarle es la verdad—. Jugábamos juntos al tenis en Manchester, antes de que se mudara a Arberness. Nunca conocí a su mujer, Fern, pero hablaba de ella de vez en cuando, y aunque la mayoría eran comentarios bastante inofensivos, hubo uno que se me

quedó grabado.

—¿Cuál fue? —me pregunta Tomlin mientras abre la bolsa de patatas fritas.

—Se puso muy celosa una noche cuando descubrió que él se estaba mensajeando con una vieja amiga de la universidad.

—¿Y? Con mi exmujer me pasó lo mismo.

Hmm, otro policía con un matrimonio fracasado. No puedo decir que me sorprenda.

—Sí, pero en tu matrimonio, los celos solo llevaron al divorcio —digo—. En el de Fern, su marido acabó muerto.

Tomlin deja de masticar las patatas fritas y me presta toda su atención.

—¿A dónde quieres llegar, Greg?

—Creo que Fern se enteró de la aventura de Drew antes de su muerte, no después como os hizo creer a ti y al resto de tus colegas.

—¿Y si fue así?

—Bueno, es obvio, ¿no? Ella lo mató o conspiró con Rory, el marido de Alice, para matarlo.

Está claro que no es obvio para el detective, que se burla de mi sugerencia.

—¿Y qué pruebas tienes para demostrarlo?

—Bueno, estoy trabajando en ello.

—Ahh, estás trabajando en ello. Eso es tranquilizador. ¿Y cómo lo estás haciendo?

—Haciéndome pasar por el nuevo novio de Fern y acercándome lo suficiente a ella para averiguar la verdad.

Tomlin no se burla esta vez. Ahora parece mortalmente serio.

—¿Te haces pasar por su novio?

—Así es. No sabe quién soy en realidad, lo que me ha permitido acercarme a ella.

—¿La relación es física?

—A mi pesar, sí. No he tenido elección si quería mantener la mentira.

Tomlin aún parece serio, y sé por qué, por lo que me adelanto a lo que probablemente va a decir a continuación.

—Mira, soy consciente de que es un delito tener contacto sexual con una persona haciéndose pasar por otra, pero en este caso creo que está justificado. Fern es una asesina y Alice ha sido incriminada. Estoy convencido de ello.

—Eso no te da derecho a hacer lo que estás haciendo, y lo sabes. Estás corriendo un riesgo increíble al infringir la ley para perseguir esta descabellada teoría tuya. Voy a fingir que no lo he oído, pero creo

que deberías reconsiderar lo que estás haciendo.

—Escúchame. Piénsalo. Sé que tú y tus compañeros pensáis que Alice mató a Drew y que Rory, después de una copa de más, se sintió deprimido por todo y se ahogó en la bañera, pero supongamos por un momento que una historia así es demasiado perfecta y ordenada. En tu versión, todo está atado y todos estáis tranquilos, sobre todo Fern, la mujer del médico infiel.

—Alice lo hizo. Había pruebas.

—¿Te refieres al mensaje enviado a Drew desde su teléfono diciéndole que se reuniera con ella en la playa esa noche, así como el arma homicida con sus huellas dactilares? Solo porque ese mensaje viniera del teléfono de Alice, no significa que ella lo enviara. Rory podría haberlo hecho mientras ella estaba en la ducha y Fern podría haberle dicho que lo hiciera. Y, en cuanto a la pala con la que se golpeó a Drew en la cabeza, era una de las herramientas de jardín que había en el garaje de Alice y Rory. Por supuesto que tenía sus huellas. Es porque la usaba siempre que hacía jardinería.

Tomlin escucha lo que tengo que decir antes de negar con la cabeza.

—Hubo una investigación exhaustiva y, basándonos en todas las pruebas que presentamos ante los tribunales, Alice fue declarada culpable.

—Porque así era como Fern quería que se viera.

Tomlin me mira fijamente, pero ya no se ríe ni coge su pinta ni otra patata frita.

—Mira, lo entiendo —digo—. Ningún detective quiere ser conocido como el tipo que se equivocó. Tienes una reputación que mantener y tú y tus compañeros no queréis pensar que habéis perdido horas de vuestro tiempo y que tenéis que reabrir un caso que ya creíais cerrado. Lo comprendo. Como he dicho, fui policía y sé cuánta presión hay para hacer detenciones y conseguir que los cargos se sostengan.

—Pero ya no eres policía, ¿verdad? Y supongo que tampoco eras detective. Así que, ¿qué tal si dejas la resolución de crímenes a los que estamos cualificados para ello?

Me muerdo la lengua ante el comentario condescendiente de Tomlin y sigo adelante.

—Solo has visto el lado de Fern que ella te ha dejado ver —digo, con mi propia pinta sin tocar ante mí, pero no he venido a beber—. Hay otro lado de ella, y lo conozco porque fui una de las pocas personas, quizá la única, a quien Drew se lo contó. Se ponía muy celosa enseguida y era propensa a exagerar si pensaba que su marido

estaba tramando algo con otra mujer.

—Muchas mujeres harían lo mismo. Eso no significa que sea una asesina.

—Pero ¿cuántos hombres acaban asesinados en una playa, sobre todo en un lugar como Arberness? Es muy raro, ¿no? Sin embargo, eso es lo que le pasó a Drew. Aunque sabemos que estaba viendo a otra mujer antes de morir, la pregunta es: si Fern lo descubrió, ¿podría haber sido su venganza?

—¿Crees que no pensamos en eso? —dice Tomlin, encogiéndose de hombros—. La pareja del fallecido suele ser el primer sospechoso en casos como este. Pero interrogamos a Fern y quedamos satisfechos con sus respuestas. Es más, descubrimos que todas las pruebas apuntaban a una persona y no era ella.

—Sí, lo sé, todo apuntaba a Alice. Pero ¿no ves que Fern quiso que fuera así? Alice era la amante de su marido. La otra mujer. La rival amorosa de Fern. Imagina por un momento que ella ideó una manera de hacer que Alice cargase con la culpa de un crimen que no cometió. ¿No te parece una venganza deliciosa?

—Solo si Fern sabía de la aventura de antemano, y ella asegura que no lo sabía. Además, aunque lo supiera, es una medida muy extrema organizar el asesinato de su marido e inculpar a una mujer inocente. Podría haberse divorciado de él.

—¿No has escuchado lo que te he dicho? Tiene una vena celosa y fue suficiente para preocupar a Drew hasta el punto de que me lo mencionó aquella noche que hablamos después del tenis.

Tomlin niega con la cabeza y vuelve a coger su bebida, mirando alrededor del monótono local en el que estamos sentados, un local en el que probablemente ha tomado más copas de las debidas durante su estancia en Carlisle.

—¿Por qué estás aquí? —me pregunta—. ¿Qué esperas conseguir con esto?

—Quiero que se haga justicia por mi difunto amigo y también por Alice. Quiero que Fern pague por lo que hizo.

—Si estás en lo cierto, necesitarás pruebas. ¿Qué tienes?

—Nada. Fern ha cubierto bien sus huellas.

—Qué conveniente.

—Encontraré alguna prueba. Si pudiera conseguir una confesión grabada, ¿sería suficiente para acusarla y liberar a Alice?

—¿Una confesión? Por supuesto. Pero digamos que lo hizo, cosa que no creo. ¿Por qué iba a confesar después de haberse salido con la suya?

—Porque confía en mí —le digo, y solo ahora me siento lo

bastante seguro como para coger mi copa—. Cada día confía más en mí.

Los diez minutos siguientes los paso diciéndole al detective que solo tiene que seguirme la corriente lo suficiente como para estar dispuesto a aceptar cualquier prueba que yo sea capaz de entregarle. De ese modo, sabré con seguridad que todos mis esfuerzos con Fern no serán en vano. Pero hay otra razón por la que le estoy contando mi plan, y es una aún más seria que intentar liberar a una mujer inocente de la cárcel.

—Si me ocurre algo malo, lo que sea, significará que Fern ha descubierto lo que estaba investigando y se ha librado de mí —digo, muy consciente de que estoy arriesgando mi vida al acercarme tanto a una mujer que considero peligrosa.

Tomlin parece pensar que estoy siendo un poco dramático, pero es imperativo que asuma lo que acabo de decirle, y no permito que la conversación termine hasta que me promete que, si se entera de mi muerte, continuará donde yo lo dejé. Él mismo debe retomar mi investigación y finalizarla, porque cualquier cosa que me ocurra solo aumenta las probabilidades de que Fern sea la asesina que yo creo que es.

—Tengo que preguntarte algo —dice Tomlin tras un momento tenso—. Si de verdad corres tanto peligro como crees, ¿por qué haces esto? ¿Por qué arriesgas tu vida por un amigo que está muerto y una mujer a la que apenas conoces?

Es una buena pregunta y, aunque ofrezco lo que parece una buena respuesta, expresando mi deseo de que se haga justicia y de que la verdad salga a la luz, me aseguro de guardar silencio sobre la parte en la que estoy enamorado de Alice y albergo el deseo de que tal vez caiga en mis brazos si algún día vuelve a ser una mujer libre. No quiero que Tomlin piense que digo y hago todo esto por un sentimiento equivocado de lujuria o incluso de amor por Alice, y por eso no le hago partícipe de lo que siento por la inocente prisionera.

Pero ¿qué es lo que siento, lujuria o amor?

¿Una cosa? ¿La otra? ¿Las dos? No lo sé. Lo único que sé es que no puedo dejar de pensar en Alice, y no solo por su conexión con Fern y Drew.

Una vez concluida nuestra charla, Tomlin me dice que tiene que volver a la comisaría, así que lo sigo fuera del pub y le agradezco su tiempo. Justo antes de separarnos, le pregunto si me puede dar su número de teléfono por si necesito ponerme en contacto con él por cualquier cosa que hayamos hablado. Me lo da de mala gana. Luego se marcha y, mientras veo al cansado detective regresar a su lugar de

trabajo, me pregunto si se habrá creído una palabra de lo que le he dicho.

No importa.

Pronto me creerá.

Me creerá cuando consiga esa confesión de Fern y, mientras saco el teléfono del bolsillo, tengo la sensación de que sé exactamente cuándo voy a conseguirla.

13

Fern

La decoración de mi nueva casa avanza, pero el olor a pintura fresca me estaba dando dolor de cabeza. Por eso le mandé un mensaje a Roger y le pregunté si podíamos cenar en su casa esta noche en vez de en la mía. Probablemente sea lo mejor, porque ya es hora de que vea dónde vive, y aunque ya me ha dicho que su casa no es ni de lejos tan opulenta como la mía, me apetece cambiar de aires. Pero, cuando Roger respondió a mi sugerencia, tenía una propia. Me dijo que, en lugar de cenar en su casa esta noche, nos reservaría una mesa en un elegante restaurante italiano del centro de la ciudad. No pude discutir y, con la mente llena de deliciosas ensoñaciones sobre albóndigas, palitos de pan y pasta, le dije que me dijera cuándo y dónde quería que estuviera y que allí nos veríamos.

El lugar de nuestra cita para cenar esta noche resulta ser Boncelli's, un pequeño y acogedor restaurante con hornos de leña y un montón de fotos de famosos monumentos italianos colgadas en las paredes. Es una de esas fotos la que estoy mirando ahora mientras Roger consulta la carta de vinos que tengo delante. Disfruto mirando la imagen del Coliseo de Roma, y no solo porque sea una fotografía excelente. Es porque hace mucho tiempo que no salgo del país y no visito costas extranjeras. Tal vez haya llegado el momento de hacer un pequeño viaje y utilizar parte del dinero que me ha dado el seguro de vida de Drew para pagarme una escapada en alguna ciudad o quizá una o dos semanas en una playa bañada por el sol. Eso estaría bien y pienso en sugerirle a Roger un viaje así en algún momento de nuestra cena de esta noche. Seguro que será un tema fácil de tratar. Pero hay otro tema que me da más miedo abordar con él.

Es el de intentar tener un bebé antes de que sea demasiado tarde para mí.

Decido darle a Roger la oportunidad de pedir su comida y saborear un poco de su vino tinto antes de soltarle el tema de los niños, pero no se me olvida a medida que avanza la velada y sigo disfrutando de su compañía. Me resisto a decir que esto me recuerda a los primeros días de mi noviazgo con Drew, aunque solo sea por lo que acabó ocurriendo más tarde en esa relación, pero sin duda hay algunas similitudes.

Restaurantes elegantes. Conversación fácil. Miradas intensas. Humor. Comodidad.

¿Me atrevo a decir amor?

A pesar de hacer todo lo posible por tomarme las cosas con calma con Roger, siento que me estoy enamorando de él. Tiene muchas de las cualidades de Drew, desde su sentido del humor hasta su mente culta, pasando por su atractivo, que no es crucial para la causa, pero no está de más. Aunque hay algunas diferencias entre los dos —como que Drew tenía un trabajo mucho más prestigioso que el de Roger, por no mencionar que mi difunto marido tenía una casa mucho más bonita cuando lo conocí que en la que reside Roger actualmente—, hay una gran diferencia que hace que Roger sea el claro vencedor entre ellos cuando se tienen en cuenta todas las cosas.

A diferencia de Drew, Roger no tiene secretos.

Para mí, eso es lo más importante de todo.

Estamos a la mitad del plato principal y llevamos un par de minutos con la última canción de ópera que suena suavemente de fondo, cuando Roger me dice que tiene un regalo de cumpleaños adelantado para mí.

—Sé que dijiste que no querías hacer nada por tu cuarenta cumpleaños —dice, recordando una conversación que mantuvimos la semana pasada en la que le dije que estaba planeando un cumpleaños tranquilo, ya que mi próxima fecha importante se acerca con rapidez. Solo falta una semana para que salga de la treintena, y créeme que voy a saborear cada segundo hasta que llegue ese día—. Y lo valoro por lo que ha pasado recientemente. Pero estaba pensando, ¿qué tal si los dos hacemos algo? Puede seguir siendo tranquilo, y no prepararé nada grandioso, pero creo que sería una pena dejar pasar una fecha así sin hacer algo para celebrarlo.

—¿Qué tienes pensado? —le pregunto, con la mano izquierda alrededor de la copa de vino y la mirada fija en el elegante hombre de camisa negra sentado frente a mí.

—¿Qué tal una noche en un hotel?

—¿Es un regalo para mí o para ti? —bromeo, y Roger se ríe antes de decirme que puede ser algo que disfrutemos los dos.

No necesito mucho convencimiento, así que acepto su sugerencia y me dice que él lo organizará todo. Lo único que tengo que hacer es estar libre esa noche, lo cual no será un problema porque ya les he dicho a mis amigos más íntimos que no quiero hacer nada e imagino que veré a mis padres a primera hora del día, lo que me dejará la tarde libre para hacer lo que quiera.

Es otro gesto romántico del hombre del que cada día estoy más enamorada y, justo antes de que volvamos a coger los cuchillos y tenedores y reanudemos la cena, me pregunto si este será el mejor momento para hablar de lo que quería decirle esta noche.

—No te lo tomes a mal, porque solo estoy pensando en voz alta —empiezo con timidez—. Pero cumplir los cuarenta me ha hecho pensar un poco en el futuro y en algunas de las cosas que aún no he hecho.

—¿Cosas de tu lista de deseos? —me pregunta Roger mientras llama la atención del camarero para indicarle que le apetece otra botella de vino cuando tenga un momento.

—Más o menos. No exactamente. Es más grande que viajar o algo así.

—Oh, vale, ¿qué pasa?

Como pensaba, es bastante difícil soltarlo sin más, y me planteo no decir nada porque no quiero estropear esta cena romántica haciendo que Roger se asuste y salga corriendo del restaurante. Pero el tiempo corre en más de un sentido, así que respiro hondo y voy al grano.

—He estado pensando en un bebé —digo mientras me preparo para la reacción de Roger. Por suerte, no es ni mucho menos tan mala como me temía.

—Vale. ¿Un bebé en concreto o bebés en general? —bromea, y no puedo evitar sonreír.

—Bebés en general. O, mejor dicho, un bebé que podría tener algún día.

—Ya veo.

Roger parece un poco incómodo ahora, pero esta es siempre una conversación delicada para cualquier pareja nueva, así que me lo recuerdo antes de continuar.

—No estoy diciendo que quiera quedarme embarazada enseguida ni nada por el estilo. Es solo que, si quiero un bebé, es algo que tengo que considerar muy pronto.

—Ya veo —dice Roger, y si por dentro está nervioso, por fuera mantiene muy bien la compostura.

—Pensaba que no quería tener hijos —continúo—. Pero todo lo

que se ha hablado de mi cuarenta cumpleaños recientemente me ha hecho pensar y ahora no estoy tan segura. Supongo que no quiero arrepentimientos.

—Es comprensible.

—¿Has pensado alguna vez en tener hijos?

—¿Yo? —Roger se remueve un poco en su asiento y mira a su alrededor buscando al camarero, pero aún no ha llegado para interrumpirnos, así que tiene que responder a la pregunta—. A ver, no es algo a lo que me oponga, si eso es lo que estás preguntando. Supongo que no lo he pensado demasiado.

—Tienes suerte. Las mujeres no tenemos tanto tiempo como vosotros para decidirnos.

—Es cierto. Por otra parte, las mujeres no tenéis que memorizar docenas de resultados de fútbol cada fin de semana para recitárselos a vuestros colegas en el bar esa misma noche.

—Oye, que sepas que puedo recordar los resultados de un partido de fútbol tan bien como cualquier hombre —le digo, y aunque sé que solo estamos bromeando y basándonos en estereotipos masculinos y femeninos, no deja de ser algo serio de lo que hablar y, por suerte, Roger lo reconoce una vez terminada la broma.

—Si lo que me preguntas es si me interesaría tener un hijo contigo algún día, la respuesta es sí, es algo que consideraría con mucho gusto cuando llegue el momento —me dice, y siento que me quito un peso de encima. Su respuesta significa que no estoy perdiendo el tiempo con él y, por eso, puedo relajarme un poco y no sentirme tan apurada.

Sin embargo, no tengo toda la eternidad.

Pero ya son suficientes cosas serias por una noche y, mientras el camarero llega a nuestra mesa con la segunda botella de vino que Roger ha pedido, estoy dispuesta a pasar a otro tema. Algo menos pesado. Algo sencillo. El tema del bebé puede volver a pasar a un segundo plano.

Por esta noche, al menos.

Pero, una vez que una mujer como yo tiene algo en mente, no se olvida de ello con facilidad y por eso, mientras avanza nuestra deliciosa cena, en lo único en lo que pienso es en el momento preciso en que me comprometeré plenamente a intentar formar una familia.

No vuelvo a mencionárselo a Roger en lo que queda de noche.

Lo dejaré disfrutar de su vino mientras yo disfruto pensando en que un día seremos tres.

14

Greg

Aunque confiaba en que mi engaño a Fern iba bien, nunca podría estar seguro al cien por cien de que la tuviera bajo mi hechizo, ya que siempre había lugar para que se colaran algunas dudas. Pero esas dudas se han disipado por completo esta noche cuando Fern me ha dicho que estaba pensando en tener un hijo antes de preguntarme si yo estaba de acuerdo con ella.

Tuve que fingir que lo estaba y me aseguré de decirle lo que quería oír: que sí, que me veía siendo padre algún día y que estaba abierto a la idea de tener un hijo. Sin embargo, no se me ocurre nada peor que formar una familia con una mujer como Fern, y por eso tengo que asegurarme de haber conseguido mi objetivo de hundirla mucho antes de que oficialmente nos haga a los dos intentar tener un bebé. Si las apuestas no eran ya lo bastante altas, ahora han aumentado. Si no consigo lo que necesito pronto y tengo que empezar a retrasar los deseos de Fern de tener un bebé, puede que ella decida abandonarme y entonces nunca tendré otra oportunidad de sonsacarle la verdad.

Por suerte, he estado avanzando en mi plan y creo que he dado con la ocasión perfecta en la que tengo más posibilidades de conseguir que Fern cometa un desliz y diga algo autoinculpatorio que pueda grabar en secreto en mi teléfono. La semana que viene cumple cuarenta años y, tras mi sugerencia en la cena de hoy, no va a hacer planes esa noche. Cree que la voy a llevar a pasar una noche tranquila en un hotel. Sí, la llevaré a un hotel, pero no será nada tranquilo.

Eso es porque he estado trabajando diligentemente en segundo plano para preparar lo que va a ser una fiesta sorpresa para Fern.

Sospecho que la palabra «sorpresa» se quedará corta.

Tras mi encuentro en el pub con el detective Tomlin el otro día, me puse en contacto con Claire, una de las mejores amigas de Fern, a través de las redes sociales. Pude establecer que era cercana a Fern, ya que Claire aparecía a menudo en muchos de los mensajes antiguos de Fern en Internet. Una vez establecida la conexión entre ambas, husmeé un poco en la cuenta de Claire en las redes sociales y vi su última publicación del fin de semana pasado, en la que había hecho una foto en la nueva casa de Fern con el siguiente comentario: «¡Fiesta de inauguración en la nueva casa de mi mejor amiga!». Eso me dijo todo lo que necesitaba saber sobre si las dos seguían estando unidas, así que me puse en contacto con Claire a través de un mensaje privado.

Creé una cuenta falsa en Instagram bajo mi alias de Roger justo antes de «conocer» a Fern, y he seguido a otras cuentas con la esperanza de que muchas de ellas simplemente fueran lo bastante educadas como para seguirme también. Así resultó y así es como mi perfil falso muestra que tengo más de doscientos seguidores, lo que le da legitimidad social. No habría quedado bien tener cero seguidores. Fern podría haber pensado que era un solitario o, peor aún, que era una cuenta falsa, pero gracias a la regla no escrita de las redes sociales de «sígueme y te seguiré», he creado una base de datos de «amigos» más que suficiente para despistar a Fern y a Claire cuando se trata de mi cuenta de Instagram.

Después de enviarle un mensaje a Claire, me disculpé por presentarme ante ella de una forma tan poco sociable, pero le dije que era la única manera que tenía de ponerme en contacto con ella, ya que Fern aún no nos había presentado. Le expliqué que estaba saliendo con Fern y lo vital que era que no corroborara esta historia con su mejor amiga todavía, ya que Fern quería mantener su nueva relación en privado después de lo sucedido con Drew, lo cual era sin duda comprensible. Terminé mi mensaje a Claire diciéndole que la razón por la que me había puesto en contacto con ella era que creía que sería una pena que el cuarenta cumpleaños de Fern pasara sin una fiesta y, aunque ella estaba demasiado insegura tras la muerte de Drew como para organizarla ella, debíamos tomar la iniciativa y organizarla nosotros. Pero, sobre todo, tenía que ser una sorpresa.

Estaba muy nervioso mientras esperaba la respuesta de Claire; no sabía si se fiaría de lo que le decía o si le enviaría un mensaje a Fern para contarle que un tipo raro se había puesto en contacto con ella diciendo ser su nuevo novio. Por suerte, Claire pareció entender mi petición de privacidad y, en lugar de mostrarse suspicaz, se alegró al

saber que su mejor amiga ya había empezado a superar lo de Drew y había encontrado un poco de felicidad después de la época tan dura que había pasado últimamente.

Claire me preguntó qué tenía pensado para la fiesta de Fern, y le dije que podía reservar uno de los salones del hotel al que le había dicho que la iba a llevar en nuestra «noche tranquila». Claire me dijo que mi plan le parecía estupendo y, después de aceptar la responsabilidad de enviar mensajes su familia y amigos para decirles dónde y cuándo tenían que estar, terminó su mensaje diciendo que estaba deseando conocerme y que no podía creer que su mejor amiga le hubiera estado ocultando un secreto durante todo este tiempo.

Aunque tuve la tentación de responder a Claire y decirle que Fern era una maestra guardando secretos y que había muchas más cosas sobre ella que aún no sabía, fui sensato y me mantuve en mi papel el tiempo suficiente para decirle que yo también estaba deseando que llegara la fiesta y que la vería pronto. Así quedó todo organizado, y desde entonces he recibido mensajes de Claire en los que me informa del número de personas que han respondido positivamente a su invitación. Hasta ahora, van casi treinta, lo cual es un buen número, aunque no es que la cantidad de asistentes me preocupe mucho. Lo único que me interesa es asegurarme de que Fern se lo pase en grande, y con eso me refiero a que beba tanto que cuando nos acostemos al final de la noche e inicie otra conversación profunda sobre Drew, esté demasiado borracha para evitar contármelo todo. Por otra parte, cuanta más gente venga, más probabilidades habrá de que se divierta, así que espero que las actualizaciones de Claire en los próximos días me digan que la lista de invitados está creciendo.

Cuantos más, mejor.

Y realmente quiero conseguir Fern esté alegre.

Tal y como yo lo veo, los cuarenta años de Fern podrían ser mi única oportunidad de llevarla a un estado emocional en el que pueda contarme lo que le hizo a Drew sin correr el riesgo de dejarlo más tiempo y que nuestra relación termine. Es ahora o nunca y, para aumentar las probabilidades a mi favor, he adaptado mi plan. Voy a compartir un secreto con Fern después de la fiesta, algo ficticio y pensado para que ella también tenga ganas de desahogarse. Vale la pena intentarlo y, hablando de tragos, espero que los amigos de Fern en la fiesta la inviten a muchos para ayudar aún más a mi causa.

Con mi plan en marcha, mis pensamientos se desvían hacia Alice mientras vuelvo una vez más a mi modesto apartamento, un apartamento donde Fern sugirió que podría visitarme esta noche antes de que la rechazara y reservase en el restaurante en su lugar. Era eso o

quitar el mural que tengo colgado, y no me he molestado en hacerlo. Cuando pienso en Alice, me siento un poco culpable por disfrutar de una velada agradable en un restaurante de lujo, con camareros corriendo detrás de mí, mientras ella languidece en un lugar donde el servicio es inexistente, al igual que la buena comida y bebida. La vida es injusta, pero pronto le demostraré que no todo es malo. Mientras tanto, solo me queda esperar que Alice pueda mantenerse a salvo en un entorno tan peligroso. Lo último que quiero es que sufra algún daño antes de poder salvarla.

Pero, al igual que ocurre con todo lo demás, el reloj también corre.

15

Alice

Para una mujer en mi posición, es extraño pensar alguna vez que algo pueda ser demasiado bueno para ser verdad. Pero eso es lo que he estado pensando durante los últimos días ya que, recientemente, la única mujer de esta prisión que me ha estado atormentando desde que llegué ha decidido dejarme en paz.

No tengo ni idea de por qué Kelly, la mayor matona de este lugar, ni siquiera me ha mirado durante las comidas o los ratos de ocio en el ala. No es que me queje, pero es extraño, teniendo en cuenta lo bien que se lo pasaba burlándose de mí por estar aquí cuando llegué, por no mencionar las pocas ocasiones en las que amenazó con llegar a las manos conmigo.

—Supongo que se aburrió y se fue con otra —me dijo Siobhan, mi única amiga aquí dentro, cuando se lo mencioné ayer—. Es así en la cárcel. No intentes predecir las cosas. Lo único con lo que puedes contar aquí es con que la puerta de tu celda esté cerrada todas las noches. Aparte de eso, no hay nada que hacer.

Aunque no fue precisamente reconfortante oír a mi amiga describir la vida en la cárcel como un gran rompecabezas impredecible e imposible de resolver, al menos fue bueno saber que el hecho de que Kelly me ignorara no era inusual. Eso me permite relajarme un poco más y, aunque sigo sin disfrutar aquí dentro, al menos ahora no siento que tenga que vigilar mi espalda todo el tiempo. Tengo problemas mucho peores en mi vida que preocuparme por las mujeres de aquí.

Fern los supera a todos.

Todavía estoy dándole vueltas a lo que me dijo Greg cuando vino

a visitarme la semana pasada. Su teoría de que Fern es quien está detrás de todo, desde planear el asesinato de Drew hasta inculparme y luego matar a Rory porque sabía demasiado, es descabellada, pero tiene sentido. Asumí que Rory me había incriminado pero, cuanto más lo pienso, más dudo que tuviera el cerebro o la confianza para intentar hacer algo así él solo. Conociéndolo tan bien como lo conocía, habría habido muchas más posibilidades de que eligiera quedarse conmigo después de descubrir mi aventura que de conspirar para verme ir a la cárcel por un crimen que no había cometido. Debió tener ayuda, y Greg parece muy seguro de dónde vino esa ayuda. Fue una desgracia para él que su compañera de fechorías acabara volviéndose contra él, pero no puedo tener demasiada compasión porque sus acciones me han metido aquí. Sin embargo, me siento mal por el hecho de que, sin mi aventura, Rory nunca habría recurrido a lo que hizo. Era un buen hombre y yo le traicioné, llevándole a aliarse con Fern y a urdir un complot por el que terminó muriendo.

Obviamente confió en Fern para matar a Drew e inculparme, y mira a dónde le llevó.

Aunque es bueno saber que tengo un amigo en el exterior que está trabajando duro para intentar demostrar mi inocencia, es igual de preocupante pensar que se enfrenta a un enemigo tan formidable como Fern. La audacia de llevar a cabo un plan como el que urdió es increíble, y el hecho de que ya se haya salido con la suya durante tanto tiempo me hace pensar que no va a ser tan fácil atraparla. Sin embargo, Greg parece seguro de poder hacerlo y, por lo que veo, es mi única esperanza porque no hay mucho que yo pueda hacer desde aquí dentro. El hecho de que sea un expolicía también me da esperanzas, debería significar que sabe lo que hace. Por otra parte, sería el primero, porque todos los agentes con los que me he topado hasta ahora han sido unos inútiles; en lugar de detener al asesino de Drew, me detuvieron a mí, que no le maté.

—Date prisa y dispara.

El comentario de distracción de la reclusa que está detrás de mí me hace volverme de la mesa de billar y, cuando lo hago, veo que hay otras tres mujeres esperando para usar esta mesa después de que Siobhan y yo hayamos terminado nuestra partida. Podrían estar esperando un rato, porque este no es mi deporte y meter las bolas no es fácil, y menos cuando paso tanto tiempo pensando en Fern. Pero atiendo a la «sugerencia amistosa» de mi compañera de celda y hago lo que me dice, tiro y, como era de esperar, fallo.

Por suerte, Siobhan es mejor que yo en el billar, sin duda porque ha pasado más tiempo que yo practicando, así que no falla tanto y,

cuando emboque todas las bolas y finalice así la partida, le daré la mano y me acercaré a una de las sillas, donde me sentaré hasta que termine el rato de ocio y tengamos que volver a nuestras celdas.

Es triste, pero jugar una partida de billar y sentarme en esa silla de plástico son casi lo mejor de mi noche. Y pensar que no hace tanto tiempo podía ir a donde quisiera y ver a quien quisiera... Daba todo eso por sentado, pero supongo que nunca echas de menos lo que tienes hasta que desaparece.

Drew. Pienso en él cuando reflexiono sobre ese sentimiento porque es una frase que me dijo cuando estábamos tumbados en la camilla de su consulta, después de enterarme de que se había mudado a Arberness para volver a estar cerca de mí. Intenté no volver a caer en sus brazos, pero al final fracasé, y después de hacer el amor en su consulta tras la hora de cierre, me dijo que había intentado seguir adelante sin mí, pero que no había podido. Si no hubiera dejado Manchester ni me hubiera seguido al norte, yo no estaría aquí. Estaría en casa con Rory, y aunque nunca podría decir sinceramente que era feliz de verdad, era una buena vida, una vida decente y una vida mucho mejor que la que yo merecía.

Pero ahora estoy aquí.

Supongo que al final tuve lo que me merecía. Una mujer que tiene una pareja que la quiere no debe desviarse, por muy tentadoras que puedan llegar a ser las cosas. Drew se esforzó mucho por impresionarme y caí bajo su hechizo, pero podría haber resistido si me hubiera esforzado un poco más. Se lo debía a mi matrimonio. Se lo debía a Rory. Le fallé a él y le fallé al compromiso que llevaba implícito el anillo de boda en mi dedo, el mismo anillo que Drew ignoraba cuando estaba conmigo.

Es fácil tener remordimientos estando aquí, pero aunque fuera una mujer libre en el exterior, seguiría arrepintiéndome de lo que hice con Drew. No estuvo bien. El destino se ha encargado de que reciba algún tipo de castigo por mis acciones.

Por desgracia, Fern aún no ha recibido ningún castigo por las suyas y, a pesar de lo que he hecho mal en la vida, ella me supera ampliamente en ese aspecto.

—Buen juego —le digo a Siobhan cuando emboca la última bola, y le tiendo la mano para que la estreche.

Ella extiende la mano para aceptarla, pero, al mirarla a los ojos, veo que no me mira.

Está mirando detrás de mí y lo que sea que esté viendo le preocupa de repente.

—¡Cuidado! —grita, pero es demasiado tarde porque siento un

terrible dolor en la parte posterior del cráneo cuando algo me golpea en la cabeza y, al caer hacia atrás, vislumbro a mi atacante de pie sobre mí.

Es Kelly y está armada con una silla de plástico. Eso debe ser con lo que me acaba de golpear.

Lo que da miedo es que no parece que haya terminado.

Descubro que estoy en lo cierto cuando me tira la silla encima, haciéndome aullar de dolor, antes de darme una fuerte patada en las costillas. Luego se echa encima de mí, golpeándome salvajemente, con sus puños borrosos volando alrededor de mi cara, y todo lo que puedo hacer es cerrar los ojos, intentar hacerme un ovillo y rezar para que los golpes terminen pronto.

Hay un breve respiro cuando oigo a Siobhan acudir en mi ayuda, y abro los ojos para ver a mi amiga apartando a Kelly de mí. Pero eso solo detiene a mi atacante principal, no a sus secuaces, y dos de las aliadas de Kelly ocupan rápidamente su lugar encima de mí, dándome patadas y puñetazos hasta el punto de que estoy segura de que voy a morir aquí mismo, en el frío suelo de esta prisión, antes de tener la oportunidad de ver cómo se hace justicia.

Gracias a Dios por los guardias. Si cuatro de ellos no hubieran acudido en mi ayuda, no habría podido volver a levantarme del suelo. Aunque han tardado mucho en detener el ataque, al final han restablecido el orden y evitado más golpes. Pero las heridas que he sufrido son más que suficientes para merecer atención médica, y por eso me llevan al hospital, aunque no puedo ver ni decir gran cosa por el camino. Estoy demasiado aturdida y, al abrir los ojos, los vuelvo a cerrar rápidamente cuando las brillantes luces me ciegan. Tampoco me atrevo a hablar, porque solo siento el sabor de la sangre en la boca, y me da miedo mirarme al espejo. Estoy casi segura de que, cuando lo haga, veré dos ojos negros que me miran fijamente.

Ese ataque llegó de la nada. No tuve oportunidad ni siquiera de intentar defenderme. Era vulnerable. Pero esa era la intención de Kelly. Vaya forma de dejarme en paz. Supongo que solo quería que pensase que estaba a salvo, así que bajé la guardia y, cuando lo hice, se abalanzó sobre mí.

Esa mujer me ha engañado.

Y no es la única.

Cuando un profesional médico evalúa mis lesiones, decide que no tengo ningún hueso roto y que las heridas que tengo son superficiales. Me curaré pronto, aunque necesitaré que me administren analgésicos mientras lo hago. Tras regresar a mi celda, tengo mucho tiempo para pensar mientras me tumbo en la cama y reflexiono sobre cómo me

siento. Sería fácil culpar a Kelly de mi situación. Después de todo, fue ella quien me golpeó la cara y el cuerpo. Pero no es a ella a quien culpo del dolor que siento ahora. No es su cara la que veo mientras miro la oscuridad y espero a que haga efecto la última tanda de analgésicos. Es la de Fern, la mujer que puso todo esto en marcha y se aseguró de que yo estuviera en el lugar equivocado en el momento equivocado para que Kelly me pusiera las manos encima.

Apretaría los dientes al pensar en ella si no me doliera tanto la mandíbula. Lo único que puedo hacer es apretar los puños y fantasear con vengarme de Fern.

Haría lo que fuera por recuperarme, pero, por ahora, tendré que quedarme aquí tumbada y rezar para que Greg pueda hacer la mayor parte del trabajo por mí. Si no, Kelly podría tener la oportunidad de volver a hacerme daño, y yo podría no sobrevivir a ese próximo asalto.

16

Fern

Ha llegado el gran día. Un día significativo en la vida de cualquier persona. Una ocasión que nos hace reflexionar y mirar hacia delante con esperanza renovada. Un día que puede conducir a la crisis para algunos o simplemente a la celebración para otros. En cualquier caso, no suele ser un día que pase sin algún tipo de reconocimiento.

Hoy cumplo cuarenta años.

Feliz cumpleaños para mí.

Aunque me pasé todo el día de ayer luchando por apartar de mi mente el hecho de que era el último día que pasaría en la treintena, esta mañana me he levantado sintiéndome bastante bien. Tal vez voy a actuar con madurez al alcanzar una fecha tan significativa y lo manejaré como la adulta sensata que supuestamente soy por mi fecha de nacimiento. O quizá tiene algo que ver con el hecho de que no me he despertado sola.

Pasé toda la noche con Roger por primera vez y, al igual que llegar a los cuarenta es un momento significativo, despertarme por la mañana al lado de mi nuevo hombre fue significativo en términos de nuestra relación. Me sentí bien al volver a compartir la cama, al despertarme por la noche y sentir el consuelo de saber que otra persona yacía a mi lado. Sentir una suave respiración en mi pelo y un fuerte brazo rodeándome la cintura cuando la luz de la mañana se filtraba en la habitación. Sobre todo, empezar el día con un beso en lugar de con la angustia que sigue a una noche de ver a Drew en sueños y de que mi subconsciente me juegue malas pasadas.

Por suerte, anoche no tuve pesadillas, así que no tuve que explicarle a Roger por qué me desperté gritando en ningún momento.

Eso es un alivio, no solo porque mantiene mi secreto a salvo, sino porque también garantiza que Roger no piense que soy una loca y decida que no quiere volver a pasar la noche conmigo. Tal vez su presencia fuera la influencia tranquilizadora que necesitaba durante el sueño para dejar de tener esas visiones de Drew, Rory y Arberness. Tal vez con él durmiendo a mi lado me relaje más y, dentro de poco, esos malos sueños sean cosa del pasado y duerma a pierna suelta como hacía antes de descubrir que Drew me engañaba y mis pensamientos se llenaran de necesidad de venganza.

Estoy deseando averiguarlo porque esta noche volveremos a dormir juntos.

* * *

Ahora mismo estoy sentada frente al espejo de mi dormitorio y me estoy maquillando a conciencia. El mío es un rostro que no tiene necesariamente más arrugas que ayer, pero estoy convencida de que sí las tiene porque he envejecido de la noche a la mañana y tener cuarenta años significa que necesito un poco más de corrector y un toque más de colorete. Como parte de la transformación que se está produciendo, esta mañana me he arreglado el pelo en una peluquería cara y llevo un vestido que he comprado en la calle a la vuelta, asegurándome de estar lo mejor posible para esta noche. Solo me verá Roger, pero quiero estar guapa para él mientras nos registramos en el hotel y tomamos algo en el restaurante.

Me ha dicho que pedirá un taxi para recogerme a las siete, y una rápida comprobación de la hora me dice que llegará en cualquier momento, así que termino rápidamente de acicalarme antes de coger la copa de vino que me he servido antes y bajar las escaleras.

El olor a pintura sigue siendo bastante fuerte aquí abajo, pero se está desvaneciendo, a diferencia de los colores de todos los ramos de flores que he recibido hoy de familiares y amigos. Mi salón está lleno de bonitos pétalos, al igual que de tarjetas con cuatros y ceros en el anverso, y me tomo un momento para mirarlas todas y apreciar cuánta gente tengo en mi vida que se preocupa por mí y me ha deseado un feliz cumpleaños hoy. Esta tarde han venido mis padres a tomar una taza de té, que se ha convertido en tres, como suele ocurrir. Claire y algunos de mis amigos también me han hecho una visita rápida para compartir una copa de prosecco conmigo y desearme muchas felicidades. Mientras tanto, tuve que fingir que me apetecía pasar una noche tranquila a solas, sin mencionar que en realidad me

estaba preparando para una noche romántica en un hotel del centro de la ciudad con mi amante secreto.

Sonrío cuando oigo el coche fuera y cojo mi abrigo y mi pequeña bolsa de viaje antes de salir para reunirme con Roger en el asiento trasero del taxi. Me recibe con una gran sonrisa y un beso antes de que nos pongamos en marcha, atravesando las calles de la ciudad de camino al sitio donde pasaremos la noche.

—Estás increíble —me dice Roger, y yo le devuelvo el cumplido antes de que me pregunte qué tal ha ido mi cumpleaños hasta ahora y le cuente todo sobre mis visitas.

—Así que todo el mundo cree que esta noche estás sola en casa —me pregunta, y yo le confirmo que esa es la historia que les he contado, antes de insinuar que quizá sea hora de dejar de fingir y permitirle que conozca a algunos de mis seres queridos. Parece dispuesto a hacerlo y nos cogemos de la mano mientras el taxi avanza y nos acerca a nuestro destino.

A medida que avanzamos, pienso en lo bien que han ido las cosas y me pregunto cuánto más feliz podría llegar a ser en los próximos meses. Pero no solo pienso en toda la alegría que podría suponer presentar a Roger a mis padres o tenerlo a mi lado en diversos actos sociales con mis amigos.

Estoy pensando en si daré positivo o no en las pruebas de embarazo que pronto empezaré a hacerme.

Después de que Roger me confirmara la otra noche que no se oponía a tener hijos ni a tenerlos conmigo, me siento mucho mejor respecto a dejar los anticonceptivos. Por eso no los he usado en los últimos días y seguiré sin hacerlo en el futuro inmediato. No le he dicho al hombre que se sienta a mi lado en este taxi que los he dejado, pero supongo que estas cosas llevan su tiempo, así que podrían pasar meses antes de que tengamos algún progreso en el frente del embarazo. Es mejor empezar a intentarlo ahora que perder el tiempo, y mi cumpleaños de hoy me recuerda que ya no tengo tanto tiempo como me gustaría.

—Ya hemos llegado. Que pasen una velada agradable —dice el taxista mientras aparca delante del lujoso hotel que Roger ha elegido para alojarnos esta noche.

Cuando Roger paga el viaje, un joven sonriente vestido con un elegante uniforme me abre la puerta y me ayuda a bajar del taxi antes de preguntarme si puede ayudarme con mi equipaje. Este es el tipo de servicio de cinco estrellas que esperaría de un establecimiento de lujo como este y, mientras el amable miembro del personal coge nuestras maletas, Roger y yo le seguimos hasta el vestíbulo, donde realizamos

rápidamente el proceso de registro.

Tengo la sensación de que Roger está un poco nervioso mientras está a mi lado y firma los formularios que necesita para completar la reserva de nuestra habitación, pero supongo que es solo porque quiere asegurarse de que pase una buena noche, y es muy amable por su parte si es así. Sin embargo, no tiene de qué preocuparse, porque este hotel tiene una pinta increíble y estoy segura de que la habitación también lo será, y tengo muchas ganas de verla antes de cenar. Voy a seguir al botones hasta los ascensores.

—Que suba las maletas. Vamos a tomar algo al bar —sugiere Roger, que parece querer empezar la fiesta mucho antes de lo que yo había previsto. No discuto su sugerencia mientras me lleva de la mano por el vestíbulo y a lo largo de un pasillo alfombrado antes de que lleguemos a unas puertas abiertas al final.

Sin embargo, no oigo música ni voces más allá, ni puedo ver mucho en su interior porque parece bastante oscuro, y estoy a punto de preguntarle a Roger si está seguro de que hemos ido por el camino correcto cuando las luces de la estancia se encienden de repente y veo lo que me espera dentro.

—¡Sorpresa!

Me siento abrumada por la visión y el sonido de las voces de docenas de personas que reconozco, todas ellas de pie alrededor de este gran salón de actos con una copa en la mano y una amplia sonrisa en la cara, felices de ver que su plan ha funcionado.

Es una fiesta sorpresa, y definitivamente estoy sorprendida.

Miro al hombre que está a mi lado. Roger parece mucho menos aturdido que yo y es entonces cuando me doy cuenta de que es él quien ha planeado todo esto, trayéndome aquí bajo el falso pretexto de una noche romántica para los dos solo para que mis personas favoritas aparezcan de repente en el último segundo.

Me ha mentido, pero, a diferencia del tipo de mentiras a las que estaba acostumbrada con Drew, no voy a enfadarme por esta.

Eso es porque esta mentira en particular fue diseñada para hacerme feliz.

—No me lo puedo creer —digo mientras mis padres y mis mejores amigos empiezan a dirigirse hacia mí para darme la bienvenida a la fiesta que, evidentemente, ha empezado mucho antes de que yo llegara. Pero entonces, como si la sorpresa de todo esto no fuera suficiente, me doy cuenta de que para que esto esté sucediendo, mi secreto ha tenido que dejar de serlo. Todo el mundo debe saber lo de Roger.

Pero ¿cómo?

No tardo mucho en descubrir la respuesta. Roger me explica cómo se las ha arreglado para conseguirlo con la ayuda de Claire, que debería haber sabido que también tenía algo que ver con esto. Parece que los dos han estado confabulados, y supongo que no soy la única capaz de guardar un secreto. Al menos, sus secretos implican fiestas sorpresa y bandejas llenas de champán y, mientras recibo mi primer trago de la noche, alzo mi copa y doy las gracias a todos por haber venido esta noche.

—La verdad es que no me lo esperaba —digo sinceramente—. No puedo creer que esté sucediendo. Gracias. Ha sido un año duro y no creía que fuera a estar a la altura de algo así, por eso dije que no iba a planear nada. Pero me alegro de que hayas hecho esto por mí. Ah, por cierto, ¡este es Roger!

Cualquier temor que pudiera haber tenido de que me vieran pasando página demasiado rápido con Drew se desvanece en medio de una marea de caras sonrientes, apretones de manos y buenos deseos de todo el que viene a conocer a mi nuevo hombre y me dice que se alegra de que vuelva a ser feliz.

Supongo que ya es oficial y, mientras veo a Roger charlando con mis padres, sonrío para mis adentros porque esto parece el último paso en mi camino hacia la recuperación después de la pérdida de Drew. Por fin, la gente hablará menos de él y más de mi nuevo hombre y, cuanto más ocurra, más pasará a un segundo plano mi difunto marido. Aún tendré que hacer el esfuerzo de ir a visitar su tumba, así como de acordarme de cuándo es su cumpleaños o nuestro aniversario de boda, para fingir que estoy especialmente triste en esos días. Pero, aparte de eso, supongo que ahora soy libre para seguir viviendo mi vida, y si todas estas personas están tan contentas solo por conocer a mi nuevo novio, imaginaos lo contentas que estarán cuando les diga, con suerte, que estoy embarazada.

Feliz cumpleaños.

Que empiece la fiesta.

17

Greg

Teniendo en cuenta que todo esto es una ilusión, la verdad es que me lo estoy pasando bien en esta fiesta, conociendo a familiares y amigos de Fern a los que no tengo ninguna intención de volver a ver una vez que termine la velada. Sin embargo, no me lo estoy pasando tan bien como la cumpleañera. Mientras miro a Fern a través de este abarrotado salón de actos, la veo levantar un vaso de chupito por encima de su cabeza junto a cinco de sus amigos antes de bebérselo y soltar un grito triunfal.

«Sigue bebiendo y sigue de fiesta», pienso mientras la observo regodearse en su popularidad aquí entre toda esta gente que aún no ha descubierto quién es en realidad. «Cuanto más te diviertas, más probable es que consiga lo que quiero al final de la noche».

—Entonces, Roger, dime, ¿en qué trabajas?

Siento una mano alrededor de mi hombro y, cuando veo quién es, me doy cuenta de que voy a tener que mantener una conversación con el padre de Fern, Tony. Siempre es una situación complicada para cualquier novio conocer al hombre que crio a la mujer con la que sale, pero en mi caso voy a tener que andarme con más cuidado.

—Me dedico a las ventas —le digo, y aunque a veces eso puede provocar una reacción negativa en algunas personas, si a Tony no le impresiona, hace muy bien en no demostrarlo.

—Fantástico. ¿Qué es lo que vendes?

Me paso los siguientes cinco minutos aburriéndome a mí mismo y al hombre con el que estoy hablando sobre los pormenores de lo que hago para ganarme la vida, pero, aunque sé que podría impresionar a Tony un poco más si mencionara que antes era policía, me guardaré

ese hecho para mí. Por si acaso más tarde habla de ello con su hija y ella levanta de repente sus defensas, que ahora mismo están bajando tan rápido como esos vasos de chupito vacíos del bar.

—Es interesante —dice Tony, y le agradezco lo educado que está siendo, porque mi trabajo es cualquier cosa menos eso. Por suerte, un momento después cambia de tema. Sin embargo, el siguiente tema es aún más peliagudo para mí.

—Tengo que admitir que me sorprendí un poco cuando me enteré de que Fern tenía un nuevo hombre en su vida —dice mientras la fiesta continúa a nuestro alrededor, y me preocupa que esta pueda ser la parte en la que el padre preocupado me dice que trate bien a su hija —. Ha pasado por muchas cosas, y al principio pensé que parecía que se estaba precipitando cuando Claire me dijo que Fern volvía a tener una relación.

—Nos hemos tomado las cosas con calma —intento, pero Tony me corta rápidamente.

—No estoy aquí para lanzarte una advertencia ni nada por el estilo. Estoy aquí para darte las gracias.

—¿Darme las gracias?

—Sí. Mi hija se merece ser feliz después de lo que sucedió y, aunque acabo de conocerte, desde hace unos meses tengo claro que mi hija lo está llevando bien teniendo en cuenta las circunstancias. Eso me dice que en gran parte se debe a ti, así que gracias, te agradezco mucho que formes parte de su vida.

—Oh, eh.

No sé qué responder a eso, y solo desearía no tener que estar aquí de pie y aceptar palabras amables del padre de la mujer que espero que me confiese sus crímenes más tarde esta noche.

—Al principio, me preocupaba que estuviera fingiendo conmigo y con su madre —dice Tony, señalando a su mujer al otro lado de la barra, que está charlando con un par de parientes mayores de la cumpleañera—. Ya sabes, fingiendo que no sufría para no preocupar a sus padres. Pero ahora sé que había una razón real por la que su estado de ánimo no era tan bajo como podría haber sido, y esa razón eres tú. Así que gracias, Roger, y gracias por organizar esta fiesta.

Tony me tiende la mano para que se la estreche, y yo sé que no debo dejarle colgado, así que la acepto de mala gana y estrecho más lazos aún con este hombre al que voy a sorprender muy pronto.

Tony se aleja rápidamente para reunirse con algunos miembros de la familia para hacerse fotos en el bar. Una vez que se ha ido, acabo envuelto en otra conversación incómoda, esta vez con algunos amigos de Fern, aunque no entiendo qué ve ella en esa gente. Por lo que

puedo apreciar, son muy engreídos y me atrevería a decir que muchos de ellos son unos esnobs, y eso se hace aún más evidente después de que me pregunten a qué me dedico también.

En este círculo, parece que solo hay dos respuestas correctas cuando se trata de cuestiones relacionadas con el trabajo, los ingresos y la posición general en la sociedad. O eres médico, o estás casado con un médico. Como no soy ninguna de las dos cosas, me juzgan rápidamente y, del mismo modo, como Fern tampoco puede encajar ya en ese molde, me juzgan aún más, como si estuviera alejando a su querida amiga de su respetable estilo de vida para llevarla por un camino de aburrida mediocridad.

Si al menos supieran por qué camino estoy intentando llevarla en realidad.

—He oído que la venta es un sector terriblemente difícil —comenta un amigo mientras los demás asienten con la cabeza—. Es muy difícil hacer buen dinero ahí.

—Hay comisiones y primas. —Intento hacer ver que mi trabajo es tan lucrativo como el suyo, pero luego me pregunto por qué me molesto en tratar de impresionar a esta gente a la que no volveré a ver después de esta fiesta.

—Seguro que las hay, pero ¿es gratificante? —me pregunta alguien, antes de pasar a hablar de lo que supone tratar a pacientes enfermos y de lo gratificante que es.

Tengo muchas ganas de decirles que cualquier trabajo puede ser gratificante si la persona que lo realiza lo disfruta, pero no quiero entrar en un debate ni en una discusión, así que es mucho más fácil dejar que digan lo que quieran y seguir asintiendo y sonriendo amablemente. Estoy seguro de que algunos de ellos están pensando que no soy un buen partido para su amiga y esperan que nuestro romance se apague lentamente en los próximos meses, pero, si es así, también se equivocan. Nuestra relación no se va a diluir. Cuando termine, lo hará por todo lo alto.

Me excuso de la conversación para ir a buscar a mi novia y ver cómo está disfrutando de su fiesta de cumpleaños.

Encuentro a Fern en lo que se ha convertido en la improvisada pista de baile y, cuando me ve acercarme, me rodea con los brazos y tira de mí para que baile junto a ella. Es una muestra de afecto bastante grande teniendo en cuenta que esta sala está llena de sus seres queridos, pero es señal de que no tiene reparos en mostrar lo feliz que es conmigo ahora. También es señal de que está ebria y, mientras baila conmigo al ritmo de la música que sale de los altavoces y me dice en voz muy alta que se lo está pasando muy bien, confío en

que pronto se desinhiba aún más.

La fiesta continúa durante un par de horas más, la cumpleañera consume muchas más bebidas y yo me abro paso a través de unas cuantas charlas tediosas más con varios amigos y familiares antes de que, por fin, pare la música y un empleado del hotel nos diga con amabilidad que es hora de irnos.

Por lo que sé, los demás asistentes se irán a casa a menos que hayan conseguido una habitación, pero yo tengo una reservada en el piso de arriba, lo que significa que Fern y yo no tenemos que viajar mucho para pasar la noche, aunque dormir es lo último que pienso hacer cuando lleguemos. Mientras Fern se despide de los que han venido a ayudarla a celebrarlo esta noche, la veo balancearse y tropezar un poco y no veo la hora de aprovecharme de ello.

No puedo esperar a que me hable en privado.

—Ha sido un placer conocerte —me dice Kath, la madre de Fern, antes de darme un abrazo de despedida. Le digo a Kath que también ha sido un placer conocerla, y siento un poco de melancolía al pronunciar las palabras porque está claro que se trata de una mujer encantadora que no se merece lo que le está pasando a su familia. Su marido es igual de simpático y, al estrechar la mano de Tony y oírlo invitarme a cenar pronto con la familia, tengo que fingir mi sonrisa y mi respuesta, diciéndole que me encantaría y que lo espero con impaciencia.

Es un alivio cuando los padres de Fern se van: ya no tengo que fingir con ellos. Aunque su hija sigue aquí, así que tengo que seguir fingiendo un poco más mientras salgo con ella del salón de actos, ahora vacío. Varias limpiadoras se cruzan con nosotros para recoger todos los vasos vacíos que hemos dejado mientras nos dirigimos al ascensor.

Cuando se abren las puertas, Fern tropieza al subir y yo la cojo del brazo para ayudarla a mantener el equilibrio antes de que entremos en el ascensor y yo pulse el botón de la sexta planta.

—Uy —dice antes de soltar una carcajada, y yo me aseguro de reírme también para que parezca que estoy tan mareado y despreocupado como ella después de todas las copas que nos hemos tomado en el bar. Pero la verdad es que he estado pidiendo cerveza sin alcohol toda la noche y, aunque no pude evitar el único chupito de tequila que me convencieron de tomar Fern y algunas de sus amigas, estoy sobrio y lúcido, y así es como tengo que estar cuando lleguemos a nuestra planta y nos dirijamos a nuestra habitación. Sin embargo, he sido lo bastante listo como para llevarme una botella de cerveza, de la que voy dando tragos de vez en cuando mientras vamos hacia la

habitación para parecer tan borracho como Fern.

Mientras la veo caminar delante de mí por el pasillo, el camino que recorre por la alfombra me dice que suspendería fácilmente el examen si le pidiera que caminara en línea recta, aunque no es que eso le importe demasiado. No para de sonreír ni de darme las gracias por haber organizado la fiesta. Luego me da un largo beso justo antes de que abra la puerta de la habitación del hotel y la mantenga abierta mientras Fern, la cumpleañera, entra tarareando.

Justo antes de seguirla, rezo una oración en voz muy baja para mí mismo, una que ella no tendrá ninguna posibilidad de oír por encima de su canto.

—Por favor, que esto funcione.

Entonces hago una cosa más antes de seguir a Fern a la habitación.

Saco el móvil y voy a la opción de vídeo.

Luego pulso «Grabar».

18

Fern

Esta ha sido una noche increíble, pero, por lo que a mí respecta, aún no ha terminado.

—Ven aquí —le digo a Roger después de que haya dejado el teléfono junto a la cama y se haya sacado la camisa de dentro de los pantalones.

Parece un poco sorprendido cuando planto mis labios sobre los suyos, pero no aflojo hasta que lo he llevado a la cama y me he tumbado encima de él.

Mientras le desabrocho la camisa y se la abro de un tirón, Roger me pregunta inocentemente qué estoy haciendo.

—La fiesta sorpresa fue mi regalo —digo mientras paso las manos por su pecho desnudo—. Ahora es el momento del tuyo.

Seguramente no hay muchos hombres que puedan resistirse a que una mujer ansiosa como yo los controle, y Roger no protesta demasiado, aunque me dice con bastante dulzura que podemos limitarnos a hablar si quiero y dejar para mañana cualquier otra cosa que vayamos a hacer. Pero hablar es lo último en lo que pienso cuando voy a por la hebilla de su cinturón.

—Me he pasado toda la noche hablando —le digo mientras tiro su cinturón, que hace un ruido sordo al chocar contra la pared—. Ahora quiero hacer otra cosa.

Pongo un dedo en los labios de Roger para decirle que guarde silencio de momento y, con él siguiendo mis órdenes, me centro en él. Me siento bien después de la maravillosa velada que me ha preparado.

Decir que la fiesta fue una auténtica sorpresa sería quedarse corto. No tenía ni idea de lo que me esperaba cuando entramos en aquella

sala, y creía sinceramente en Roger y en el plan original que me había contado antes de llegar. Pero ver a toda mi familia y amigos allí y darme cuenta del esfuerzo que mi nuevo hombre había hecho para organizar la celebración fue increíble. Todas las dudas que tenía sobre si debía presentar a mi nuevo novio a mis seres queridos de forma gradual y sin llamar mucho la atención se disiparon rápidamente cuando me di cuenta de lo divertida que iba a ser la fiesta.

Aunque había pedido una noche tranquila, en el fondo sé que en los años venideros me habría arrepentido de no haber celebrado mi cuarenta cumpleaños por todo lo alto. Nunca he sido una persona a la que le guste esconderse en las sombras y dejar que las grandes ocasiones pasen desapercibidas, y solo me he comportado así tras la muerte de Drew. Pero, incluso en mis intentos de pasar desapercibida, parece que el universo tenía otros planes para mí, o más bien mi nuevo novio los tenía.

Qué hombre más increíble.

Con mi secreto al descubierto, supongo que ahora tendré que empezar a organizar todo tipo de cosas con Roger a mi lado. Comidas con mis padres. Citas dobles con mis amigos. Imagino que también tendré que ir a conocer a sus seres queridos. No hay duda de que va a ser una época ajetreada en nuestra relación ahora que tanta gente lo sabe. Pero no pasa nada. Esta noche todo el mundo estaba contento porque yo estaba contenta, y ni uno solo de ellos mencionó a Drew ni planteó ninguna preocupación porque yo fuera demasiado rápido. Supongo que eso es amor y lealtad. Esta noche, todos los que estaban en esa sala solo querían lo mejor para mí.

Ahora mismo, solo quiero lo mejor para Roger.

Mientras me esfuerzo por hacerle tan feliz como yo, todavía no se me ha escapado que he dejado de usar anticonceptivos. No quiero estropear el momento mencionando de repente algo que podría ser muy grave, pero, por otro lado, ya hemos hablado de tener hijos y no ha habido ningún inconveniente, así que ¿cuál es el problema? Es poco probable que conciba tan pronto, si es que lo hago, e incluso si lo hago dudo que Roger pueda precisar el momento exacto de la concepción. Hacemos este tipo de cosas con la suficiente frecuencia como para que sea difícil recordar la fecha exacta. Pronto le contaré que he dejado los anticonceptivos, en algún momento de esta semana, pero esta noche toca divertirse.

Mientras Roger y yo hacemos el amor, parece que soy yo la que hace la mayor parte del trabajo, pero lo achaco a dos cosas. Una, mi deseo de recompensarle por sus esfuerzos de antes y, dos, mi energía desbordante en comparación con él después de todas las copas que me

he tomado abajo con mis seres queridos. Definitivamente me he pasado en el bar, y lo sé porque cada vez que levanto la cabeza y miro a mi alrededor, algunas de las paredes parecen empezar a moverse y podría jurar que la alfombra también se acerca a mí de vez en cuando. Pero ¿y qué si estoy borracha? Solo se cumplen cuarenta años una vez y, además, no hay mucha gente que pueda resistirse cuando todo el mundo quiere invitarte a una copa.

Después de unos veinte minutos llenos de energía, Roger y yo nos encontramos tumbados sobre nuestras almohadas mirándonos a los ojos y, a medida que nuestra respiración se normaliza, los párpados ya empiezan a pesarme. Es tarde, he bebido mucho y el subidón de dopamina que tengo por lo que he hecho con Roger empieza a desaparecer poco a poco.

Es hora de decir buenas noches.

Antes de que pueda hacerlo, Roger empieza a hablar.

—Ahora que lo nuestro es oficial, creo que deberíamos empezar a compartir más cosas —dice.

—¿Como qué? —pregunto, con la mente en el sueño, pero siendo lo bastante educada como para seguirle la corriente un momento.

—Cualquier cosa. Cosas buenas, cosas malas. Como esta noche, por ejemplo.

—¿Qué pasa con esta noche?

—Me he divertido, no me malinterpretes. Pero también he sentido como si algunos de tus amigos me estuvieran juzgando.

—¿Juzgándote?

—Sí, porque no soy médico como algunos de ellos. O como lo era Drew.

—No te estaban juzgando —digo, esperando estar en lo cierto, pero, aunque así fuera, supongo que no habrán sido demasiado groseros.

—Lo hacían. No creo que se impresionaran mucho cuando les dije que era vendedor.

—Solo estaban siendo entrometidos. A nadie le importa lo que haces para ganarte la vida. Es solo un tema de conversación en una fiesta.

—Supongo.

Estoy dispuesta a cerrar los ojos y dejar que mi confuso cerebro me lleve al sueño, pero me resisto un poco más porque detecto que Roger se siente un poco triste.

—Oye, en serio, no te preocupes. Aunque te estuvieran juzgando, ¿y qué? Lo único que importa es que te quiero y no podría importarme menos lo que piensen los demás.

—¿Así que no te importa que no sea un médico importante?

—¡No, claro que no! De hecho, lo prefiero.

—¿En serio?

—Sí. Esa profesión está sobrevalorada. A veces todo ese poder y respetabilidad se le suben a la cabeza a la gente. Ciertamente se le subió a Drew.

Por desgracia, incluso después de una noche perfecta, siempre hay lugar para pensar en ese hombre.

—¿Crees que su trabajo tuvo algo que ver con su aventura?

—Probablemente. Era demasiado confiado. Engreído. Pensaba que podía hacer lo que quisiera porque la gente le admiraba, le hacía caso, confiaba en él. Todo el mundo confía en un médico, ¿no? Él se aprovechó de eso.

Todavía quiero irme a dormir, pero hablar de Drew ha despertado de repente un poco de rabia y resentimiento en mi interior, y creo que eso hace que relajarme por completo sea un poco más difícil.

—Supongo —dice Roger, con cara de sueño pero hablando de todos modos—. Es curioso, porque estoy seguro de que, incluso después de lo que hizo, la mayoría de los asistentes a la fiesta de esta noche siguen pensando que era un buen tipo.

—Puede ser —murmuro, molesta porque sea así—. Pero yo sé cómo era Drew, y eso es todo lo que importa.

Hay un momento de silencio y sospecho que es el momento en que ambos nos dormimos. Pero entonces Roger dice algo que me despierta.

—Te quiero —murmura en voz baja, pillándome totalmente desprevenida, pero en el buen sentido.

—Yo también te quiero —le digo casi antes de haber podido pensarlo. Pero es verdad. Lo quiero. Esta noche me lo ha confirmado.

Con estos sentimientos compartidos, sonrío mientras me acurruco más contra Roger, disfrutando de la afirmación de que nuestra relación acaba de ascender a un nivel completamente nuevo. Ese ascenso se hace aún más evidente cuando Roger me cuenta que siente remordimientos por algo relacionado con una de sus anteriores parejas.

—Odio lo que te hizo Drew porque sé lo que se siente. A mí también me engañaron —dice, lo cual me sorprende porque nunca antes lo había mencionado, aunque me doy cuenta de que es porque se siente avergonzado al respecto—. Ya no estoy enfadado con ella, se me pasó hace mucho tiempo, pero estoy enfadado conmigo mismo.

—¿Contigo? ¿Por qué?

—No lo sé. Porque confié en ella. Porque me dejé pisotear.

—Su engaño no es culpa tuya. Nunca te culpes.

—Sí, supongo. Supongo que por lo que estoy más enfadado conmigo mismo es por otra cosa.

—¿Qué quieres decir?

—Estoy enfadado porque no lo afronté bien. Supongo que desearía haberme cubierto las espaldas... ¿Tiene sentido?

—Lo tiene —digo, entendiendo perfectamente por qué puede sentirse así, porque estoy segura de que si no me hubiera vengado de Drew, yo también estaría enfadada.

—¿Tú sientes lo mismo? —me pregunta Roger entonces—. Me refiero a que Drew murió antes de que pudieras siquiera hablar con él al respecto.

Pienso en darle la razón, pero veo que está dolido y quiere oír algo que lo anime; además, me siento muy segura de mí misma después de que me haya dicho que me quiere, así que decido que no me vendrá mal decirle que me vengué de Drew.

—No te preocupes, hice lo que tenía que hacer —digo, sin poder resistir una sonrisa de suficiencia que se dibuja en mi cara.

—¿Qué quieres decir?

—Me vengué de él, no te preocupes por eso.

—Pero ¿cómo? Murió antes de que supieras que tenía una aventura.

—¿Tú crees?

Debería callarme, pero es delicioso deleitarme con mi victoria y, por fin, hago partícipe a alguien de lo inteligente que he sido. Está bien porque es alguien en quien puedo confiar. Alguien que me quiere. Alguien que ha sido herido por otra persona antes. Necesita saber que las víctimas de una infidelidad no siempre están indefensas.

—¿Te enteraste de su aventura antes de que muriera? —me pregunta Roger, sin parecer sorprendido, solo curioso.

Esta conversación no va a salir de aquí, así que me alegro de poder contestar.

—Sí —le digo.

—¿Cómo?

—Oh, Drew no era tan bueno cubriendo sus huellas como pensaba. Tampoco lo era ella. Alice.

Detesto decir su nombre. Aunque no debería, porque yo estoy en la cama de una espaciosa habitación de hotel mientras ella está en un incómodo colchón en la cárcel.

—¿Qué quieres decir? —pregunta Roger, y me pasa un mechón de pelo por detrás de la oreja.

—Su marido también se enteró de su aventura. Rory. Fue él quien me lo contó. Los había seguido y los había visto juntos. Luego vino y

me lo dijo.

—Vaya, ¿en Arberness?

—No, en Manchester.

Roger parece sorprendido ahora, pero yo me encojo de hombros porque, sintiéndome tan bien como me siento, no es que sea muy importante.

—Espera, si sabías lo de la aventura, ¿por qué te mudaste a Arberness? —me pregunta a continuación.

—Para ponerlo a prueba —le digo—. Quería ver si hacía lo correcto y se alejaba de ella cuando llegáramos. Pero no lo hizo. Los oí teniendo sexo en su consulta. Allí mismo, en la camilla donde trataba a sus pacientes. ¿Puedes creer que hiciera algo así?

—Es repugnante —asiente Roger, claramente de mi parte—. Qué hombre tan horrible.

—Era el peor —confirmo.

—Sigo sin entenderlo —dice entonces Roger—. Has dicho que te habías vengado de él. Pero ¿cómo? Fue Alice quien lo mató, ¿no?

—Ah, ¿sí? —pregunto, sonriendo de nuevo.

—¿No fue ella?

—Digamos que no solo me vengué de Drew. También me vengué de ella.

Espero un momento a que Roger lo asimile y, cuando lo hace, se ríe.

—Vaya, ¿lo mataste y la incriminaste? Eso es genial.

Quizá, si estuviera sobria, me arrepentiría de haber dejado escapar algo así, pero tal y como están las cosas me siento muy feliz y, aunque no lo estuviera, Roger no parece tener ningún problema con lo que hice, así que lo confirmo.

—Sí —le digo—. Bueno, algo así. Tuve ayuda. Pero fue idea mía vengarme de ellos. ¿Eso me convierte en una mala persona?

—No, claro que no. Se lo merecían.

—Yo también lo creo —digo.

—¿Qué hay del otro tipo? ¿El marido de Alice? ¿Fue el que te ayudó?

—Sí. A él también le engañaban, así que fue bastante fácil ponerlo de mi parte.

—Pero ¿qué pasó con él?

—¿Qué quieres decir?

—Oí que se suicidó.

—No se suicidó.

—¿No lo hizo?

—Digamos que podría haber sido un problema para mí, pero ya no

lo es.

Siento la necesidad de dejar de hablar porque he dicho mucho más de lo que debería, pero me siento entusiasmada de que Roger se haya enterado de mi secreto y, sabiendo que está de mi parte, vuelvo a ponerme encima de él y empiezo a besarlo de nuevo. Él también me devuelve el beso, con más pasión que nunca, y el sexo que sigue es el mejor que hemos tenido hasta ahora.

Supongo que contarle mi pequeño secreto no era tan malo.

Él me ama claramente, incluso con lo que he hecho en mi pasado.

Supongo que también ayuda que él mismo sabe que no debería pensar en engañarme.

Sabe lo que pasaría si lo hiciera, así que dudo que lo intente siquiera.

Perfecto. Me deshice de un hombre desleal y he encontrado a uno leal.

¿Quién dijo que cumplir cuarenta años tiene que ser malo?

19

Greg

Me pregunto si Fern ha notado una gran diferencia en mí cuando nos hemos acostado antes de apagar las luces y acomodarnos para pasar la noche. Si lo ha hecho, probablemente lo ha atribuido a que yo estaba más atento y comprometido ahora que ambos nos habíamos dicho que nos queríamos. No tiene ni idea de que la verdadera razón por la que estaba mucho más entusiasmado con ella era que me sentía muy excitado después de que ella me hubiera dado las pruebas que necesitaba.

Me siento feliz de haber conseguido por fin su confesión y, ahora que la tengo, puedo conseguir justicia para dos personas que me importan: Drew y Alice. La verdad sobre lo que le ocurrió a mi difunto amigo en sus últimos momentos puede salir a la luz, y eso es lo que cualquiera merece cuando pierde la vida de una forma tan horrible. Además, espero que la condena de Alice pueda anularse y que la policía pueda por fin empezar a investigar a la persona realmente responsable.

Esa persona está durmiendo a mi lado en esta cama y, mientras permanezco despierto en la oscuridad y escucho la respiración de Fern, sigo luchando por controlar la adrenalina que recorre mi cuerpo. Consciente de que no puedo conciliar el sueño, no solo porque estoy excitado, sino también porque tengo la confirmación de que estoy junto a una asesina, salgo de la cama con cuidado de no molestar a Fern. Luego cojo el teléfono de la mesilla de noche, el que he estado demasiado nervioso para mirar desde que lo dejé grabando, antes de dirigirme con sigilo al baño y cerrar la puerta tras de mí.

Respiro hondo y me tomo un momento para intentar relajarme

antes de mirar el teléfono que tengo en las manos. Ha llegado el momento. El momento de la verdad. El momento de saber si he conseguido la grabación de Fern admitiendo que sabía lo de la aventura de Drew antes de su muerte y que se encargó de que todos los implicados recibieran lo que según ella se merecían.

Expectante, toco la pantalla y veo que los segundos siguen contando, lo que indica que la grabación sigue en marcha, aunque no necesito grabar nada más. Cruzo los dedos para tener todo lo que necesito, así que pulso el botón «Pausa» antes de volver al principio y, tras asegurarme de que el volumen está lo bastante alto como para que solo lo oiga yo, pulso «Play».

No oigo nada durante unos segundos y casi me entra el pánico porque algo no haya funcionado como debería.

Pero entonces oigo la voz de Fern.

Habla de lo bien que se lo ha pasado esta noche y entonces me oigo decir lo agradable que ha sido conocer a sus padres, y me relajo porque ahora está claro que el teléfono estaba dentro del alcance para captar fácilmente nuestras voces. Como sé que estuvimos charlando un rato sobre cosas que no tienen nada que ver con mi «investigación», muevo el dedo por la barra de la parte inferior de la grabación para que avance hasta el momento en que creo que nuestra conversación se puso interesante. Es entonces cuando me oigo llevando a Fern hacia la trampa que le había preparado, hablando de que algunos de sus amigos me juzgaban y de que yo sentía que no respetaban mi trabajo tanto como respetaban el de Drew.

Mantengo el teléfono cerca de la oreja mientras escucho la grabación a bajo volumen, receloso de que Fern escuche algo, a pesar de que está al otro lado de esta puerta cerrada y dormía cuando la he dejado hace un momento. No he llegado tan lejos para cometer ahora un estúpido error y arruinarlo todo.

Después de oírnos a Fern y a mí hacernos declaraciones de amor —algo que me daría náuseas si no fuera tan risible—, me escucho decir otra mentira. Esta vez, es la de que una expareja me había engañado antes, una mentira que he contado para fomentar aún más el amor y la simpatía de Fern, pero también para llevarla por el camino de hablar sobre la mejor manera de vengarse de los infieles. Por supuesto, la oigo decirme que nada de eso fue culpa mía y, después de contar otra mentira sobre cómo me arrepiento de no haberme vengado de los que me hicieron daño en el pasado, Fern empieza a confesar lo que les hizo a Drew y Alice.

Contengo la respiración y aprieto los dientes mientras rezo para que la grabación de audio de la siguiente parte sea cristalina. Odiaría

que algún abogado defensor bien pagado encontrara la forma de desacreditar lo que ha acabado siendo la confesión de Fern. Pero no hay por qué preocuparse, porque el audio es perfecto: escucho claramente la voz de Fern mientras dice varias cosas muy incriminatorias.

—Me vengué de él, no te preocupes por eso.

—Digamos que no solo me vengué de Drew. También me vengué de ella.

Entonces me oigo a mí mismo formular la pregunta crucial:

—Vaya, ¿lo mataste y la incriminaste?

A continuación, Fern pronuncia unas palabras muy breves pero importantes:

—Sí.

Hay tantas cosas aquí que cualquier agente de policía, detective o fiscal podría hacer su agosto y, mientras escucho su confesión completa, estoy convencido de que no hay forma de que Fern pueda librarse de esta. Si tuviera que adivinar, diría que su mejor defensa sería decir que estaba borracha y que se estaba inventando cosas, pero seguramente eso no engañará a nadie ni excusará las cosas que ha dicho. Lo que sí hará es que todo el mundo la investigue y, con la mirada de la justicia sobre ella, mi plan es que se desmorone bajo los focos y el resto del proceso sea una formalidad.

Será acusada. Será juzgada si lo sigue negando. Será declarada culpable por un jurado que habrá escuchado la grabación y no podrá creer lo que ha oído. Será condenada a una larguísima pena de prisión por todo lo que ha hecho mal. Y entonces todo esto habrá terminado.

Apenas puedo contener mi excitación y me encuentro dando vueltas por el pequeño cuarto de baño, incapaz de dar más de tres o cuatro pasos en una dirección antes de tener que dar media vuelta y volver a caminar en la dirección contraria. Pero también soy incapaz de quedarme quieto y por eso no paro de moverme con el teléfono en la mano y los pensamientos pasándome por la cabeza a millones de kilómetros por hora. Al final, tengo que cerrar la tapa del retrete y sentarme en ella para no estallar de emoción contenida, pero incluso sentado me cuesta mantener la calma.

Lo que acaba de ocurrir es el resultado de meses en los que he dedicado mi vida a intentar averiguar la verdad, y hubo muchas ocasiones en las que pensé que nunca llegaría a nada. Los temores que tenía al acostarme por las noches eran que estaba perdiendo el tiempo, que quizá me equivocaba o, lo peor de todo, que Fern era demasiado lista para cometer un error estando conmigo. Eran preocupaciones tan palpables que a menudo me despertaba en mitad

de la noche con el corazón acelerado, un síntoma preocupante que sufría cuando era policía y que fue una de las muchas razones por las que al final decidí dejar ese trabajo. Hubo incluso un par de ocasiones en las que tuve ganas de abandonar a Fern porque me preocupaba estar persiguiendo una causa perdida. Pero seguí adelante, motivado por el sentido de la justicia que me habían inculcado durante mi carrera policial, porque no todo era malo, así como por un profundo deseo de conseguir la verdad para la familia de Drew y también de ver a Alice de vuelta en el exterior, donde podría encontrarse cayendo en los brazos del hombre que la ayudó a salvarse de una vida encarcelada.

Todo ha merecido la pena.

Yo lo he hecho.

Es el momento de salir de aquí.

Ansioso por alejarme de Fern y no volver a verla, mi plan es salir con sigilo de este cuarto de baño y coger algunas prendas de ropa antes de escabullirme de la habitación y bajar las escaleras. Cuando esté en el vestíbulo, pediré a quienquiera que esté en recepción que llame a la policía y, cuando lleguen, los conduciré a esta habitación, donde podrán sorprender a la criminal dormida y esposarla antes de que tenga tiempo de hacer nada al respecto.

Imagino que será entonces cuando todo se ralentizará un poco porque, por muy deseoso que esté de que las cosas sucedan rápidamente, las ruedas del sistema legal británico giran despacio, y podría pasar un tiempo antes de que Fern sea condenada y Alice sea puesta en libertad. Pero que así sea. Lo importante es que los engranajes empiecen a girar y, sin duda, lo harán cuando todos los crímenes de Fern queden al descubierto.

Me levanto de la taza del váter, me guardo el móvil en el bolsillo y vuelvo a respirar hondo antes de estirar la mano hacia la cerradura de la puerta y prepararme para abrirla lo más silenciosamente posible. Pero, justo antes de hacerlo, oigo un sonido que me deja helado.

Llaman a la puerta del baño.

20

Fern

A pesar de haber pasado una de las noches más memorables de mi vida, no puedo decir que me sienta en mi mejor momento mientras permanezco frente a la puerta del baño y espero a que salga Roger.

No llevo mucho tiempo dormida y, si soy sincera, todavía me siento borracha, aunque los efectos cálidos y confusos del alcohol ya han empezado a desaparecer y en su lugar comienzo a sentir los primeros síntomas de lo que será una resaca tremenda. Me duele la cabeza, tengo la garganta muy seca y sé que, duerma lo que duerma el resto de la noche, no descansaré, y es probable que mañana me sienta fatigada todo el día. Pero ese es el precio que tengo que pagar por celebrar mis cuarenta años por todo lo alto, y ya soy mayorcita, así que puedo soportarlo. Sin embargo, estoy preocupada por mi novio porque me he despertado y no estaba en la cama a mi lado, y mientras intento abrir la puerta del baño y veo que está cerrada, me preocupa que esté sufriendo más que yo después de la celebración de esta noche.

—¿Estás bien? ¿Te encuentras mal? —le pregunto a Roger antes de escuchar su respuesta.

—No, estoy bien. Solo necesitaba ir al baño —responde, pero no estoy segura de que esté siendo del todo sincero, porque si yo estuviera enferma, tampoco querría admitirlo.

—¿Estás seguro?

—Sí, estoy bien. Gracias, gracias. Vuelve a la cama. Saldré en un minuto —responde.

Decido que prefiero pasar ese minuto tumbada en la cama que de pie junto a la puerta, así que me tambaleo hacia el colchón y me

dispongo a caer de nuevo en el acogedor calor del edredón. Justo antes de hacerlo, recojo el bolso del suelo —donde debo haberlo tirado— y busco las pastillas para el dolor de cabeza que guardo en él. Las encuentro enseguida, pero sé que tardaré un poco más en notar sus efectos en el cuerpo.

Engullo dos pastillas, bebo un trago de agua de mi botella y me digo a mí misma que he empezado con buen pie para evitar parte de mi inminente resaca antes de coger el móvil del bolso y volver a meterme en la cama.

Ahora que vuelvo a estar en posición horizontal, me relajo un momento en las redes sociales. Tengo el impulso morboso de volver a investigar a una «vieja amiga». Al teclear «Alice Richardson» en el buscador, espero obtener lo mismo que cuando hice la última búsqueda, es decir, ningún resultado nuevo de relevancia para mí. Pero me equivoco, porque lo primero que veo es un enlace a un artículo que inmediatamente sé que se refiere a la mujer a la que inculpé de asesinato.

Alice Richardson recibe una paliza de una compañera de prisión.

Sorprendida y ansiosa por saber más, hago clic en el enlace y me lleva a un sitio web de noticias que me resulta reconocible pero poco respetable. No se trata de una agencia de noticias nacional, de las que comprueban tres veces los hechos antes de publicar algo. En su lugar, se trata de un sitio web dirigido por un periodista osado y algo sensacionalista llamado Miles Mayhew, el cual sospecho que no es su verdadero nombre. No es lo único que sospecho que es falso, porque el sitio web de Miles está lleno de todo tipo de noticias que dicen todo tipo de cosas especulativas, cosas que nunca podría publicar en un medio de renombre con un editor asesorado legalmente supervisando su trabajo. He leído artículos suyos antes, porque tiene su sede en el extremo norte de Inglaterra y parece cubrir todas las grandes historias que ocurren a este lado de la frontera o justo al otro lado, en Escocia. Eso le sitúa en un territorio privilegiado para Arberness y Carlisle, que son los lugares de interés para el asesinato de Drew Devlin y todo lo que vino después.

Leí un par de artículos de Miles en los primeros meses tras la muerte de Drew: sus informes sobre la investigación, la detención de Alice y su posterior condena y, por supuesto, la muerte de Rory y el hecho de que la policía estuviera convencida de que no había circunstancias sospechosas. La falta de cualificación periodística de

Miles parece compensarse con su entusiasmo y su afán por informar lo más rápidamente posible, lo que puede hacer que algún día le demanden, pero, mientras tanto, le permite ser a menudo el primero en llegar a una noticia. Parece que es el primero en esta porque es el único que ha informado hasta ahora sobre el ataque a Alice en la cárcel.

Aunque es posible que los grandes medios de comunicación no consideren esta historia de interés periodístico, yo estoy desesperada por saber más, así que leo el artículo lo más rápido que puedo para averiguar todos los hechos, o al menos lo que se puede considerar cercano a ellos. Según el informe de Miles, parece que Alice fue agredida en prisión y, aunque no sufrió ninguna fractura, sus heridas fueron lo bastante graves como para requerir que recibiera atención médica.

Podría sentirme de dos maneras tras enterarme de algo así. Podría sentirme increíblemente culpable de que una mujer inocente haya sido agredida en prisión después de que yo provoqué que terminase allí. O podría sentirme satisfecha de que solo se trate de más mala suerte repartida a una mujer que no tuvo ningún problema en acostarse con mi marido antes de que sus pecados salieran a la luz.

Supongo que la amplia sonrisa de mi cara me dice con cuál me he quedado.

Animada por la idea de la bonita cara de Alice cubierta de moratones, me olvido de que todavía estoy esperando a que Roger vuelva a salir del baño y, en su lugar, me encuentro viendo qué más ha escrito Miles recientemente.

Así es como veo el enlace a otro artículo reciente sobre Alice Richardson que no había visto antes, y el titular merece ser leído.

La asesina recibe la visita de un hombre misterioso. ¿Quién es el atractivo hombre que ha ido a ver a Alice Richardson a la cárcel?

Supongo que Miles ha estado merodeando fuera de la prisión para conseguir una «primicia» como esta, pero la falta de cobertura por parte de los medios más creíbles me beneficia, porque su intrépido trabajo me ha dado la oportunidad de enterarme de esto.

Intrigada por saber quién podría haber visitado a Alice, hago clic en el enlace, suponiendo que voy a leer un artículo sobre algún bicho raro que se ha obsesionado con Alice en las noticias y que ha estado visitando a la condenada para ofrecerle algún tipo de apoyo. De ser así, la situación de Alice sería aún más patética de lo que ya es: habría

pasado de ser una mujer que podía atraer la atención de un médico guapo a una que tiene que depender de los hombres necesitados de la sociedad, que se aprovechan de las mujeres encarceladas para sus propias necesidades egoístas. Pero eso no es lo que yo entiendo en absoluto. Cuando veo la foto del hombre que ha visitado a Alice, me siento en la cama y casi se me cae el teléfono del susto.

Tardo varios segundos en armarme de valor y volver a mirar el teléfono después de casi perderlo de vista, pero debo hacerlo porque tengo que comprobar lo que me ha parecido ver.

Debo estar equivocada.

No puedo haber visto a quien creo, ¿verdad?

Tiene que ser alguien que se parezca a él.

Entonces vuelvo a mirar el teléfono y me doy cuenta de que no me equivoco.

Lo he visto bien la primera vez.

Sé quién es el visitante de Alice.

El hombre de la imagen en mi pantalla es el hombre que estaba tumbado a mi lado en esta oscura habitación de hotel hasta hace unos minutos.

21

Fern

Parece que acabo de descubrir el secreto para recuperar la sobriedad al instante. Ya no me siento borracha ni indispuesta tras mis aventuras en la fiesta de antes. Estoy más despierta que nunca, y salto de la cama e intento averiguar qué demonios está pasando.

El hombre de la foto que aparece en el artículo es Roger, lo que significa que ha ido a visitar a Alice a la cárcel.

¿Por qué? ¿De qué la conoce? ¿Qué asuntos podría tener con Alice?

Todas ellas son preguntas para las que estoy desesperada por conocer la respuesta, pero hay una pregunta primordial que supera a todas las demás.

¿Roger está de mi parte?

¿O está de la suya?

Doy vueltas por la desordenada habitación del hotel e intento no vomitar. Mis náuseas no tienen nada que ver con nada de lo que he consumido y sí con lo que acabo de ver y leer. Volviendo al artículo, leo el texto, que me dice que este hombre visitó a Alice durante las horas de visita habituales en la prisión de Carlisle, y aunque la identidad del hombre no era conocida por Miles, la foto que tomó el periodista es más que suficiente para que yo lo identifique.

Mientras que en su informe Miles está ansioso por explorar la posibilidad de que Alice tuviera otro amante en el exterior antes de su detención —otro además de su marido y el mío—, yo también estoy ansiosa por saber la verdad. ¿Es eso? ¿Alice también se acostaba con Roger antes de ser detenida? Si es así, eso significaría que él siente algo por ella, y visitarla en prisión lo prueba.

Pero, si él la ama, ¿por qué demonios está conmigo?

Tengo la sensación de que las paredes de esta habitación de hotel se cierran sobre mí mientras intento resolver todo esto antes de que Roger salga del baño. Y necesito hacerlo, de lo contrario, me va a pillar muy desprevenida, y eso no puede ser nada bueno.

Normalmente me enorgullezco de mantener la compostura en momentos de estrés. Lo hice cuando me enteré de la aventura de Drew, lo hice cuando la policía vino a interrogarme después de que encontraran su cadáver y lo hice cuando Rory me amenazó con revelar nuestro secreto y tuve que ocuparme de él antes de marcharme definitivamente de Arberness. Si pude hacer todo eso, entonces puedo hacer esto, así que me obligo a dejar de pasearme y a respirar hondo varias veces, aspirando el aire viciado de esta habitación mal ventilada, antes de serenarme y decirme a mí misma que piense.

¿Qué hace Roger aquí?

Si conoce a Alice, entonces tiene que saber mi historia con ella. También significa que si él la ha visitado, debe ser comprensivo con su difícil situación. Debe ser un viejo amigo o un amante, a menos que ella tenga un hermano que yo no conozca. Sea cual sea el motivo de su visita, me dice que tiene que apoyarla, lo que a su vez debe significar que está en mi contra. ¿Por qué si no iba a salir con la viuda del médico por cuyo asesinato encarcelaron a Alice? No tiene sentido.

Así que me ha estado engañando. Guardándome secretos.

¿Ha estado conspirando contra mí?

Me duele la cabeza, pero tiene más que ver con la cantidad de energía que estoy dedicando a intentar resolver este rompecabezas. Sin embargo, cuanto más pienso en ello, peor me siento, porque temo que me ha traicionado. Acabo de decirle a Roger que lo quiero, y él me ha respondido lo mismo. Pero ¿cómo puede amarme si tiene una conexión con Alice? ¿Saben los dos lo que he hecho? ¿Se acercó a mí para intentar pillarme? No, seguro que no.

Es entonces cuando la confusión causada por el alcohol se disipa y recuerdo exactamente lo que le dije a Roger antes de irme a dormir.

Es como si el tiempo se detuviera al recordar mi conversación con él. Cómo le conté que sabía lo de la aventura de Drew antes de lo que todos pensaban y, lo que es más importante, cómo luego hice algo para vengarme. Confesé estar implicada en el asesinato de Drew y que inculpé a Alice, y no solo eso, sino que admití que Rory había sido un problema para mí, así que también me deshice de él.

Dios mío, le conté todo a Roger.

Fue cuando pensé que estaba de mi lado.

Fue antes de saber que era íntimo de ella.

Cuanto más pienso en lo que hablamos, más recuerdo lo que dije, y es entonces cuando me doy cuenta de que Roger indujo mucho de lo que le dije. Me guio y dirigió la conversación hacia donde él quería. Me hizo hablar de Drew, de secretos y de remordimientos, y sabía que estaba borracha y que era más probable que dijera algo que luego desearía no haber dicho.

Me la jugó, y es entonces cuando veo que toda esta noche —toda esta relación— debe haber sido una farsa. La fiesta sorpresa y decirme que me quería, ¿ha planeado todo solo para emborracharme y que me enamorara de él? ¿Pensó que con un gesto tan romántico aumentaría las posibilidades de que yo cometiera un desliz y dijera alguna estupidez? Si es así, ha funcionado.

Pero no lo entiendo. ¿Cómo pudo Roger saber lo que hice con Drew, Alice y Rory antes de que se lo dijera? ¿Qué le hizo sospechar? ¿Le dijo Alice que sospechaba de mí? Si es así, ¿por qué no se lo dijo a la policía? Que yo sepa, no lo ha hecho, porque no han vuelto a interrogarme desde que la acusaron del asesinato de Drew. La última vez que la policía me interrogó fue antes de que hubiera un sospechoso oficial de su muerte. Me dejaron en paz cuando se centraron en Alice, lo que me dice que ni la policía ni Alice tenían ni idea de que fui yo quien la metió en la cárcel. Si ese es el caso, ¿cómo es posible que Roger se diera cuenta de que yo era culpable? No tengo ni idea, pero tengo que suponer que está conspirando contra mí, y ahora parece que tengo otro enemigo más.

Esto no puede estar pasando. ¿Aún estoy dormida? ¿Es un mal sueño? ¿Otra pesadilla? Si es así, espero que Drew haga una aparición pronto para confirmarlo. Me alegraría ver su cara ensangrentada delante de mí si eso significara que nada de esto es real. Por desgracia, por mucho que miro a mi alrededor en la habitación de hotel y busco una aparición de mi marido muerto, no lo veo. Lo único que ocurre es que oigo la cisterna del retrete del cuarto de baño, y eso me recuerda que el hombre que me ha estado ocultando secretos sigue ahí dentro. Pero no puede quedarse ahí para siempre. Tiene que salir en algún momento y, cuando lo haga, ¿qué hago?

No parece buena idea entrar en pánico y empezar a hacerle preguntas tan pronto como salga del baño, porque eso solo agravará esta situación. Por el momento, él no sabe que yo sé que fue a ver a Alice. Me lo ha ocultado por alguna razón, pero yo puedo hacer lo mismo con él. Él tiene sus secretos y yo tengo los míos. Lo que debo hacer es mantener la calma y tratar de ir un paso por delante de él. Tengo que averiguar mi próximo movimiento mientras le estudio y ver si me da alguna pista de lo que planea hacer con lo que le he contado.

Oigo el grifo abierto en el baño. Debe estar lavándose las manos. Lleva ahí un buen rato. ¿Se ha levantado de la cama solo para ir al baño o porque está tratando de procesar lo que le dije antes? ¿Está pensando qué hacer con mis secretos? ¿Se está preparando para salir de esta habitación e ir a contarle a Alice y a la policía lo que ha oído, para que la suelten a ella y me detengan a mí?

Temiendo que así sea, sé lo que debo hacer. No debo permitir que Roger salga de esta habitación hasta que haya averiguado el alcance de su plan. Por eso, al oír que se abre la puerta del baño, doy un paso hacia ella y, cuando aparece Roger, le ofrezco la mano.

—Hola, nene. ¿Estás bien? —le pregunto, cogiéndole la mano y agarrándola para dificultarle la salida del dormitorio.

—Err, sí. Estoy bien —dice.

—Bien. Volvamos a la cama y abracémonos.

Entonces le conduzco hacia la cama, pero parece reacio a seguirme y me pregunta si necesito ir al baño yo también.

—No, estoy bien. Volvamos a dormir —le digo, y vuelvo a tumbarlo en la cama conmigo.

Su cuerpo está rígido y tenso, lo que sugiere que en realidad no quiere seguir aquí, y eso solo me hace estar más decidida a retenerlo. Cuando nos tumbamos en el colchón, lo cubro con el brazo. Parece que lo estoy abrazando y siendo cariñosa, pero es solo porque quiero que lo parezca. En realidad, Roger está inmovilizado y espero que, estando así y siendo tan tarde, le cueste resistirse a dormirse pronto.

—Vamos a descansar —le susurro al oído, y Roger sigue mi plan a regañadientes y deja el móvil en la mesilla de noche antes de darme las buenas noches y darse la vuelta.

Mantengo los ojos abiertos y miro fijamente su espalda para asegurarme de que no se mueve, y estoy dispuesta a quedarme así toda la noche si hace falta solo para asegurarme de que no vuelve a escabullirse de esta cama. No hace ningún movimiento y, después de observarlo durante varios minutos muy largos, oigo lo que parecen ligeros ronquidos.

Con Roger dormido, me permito relajarme un poco; parece que he conseguido ganar algo más de tiempo para resolver esto. Sin embargo, sigo sin saber qué hacer y paso varios minutos más intentando averiguar cuál era el objetivo de Roger. Vale, ha conseguido sacarme una confesión, una confesión que sería muy perjudicial si también la hubiera oído la policía. Pero no lo han hecho. Ha sido una conversación entre él y yo, una conversación entre dos amantes al final de una larga noche. Si eso es todo lo que Roger tiene, buena suerte para conseguir que se sostenga, porque será su palabra contra

la mía y puedo negar que tal conversación haya tenido lugar.

A menos que lo haya grabado en secreto.

Me da un vuelco el corazón cuando pienso en Roger o, más concretamente, en el teléfono de Roger. ¿Es eso lo que ha hecho? ¿Ha utilizado su móvil para grabar mi confesión? Si es así, tiene todo lo que necesita para arruinarme.

Miro más allá de él, veo su teléfono en la mesilla de noche y lo miro durante varios estresantes segundos, desesperada por saber si hay una grabación en ese dispositivo que podría hacerme pasar el resto de mi vida en la cárcel. Pero, por supuesto, no hay forma de saber si la hay, o no a menos que eche un vistazo.

¿Puedo hacerlo? Es muy arriesgado. ¿Qué pasa si Roger se despierta y me ve? Sabrá que sospecho de él y se acabará el juego. ¿Qué pasaría entonces? ¿Intentaría hacerme daño para mantener esa grabación a salvo?

Sé que no puedo fiarme de este hombre ni intentar predecir ninguno de sus movimientos futuros después de lo que he aprendido esta noche, pero también soy consciente de que nunca sabré con certeza lo que tiene sobre mí a menos que lo busque. Por eso tengo que comprobar su teléfono mientras duerme.

Apretando los dientes y tensando todos los músculos del cuerpo, intento levantarme de la cama tan silenciosamente como puedo, aterrorizada de mover el colchón lo suficiente como para despertar a Roger de su sueño. De algún modo consigo levantarme, pero, incluso una vez de pie, tengo que moverme con sigilo para llegar a su teléfono.

Oigo los latidos de mi corazón mientras doy varios pasos tentativos en dirección a la mesilla de Roger y, cuando llego, extiendo la mano hacia su teléfono poco a poco. Me lo imagino alargando la mano para detenerme, lo que sin duda me haría gritar si lo hiciera, pero, por suerte, no se mueve. Con su teléfono ya en mi poder, solo necesito desbloquearlo para poder ver lo que tiene en él y, gracias a Face ID, todo lo que tengo que hacer es sostenerlo frente a él mientras duerme y desbloquear el dispositivo.

Con pleno acceso ahora, me alejo de Roger y rápidamente voy en busca de cualquier evidencia que pueda tener aquí. El primer lugar en el que busco es la aplicación de su cámara, donde se guardan las grabaciones, y espero que lo único reciente que vea aquí sean varias fotos que Roger pudiera haber tomado en la fiesta. En efecto, hay unas cuantas imágenes de la fiesta, sobre todo de mí posando con grupos de mis amigos. Pero entonces mi mundo se viene abajo cuando veo lo último que ha guardado.

Es un vídeo que parece durar varios minutos.

No hay ninguna imagen, solo una pantalla negra, lo que sugiere que fue tomado cuando las luces estaban apagadas y eso solo me hace temer más que esta grabación se haya producido cuando estábamos hablando en la cama. Solo hay una forma de saberlo con certeza, así que, con la respiración contenida, pongo el dedo sobre el botón de reproducción y me preparo para saber en qué lío me he metido.

Pero justo antes de que pueda pulsarlo y escuchar la grabación, oigo algo detrás de mí.

Hay movimiento en la cama.

Roger no está dormido.

22

Fern

—Deja el teléfono, Fern —me dice Roger cuando me doy la vuelta y me encuentro con que me está mirando.

Ya me engañó una vez y ahora parece que me ha vuelto a engañar. No estaba dormido, solo quería hacerme creer que lo estaba, probablemente para ponerme a prueba y ver si me había dado cuenta.

Ahora que sabe que lo he hecho, ¿qué va a hacer al respecto?

—Fern, dámelo —vuelve a decir y, esta vez, se abalanza sobre el teléfono, pero yo se lo arrebato de un manotazo y me apresuro a cruzar la habitación para que haya más espacio entre nosotros. Por desgracia, se levanta de la cama con rapidez y vuelve a acortar la distancia.

Pienso rápido, cojo la botella de cerveza vacía y la sostengo delante de mí.

—¡No te acerques! —le digo, y Roger se detiene, seguramente consciente de que no soy la clase de mujer a la que debería poner a prueba.

—Fern, cálmate. ¿Qué estás haciendo? Creía que nos íbamos a dormir —dice, con los ojos aún puestos en la botella.

—¡Dime qué está pasando! ¡Dime qué estás haciendo! —exijo saber.

—¿De qué estás hablando?

—¡Estoy hablando de todo! ¿Por qué estás conmigo? ¿Qué intentas hacer?

—No intento hacer nada. Relájate. Vuelve a la cama.

—¡No! ¡Has grabado nuestra conversación, ¿verdad?!

—¿Qué conversación?

—La que acabamos de tener. ¡En la que te he hablado de Drew!

Hay un parpadeo de emoción en el rostro de Roger antes de que vuelva a actuar.

—Fern, creo que lo has entendido mal. Devuélveme mi teléfono y hablemos de esto por la mañana.

—¡No, quiero hablar de ello ahora! —grito, empujando de nuevo la botella hacia él y asegurándome de que se mantiene fuera de su alcance si sabe lo que le conviene.

Como Roger se queda atrás, tengo tiempo de hacer lo que quería hacer hace treinta segundos. Pulso «Play» en el vídeo y escucho lo que ha grabado.

Al oír claramente mi voz, miro a Roger antes de oír también la suya.

—Fern, escúchame —me dice con las manos extendidas hacia delante, como si quisiera tranquilizarme. Pero eso no va a funcionar, y menos cuando me doy cuenta de que ha grabado cada cosa que le he dicho en lo que yo creía que era estricta confidencialidad.

Lo tiene todo aquí.

Me tiene grabada admitiéndolo todo.

—¿Por qué lo has hecho? —le pregunto—. ¿Por qué has grabado nuestra conversación?

—No importa.

—¿Cómo que no importa? Claro que importa.

Me he hartado de sus evasivas y, para demostrarlo, golpeo el fondo de la botella contra la mesa que tengo al lado, partiéndola por la mitad, y lo que queda de ella en mis manos es ahora un arma muy afilada y peligrosa.

Mientras Roger mira los bordes dentados de la botella rota, le cuento lo que acabo de descubrir.

—Sé que fuiste a ver a Alice a la cárcel —le digo—. ¿De qué la conoces? ¿Cuál es tu relación con ella?

Roger se sorprende por mi confesión y parece devanarse los sesos para descubrir cómo he podido enterarme de semejante cosa.

—Así es. Lo sé todo. ¿Para qué fuiste a visitar a esa mujer?

—Fern...

—Tienes dos segundos para decirme la verdad o te juro que usaré esta botella —advierto, y alzo el objeto afilado por encima de mi cabeza para demostrar que lo digo en serio.

—¡Bien, de acuerdo! Cálmate. Sí, fui a ver a Alice.

—¿Por qué?

—Simplemente fui.

—¿Fue por mí?

—¿Qué? No.

—Entonces, ¿por qué?

—No lo sé.

—Crees que es inocente, ¿verdad? Estás tratando de sacarla de la cárcel. De eso se trata todo esto, ¿no? Por eso estás conmigo. Me has estado engañando.

—No.

—¡Di la verdad!

Hago un gran movimiento de corte en dirección a Roger, y la botella evita por los pelos cortarle las manos cuando las levanta para defenderse.

—¡Espera! —grita, y ahora parece que se ha dado cuenta de que la verdad es lo único que lo va a ayudar—. Vale, de acuerdo. Lo admito. Sí, he estado intentando ayudar a Alice.

Ahí está. La confirmación de que, aunque esté en una celda a kilómetros de aquí, esa mujer aún me persigue.

—¿Todo esto era mentira? ¿Lo nuestro? ¿Todo lo que me dijiste? ¿Solo estabas fingiendo?

Roger asiente despacio con la cabeza.

—No lo entiendo —digo, antes de recordar la primera vez que lo vi. Cómo se acercó a mí en aquel bar. Cómo inició la conversación. Cómo parecía un encuentro casual entre dos personas que se iban a enamorar, un encuentro como tantos otros. Pero no fue así. Todo era un fraude. Y yo caí en la trampa.

—¿Por qué tú? —le pregunto—. ¿Qué tiene que ver esto contigo? ¿Por qué involucrarte conmigo? ¿Conocías a Alice antes de todo esto?

Roger me sorprende entonces negando con la cabeza.

—¿Cuál es tu conexión entonces? —le pregunto.

—Drew —responde en voz baja.

No me lo esperaba y Roger intenta aprovecharse de mi estado de shock. Da un paso hacia mí, pero vuelvo a levantar la botella con rapidez y él se detiene bruscamente.

—¿De qué conocías a Drew? —le pregunto.

—Jugábamos juntos al tenis —responde, y entonces me doy cuenta de que se trata del amigo misterioso con el que mi marido quedó muchas veces antes de que nos mudáramos a Arberness. Es curioso, pero después de enterarme de la aventura de Drew, a menudo me preguntaba si el amigo tenista existía o si no sería más que una excusa que Drew me ponía para poder ir a ver a Alice o incluso a otra mujer. Pero ahora veo que los partidos de tenis eran reales, y que Drew jugó con Roger todo ese tiempo.

Un momento...

—Me dijo que su amigo se llamaba Greg —digo, y un par de segundos después me doy cuenta de que Roger es un nombre falso—. ¿Tú eres Greg?

Greg asiente y lo que quedaba de la ilusión que era mi novio, Roger, se evapora ante mis propios ojos.

No puedo creer que haya sido tan crédula. Tan fácil de engañar. He pasado de pensar que había conocido a mi futuro marido a descubrir que es aún más mentiroso que el anterior.

—¡Has conocido a mi familia y a mis amigos! —grito—. ¡Te los he presentado! Todo ese tiempo, ¿estabas fingiendo?

Greg asiente nervioso, pero sospecho que solo está nervioso porque aún tengo la botella en la mano y no porque se sienta mal por haberme roto el corazón o por haber conseguido que tuviera relaciones físicas con él bajo falsos pretextos, lo cual es un delito. Si él no se siente mal por eso, yo no voy a sentirme mal por lo que le haga a continuación.

Nada me gustaría más que hundir esta botella rota en el estómago del mentiroso que tengo delante, pero me detengo. Tengo que pensar cómo me afectaría. No puedo matarlo y esperar salir impune, ¿verdad? ¿De qué me serviría haberme librado de mis crímenes en el pasado solo para cometer un desliz y ser detenida por otro delito muy grave aquí mismo? No puedo simplemente apuñalar a Greg y, por desgracia para mí, Greg parece haberse dado cuenta de eso también.

—No hagas ninguna estupidez —me dice—. Nunca te saldrás con la tuya. Deja la botella y hablemos.

Aún no estoy preparada para hacerlo, aunque sí para hacer otra cosa.

Voy a borrar el vídeo.

Mientras muevo el dedo sobre el botón de borrar del teléfono, Greg se precipita hacia mí y, en mi estado de shock, dejo caer la botella y el teléfono.

—¡Se acabó! —me dice mientras va a por el teléfono, y aunque intento apartarlo de él, es inútil porque es más fuerte que yo. Lo único que puedo hacer es intentar agarrarme a su brazo. Con la mano que tiene libre, me golpea y me hace caer de espaldas sobre la alfombra.

El golpe que me ha dado me hace ver las estrellas y tardo varios segundos en recuperarme. Cuando lo hago, veo que Greg vuelve a tener el teléfono en su poder y corre hacia la puerta. Me doy cuenta de que si la atraviesa antes de que pueda detenerlo, esto se habrá acabado y yo estaré esposada en menos de una hora. Por eso cojo la botella, lo persigo y, justo cuando Greg pone la mano en la puerta, me abalanzo sobre él y le clavo la botella en el cuello, provocando un

enorme chorro de sangre.

Mientras miro horrorizada todo el líquido rojo que hay ahora en la pared junto a la puerta, Greg se tambalea hacia atrás con una mano en la herida. El teléfono cae al suelo a su lado mientras se tambalea, pero no voy a por él porque estoy más preocupada por ver qué hace Greg a continuación.

La respuesta es que se desploma en el suelo a mis pies. Empieza a ignorar el corte en el cuello y, en su lugar, extiende las manos hacia mí, como si yo pudiera ser ahora su salvadora. Destaca lo asustado, confuso y desesperado que está por pedir ayuda a la persona que acaba de infligirle esa herida. Debe saber que no tengo ninguna intención de cogerle la mano y prestarle ayuda.

A medida que la sangre continúa manando de él, se da cuenta de que estoy dispuesta a verlo morir delante de mí, y es entonces cuando sus manos vuelven a su cuello, pero ya es demasiado tarde para detener el flujo de sangre.

Lenta pero inexorablemente, la respiración de Greg se vuelve más agitada y sus movimientos disminuyen hasta que se queda quieto y callado.

Es entonces cuando me doy cuenta de que acabo de matar de nuevo.

23

Fern

Miro el cuerpo inmóvil de Greg y no puedo decidir si quiero que vuelva a moverse o no. Si lo hace, significa que no soy culpable de asesinato. Otra vez. Pero, si no se mueve, significa que una gran amenaza para mis secretos acaba de ser eliminada.

Al final, no importa lo que yo quiera o deje de querer porque mis deseos no cambian el hecho de que Greg se quede quieto. Cuando le palpo el cuello en busca de pulso, no lo encuentro.

Definitivamente, está muerto.

Hay muchas cosas que podría hacer primero en esta situación. Salir corriendo de la habitación e intentar poner la mayor distancia posible entre la escena del crimen y yo. Pedir ayuda a gritos para que alguien en una de las habitaciones cercanas me oiga y venga a ofrecerme ayuda. Coger el teléfono y llamar a recepción para decirles que tienen que pedir una ambulancia para que venga al hotel lo antes posible. O hay una cuarta opción: podría olvidarme de hacer cualquiera de las tres primeras cosas y, en su lugar, asegurarme de que la grabación del teléfono de Greg se borra antes de que alguien más venga aquí y pregunte qué estaba pasando.

Así que eso es lo que hago. Cojo el teléfono, que tiene algo de sangre de Greg, y lo limpio. Borro el vídeo y, con él, las pruebas que Greg tenía contra mí.

Debería sentirme como si me hubiera quitado un gran peso de encima, pero no es tan sencillo porque aún queda el pequeño asunto del cadáver y, a pesar de intentar mantener la calma, no veo cómo puedo salir de esta hablando, pero seguramente parecería menos sospechoso al menos intentarlo que huir sin decir una palabra. Pero

hablar de esto no va a ser fácil. El primer policía que entre en la habitación del hotel me pedirá que recuerde la cadena de acontecimientos que me llevaron a apuñalar a Greg. ¿Qué se supone que debo decirles? No puedo contarles la verdad, así que tendré que mentir. Pero tendrá que ser una mentira creíble y, por desgracia, en este momento no se me ocurre nada.

Soy consciente de que esta escena se volverá aún más sospechosa cuanto más tarde en avisar a alguien, así que tengo que pensar rápido. Pero no es fácil hacerlo estando tan cerca de un cadáver, así que me doy un breve respiro para no tener que mirar el cuerpo de Greg y entro en el baño, cerrando la puerta tras de mí. Me siento un poco mejor, me apoyo en el lavabo y respiro hondo varias veces mientras me pregunto si voy a vomitar. Resulta que no, y eso significa que no hay nada más que me distraiga de tener que idear un plan para salir de esta. Es entonces cuando levanto la vista y veo mi reflejo en el espejo y, de repente, tengo la respuesta delante de mis narices.

Hay una marca muy clara en mi mejilla izquierda, el lugar donde Greg me ha golpeado mientras luchábamos poco antes de que él corriera hacia la puerta y yo le clavase la botella. Me ha golpeado para defenderse, pero eso solo lo sé yo. ¿Y si le digo a la policía que en realidad yo solo intentaba defenderme y que, después de que él me golpeara, tenía tanto miedo que hice lo único que podía hacer en medio del caos, que era coger la botella y defenderme con ella?

¿Y si le digo a la policía que Greg estaba borracho y que, cuando volvimos a la habitación después de la fiesta, empezó a discutir conmigo y se puso violento?

¿Y si les digo que Greg empezó esto?

Y lo más importante, ¿y si me creen?

Con Greg muerto y sus pruebas borradas, no tendría nada de qué preocuparme entonces. Me verían como la víctima, igual que en Arberness, cuando todo el pueblo se unió para apoyarme tras el asesinato de mi marido. Volver a salir impune de un asesinato es una perspectiva deliciosa, y si ya lo he hecho una vez, no veo por qué no puedo volver a hacerlo. Sé que soy lo bastante fuerte como para enfrentarme a un interrogatorio policial y superar cualquier entrevista sin delatarme. Puedo hacerlo porque tengo experiencia. Puedo volver a hacerlo tantas veces como haga falta.

Mientras miro la marca en mi cara que demuestra que Greg me ha golpeado, pienso en cómo hacer que esto funcione. Para hacerme pasar por la víctima, tengo que parecer la víctima y, por muy clara que sea la marca de mi cara, no es suficiente. Por eso me rasgo el camisón por varios sitios para que parezca que Greg tiraba de mí e

intentaba arrastrarme al suelo. Pero aún necesito más, porque esto podría no ser suficiente para justificar el apuñalamiento. Tengo que hacer creer a la policía que realmente sentí que mi vida corría peligro, y la mejor manera de explicar por qué apuñalé a Greg es mostrarles las heridas que él me hizo a mí.

Al salir del baño, paso por encima del cuerpo de Greg, sin mirarlo durante demasiado tiempo, y me dirijo hacia donde yacen sobre la alfombra los trozos de cristal de la botella rota. Recojo el trozo más grande que encuentro y me digo a mí misma que debo ser valiente antes de usarlo para hacerme varios arañazos en las palmas de las manos: diré que me los hice cuando tenía las manos extendidas hacia delante intentando esquivar la botella.

Satisfecha porque ahora parezco aún más una víctima que un agresor, paso a la siguiente parte de mi plan. ¿Qué haría una mujer en mi situación si acabara de desarmar al hombre que intentaba matarla?

Saldría de la habitación e iría a buscar ayuda, por supuesto.

Me precipito hacia la puerta antes de que me dé tiempo a cambiar de opinión y la abro de golpe antes de caer al pasillo. Casi espero que haya otro huésped, porque sería muy convincente que alguien me viera salir cubierta de sangre de la habitación. Pero el pasillo está tranquilo, como era de esperar en mitad de la noche. Sin embargo, aunque todo el mundo en esta planta está durmiendo, pienso despertar a todos y cada uno de ellos y, mientras empiezo a correr por el pasillo hacia los ascensores, golpeo todas las puertas que puedo mientras grito que alguien me ayude.

Cuando llego al ascensor, un huésped ha salido de su habitación. Es un hombre de unos sesenta años, vestido con un pijama de seda, y parece horrorizado ante su descubrimiento.

—¡Ayuda! —grito, antes de pulsar el botón que llevará el ascensor a esta planta, y cuando me pregunta qué me pasa, le digo que hay un hombre en mi habitación intentando matarme. Mira hacia el pasillo y luego hacia donde acabo de señalar, y posiblemente teme ver a un tipo corpulento que se le acerca con un arma en la mano. Cuando llega el ascensor y se abren las puertas, me apresuro a entrar y pulso el botón de la planta baja.

Veo la cara de perplejidad del hombre justo antes de que se cierren las puertas y empiezo a descender. Los pocos segundos que tengo aquí dentro me dan un poco de tiempo para preparar mi próximo gran acto. Entonces, cuando las puertas vuelven a abrirse, salgo corriendo y gritando hacia el vestíbulo, y la pobre mujer que está detrás del mostrador de la recepción se queda blanca como un fantasma cuando me ve ir hacia ella.

—¡Llamen a la policía! Por favor —grito al llegar al mostrador de recepción, y me desplomo contra él, dejando caer parte de la sangre de mis manos sobre la encimera de mármol blanco que nos separa.

La recepcionista no necesita que se lo diga dos veces y, mientras coge el teléfono y llama al 999, empiezo a llorar, dejando que salga toda la emoción de la noche para que la vea la recepcionista y cualquier cámara que pueda haber en este vestíbulo, que será revisada por un agente de policía más tarde.

Solo dejo de llorar cuando llega el primer policía y, para cuando llegan más, los técnicos en emergencias sanitarias también están en el lugar. Un par de ellos vienen a atenderme a mí y a mis heridas, pero no pierdo de vista a los que se suben en el ascensor porque son ellos los que van a encontrar el cuerpo de Greg y, cuando lo hagan, les confirmarán que este hotel es ahora la escena de un crimen.

Una vez que eso quede claro, sé que será el momento de que empiecen las preguntas.

Solo puedo esperar estar preparada para ellos.

24

Fern

Los cortes de las manos y los brazos me escuecen y la marca de la cara se ha convertido en todo un moratón, pero, por suerte, estoy en el mejor lugar para que me curen las heridas. Ahora mismo estoy sentada en una cama del hospital, a donde me trajo una ambulancia desde el hotel, que rápidamente se convirtió en un lugar muy caótico una vez que surgió la historia de lo que había ocurrido en la habitación 6E.

Había varios vehículos de los servicios de emergencia en el aparcamiento del hotel mientras me conducían al vehículo que me iba a llevar, así como numerosos huéspedes que habían salido de sus habitaciones después de oír todo el ruido y ver las luces azules parpadeantes al otro lado de sus ventanas. Toda la gente que estaba de pie, en bata y pijama, cotilleaba y se quedaba boquiabierta, y me recordaron a muchos de los aldeanos que hicieron lo mismo el día que encontraron el cuerpo de Drew en la playa de Arberness. No hay nada como un buen crimen para dar que hablar al público en general, y estoy segura de que hay muchos periodistas que se han unido a la escena y que también están participando en el acto. Afortunadamente, yo ya me había quitado de en medio antes de que aparecieran los periodistas y me pusieran un micrófono en la cara, y estoy agradecida por ello. El sitio donde estoy ahora es mucho más privado.

Al mirar las cortinas azul claro que rodean mi cama por todos lados, me alegro de estar sola y bajo el cuidado de expertos médicos. Un par de enfermeras y un médico ya han examinado mis heridas y me han dicho que voy a ponerme bien, algo que ya sabía pero que tenía que fingir que me preocupaba hasta que me lo dijeran. Sin

embargo, de momento, no han podido curar ninguna de mis heridas ni empezar a cubrirlas con vendas o tiritas. Antes de que eso ocurra, la policía tiene que documentar la gravedad de las mismas.

Ya he dejado claro a cualquiera que quisiera escucharme que soy víctima de malos tratos físicos y, aunque hasta ahora eso me ha ayudado a evitar que me pongan esposas en las muñecas en relación con el cadáver de mi habitación de hotel, también significa que soy una prueba en un delito. Mi cuerpo es esencialmente la prueba de lo que he denunciado y, para que la policía lo tenga en cuenta, necesita documentar todo lo que me ha ocurrido.

Por eso estoy esperando a que alguien venga a hacerme fotos de las manos.

Entiendo por qué tienen que hacerlas, solo espero que esto no vaya tan lejos como para que esas imágenes sean mostradas a un jurado en un tribunal. Si se da el caso, significaría que he ido a juicio por el asesinato de Greg, y eso sugeriría que no he hecho un buen trabajo convenciendo a la policía de mi historia. No planeo llegar a eso, pero, por desgracia, no depende de mí. Corresponde a los agentes a cargo de la investigación decidir si me creen o no y, cuando dos de ellos descorren la cortina y entran, junto con una mujer que lleva una cámara, me preparo para seguir con mi actuación.

Hago todo lo posible por parecer ansiosa y asustada mientras extiendo las manos y permito que se documenten mis heridas, y también me aseguro de preguntar por el estado actual del hombre que me las causó.

—¿Dónde está Roger? ¿Está aquí? —pregunto a los dos agentes, asegurándome de usar el nombre falso que me dio y no su nombre real.

Los dos agentes comparten una mirada sombría antes de decirme que alguien estará conmigo pronto para hablar de lo que ha pasado y luego, con las fotos tomadas, los tres se marchan. Es entonces cuando vuelven a dejar entrar a las enfermeras y, por fin, me cubren las heridas con vendas y no tengo que volver a mirar todo el daño que me he hecho. Solo cuando esto termina, me reúno con el detective que dirige la investigación sobre lo ocurrido en aquella habitación de hotel. Al entrar, veo a una mujer sonriente de unos treinta años que no parece ni lo bastante mayor ni lo bastante abatida como para ostentar un cargo tan elevado en la policía. Está muy lejos del detective Tomlin, el detective que encontré en Arberness con sus trajes mal ajustados y su expresión demacrada. Esta detective parece más entusiasta que él, ciertamente mucho más fresca, y aunque su traje es más elegante que cualquiera que haya visto llevar a Tomlin, solo

puedo esperar que su inteligencia para resolver este caso sea tan escasa como lo fue la de Tomlin.

—Soy la detective Bell y este es el agente Green —dice refiriéndose al agente que ha entrado detrás de ella—. Voy a hacerle unas preguntas y vamos a grabarlas. ¿Le parece bien?

Miro fijamente la grabadora en manos del agente antes de asentir con la cabeza.

—¿Puede decir su nombre para la cinta, por favor?

—Fern Devlin.

—¿Cómo se siente?

Las primeras preguntas de la detective son fáciles de responder, pero me aseguro de mantenerme en guardia porque dudo que sea tan suave conmigo durante todo el tiempo que esté aquí.

—Estoy bien —murmuro, antes de hacerle una pregunta—. ¿Dónde está Roger? Nadie me quiere decir nada.

Hay una pausa incómoda antes de que Bell me dé la «triste» noticia.

—El hombre con el que estaba en la habitación del hotel ha fallecido —me dice, y yo me aseguro de poner cara de asombro al principio, antes de echarme a llorar unos segundos después.

Después de que me ofrezcan un pañuelo para secarme las lágrimas, reprimo algunos sollozos antes de preguntar si estoy en problemas por haberle hecho daño.

—¿Por qué no me cuenta lo que ha pasado? —dice Bell mientras toma asiento en el borde de mi cama, y noto que sus ojos inspeccionan mis vendas.

—No lo sé. Todo ocurrió muy deprisa —empiezo, aunque sé que tendré que dar muchos más detalles antes de que la detective me deje en paz.

—Tómese su tiempo y, si quiere hacer esto un poco más tarde, lo entiendo. Pero nos sería muy útil si pudiéramos hacernos una idea de lo que sucedió en esa habitación lo antes posible.

Asiento con la cabeza para mostrarle que comprendo que solo está haciendo su trabajo, y entonces yo hago el mío, comenzando mi última farsa que, espero, me permitirá evitar la cárcel una vez más.

—Ayer cumplí cuarenta años y Roger me organizó una fiesta sorpresa.

—¿Roger?

—Sí —respondo, pensando que es bueno que la detective siga con cara de perplejidad por haberme equivocado de nombre.

—¿Cuál era su relación con él?

—Era mi novio. Nos conocimos hace unos meses.

—¿Cómo se conocieron?

—En un bar. Nos pusimos a charlar.

Suena muy inocente cuando lo digo así, pero, tristemente, era cualquier cosa menos eso.

—Vale, ¿qué pasó durante la fiesta? —me pregunta la detective, antes de mirar a su colega para asegurarse de que también está prestando atención.

—Nada, la fiesta fue genial. Me lo pasé bien y pensé que Roger también. Pero luego subimos a la habitación que había reservado para los dos y fue entonces cuando me di cuenta de que no estaba nada contento.

—¿Por qué no?

—Dijo que no le gustaban algunos de mis amigos. Sentía que lo juzgaban porque solo era un vendedor y mi exmarido era médico.

—¿Y cómo se llama su exmarido?

—Drew. Drew Devlin.

Estoy segura de que la detective debe reconocer ese nombre, pero, si lo hace, no lo deja entrever. En vez de eso, me invita a seguir.

—Le dije que les gustaba a todos mis amigos y que estaba exagerando. Pero había bebido bastante y, aunque le dije que se metiera en la cama, estaba demasiado excitado para relajarse. No paraba de dar vueltas y no se calmaba.

—¿Cuánto había bebido?

—No lo sé. Fue una fiesta. Mucho, imagino. Tomamos chupitos. Él tomó varias cervezas. Estaba borracho, como todo el mundo.

—¿Y cómo era cuando estaba bajo los efectos del alcohol?

—Normalmente estaba bien. Pero esta vez fue diferente.

Entonces bajo la cabeza como si estuviera recordando el momento y, al romper el contacto visual con la detective, me gano un poco de tiempo para pensar la respuesta a su siguiente pregunta.

—¿Cómo de diferente?

—Estaba frustrado —digo, y solo vuelvo a levantar la vista cuando siento que ha pasado un tiempo satisfactorio—. Empezó a enfadarse. Nunca lo había visto así. Comencé a preocuparme.

—¿Por qué?

—No se calmaba y yo sabía que había bebido mucho. Entonces me gritó.

—¿Por qué?

—Porque yo le decía que se metiera en la cama, pero él no me hacía caso. Me dijo que me callara y luego, cuando fui a cogerle la mano y ayudarlo a meterse en la cama, me pegó.

Me señalo el moratón de la cara y Bell describe lo que acabo de

hacer para que conste en acta.

—¿Qué sucedió después? —me pregunta mientras me recuerdo en silencio que debo mantenerme fuerte porque solo tengo que hacer esto una vez y pronto acabará.

—Estaba aturdida. Supongo que estaba en estado de shock. Empecé a llorar y a preguntarle a Roger por qué me había pegado.

—¿Y qué dijo?

—Dijo que era porque le estaba molestando.

—¿Había hecho algo así antes?

Sacudo la cabeza, pero no es lo único que tiembla. También me tiemblan las manos. Supongo que son los nervios y la adrenalina de estar en una situación como esta, pero, para la detective, solo debe parecer que estoy luchando con malos recuerdos, así que no intento calmarme demasiado rápido.

—No, fue la primera vez. Pero una vez fue suficiente, y supe que quería alejarme de él por si intentaba pegarme otra vez, así que fui a ponerme más ropa porque quería salir de la habitación.

—¿Y qué hizo?

—Intentó detenerme. Me dijo que no podía ir a ninguna parte. Que tenía que quedarme allí con él. Luego, cuando no le hice caso, rompió la botella de cerveza y se abalanzó sobre mí con el borde roto.

Es un cuento chino, pero me aseguro de venderlo forzando algunas lágrimas más, y la detective me deja unos momentos para serenarme antes de continuar.

—Levanté las manos para defenderme, pero no paraba de clavarme la botella. Me cortó las manos y grité de dolor, pero él no paraba —digo, haciendo lo posible por parecer traumatizada mientras hablo.

—¿Qué sucedió a continuación? —pregunta la detective, y parece que preferiría estar preguntándome cualquier otra cosa menos eso, porque se da cuenta de lo incómoda que me siento cuando me obligan a recordar la secuencia de los hechos.

—Pensé que iba a morir —digo, ahora sí que me lo creo—. Pensé que me mataría si no me defendía, así que esquivé la botella cuando se abalanzó sobre mí y logré quitársela de las manos. Se tiró al suelo a por ella, pero yo también fui a por ella y ambos forcejeamos mientras intentábamos alcanzarla. Conseguí cogerla primero y, cuando lo hice, me limité a golpearle con ella para intentar que se quedara atrás.

—Le golpeó con ella. ¿Dónde exactamente?

—Al principio no lo sabía. Todo estaba borroso. Creo que le di en el cuello.

—¿Le golpeó con la botella o le apuñaló con ella?

—No lo sé. Solo intentaba que parara. ¡Tiene que creerme! ¡Pensé que iba a matarme!

Entonces me derrumbo, dejando salir todas mis lágrimas, pero también asegurándome de levantar las manos para que tanto la detective como el agente que está detrás de ella puedan ver claramente todos mis vendajes, porque son una parte muy importante de mi historia.

Solo cuando me he callado de nuevo, la detective Bell se atreve a formular otra pregunta.

—¿Qué hizo después de apuñalarlo?

—Dejé caer la botella y corrí hacia la puerta. Solo quería salir de allí.

—¿No esperó a ver si estaba bien?

—No, tenía miedo de que se levantara e intentase hacerme daño de nuevo.

Esa es mi historia y me atengo a ella, y la detective Bell ve que no tengo nada más que añadir en cuanto a lo que ocurrió en esa habitación antes de que ella y sus colegas llegaran allí. Antes de que termine nuestra entrevista, tiene algo más que mencionar, aunque está relacionado con un asunto distinto.

—Ha dicho que se llamaba Roger —dice, y yo asiento con la cabeza.

—Sí. ¿Por qué?

—Mis colegas comprobaron el DNI de su cartera y creemos que en realidad se llamaba Greg.

—¿Qué? —jadeo, asegurándome de parecer sorprendida.

—¿No lo sabía?

—¡No, me dijo que se llamaba Roger! ¿Por qué me mentiría? ¿Y por qué iba a mentir también a toda mi familia y amigos? Todos le conocíamos como Roger. ¿Por qué usaba un nombre falso?

—Aún no estamos seguros, pero lo estamos investigando.

—Espere, ¿lo que hizo no es un delito? ¿Quién era? ¿Estaba casado? ¿Yo era su amante? —grito—. ¿Por eso me dio un nombre falso? ¿Qué otras mentiras me contó?

Estoy lanzando todo tipo de teorías e ideas falsas, además de subrayar el hecho de que Greg infringió la ley al mentirme al principio de nuestra relación, porque cuanto más lo haga, más podré agitar las aguas y poner en duda la credibilidad del fallecido. Necesito que la policía vea a Greg como un mentiroso violento y borracho y a mí, como su pobre víctima, que se tragó sus mentiras y casi pierde la vida por estar con él.

Pero ¿ha funcionado?

Por ahora, eso parece, porque la detective Bell y el agente Green me dejan sola para que descanse. Mientras me recuesto y escucho los sonidos del ajetreado hospital al otro lado de las cortinas, pienso que en realidad ha ido bastante bien.

No me atrevo a decirlo en voz alta por si alguien me oye o lo gafo, pero desde luego lo estoy pensando ahora.

Creo que me he vuelto a salir con la mía.

SEGUNDA PARTE

CUANDO LLEGÓ LA POLICÍA

25

Tomlin

No tengo que mirar la hora del despertador mientras lo cojo y lo apago. Ya sé que son las seis de la mañana porque es la hora a la que suena el despertador todos los días de la semana, y a veces también el fin de semana si mi trabajo lo requiere. Tampoco necesito pensar demasiado en cuánto tiempo llevo en la cama. Sé que suele ser bastante después de medianoche cuando me desplomo sobre el colchón y cierro los ojos, y anoche no fue diferente.

Como siempre que amanece un nuevo día, me siento agotado y como si aún no me hubiera recuperado del anterior. Y, como siempre, me obligo a levantarme para volver a hacerlo todo, solo por dos cosas. La primera es el dinero, del que una vida entera de este tipo de trabajo nunca me dará suficiente. La segunda es por la justicia, o al menos eso es lo que intento recordarme a mí mismo cuando las cosas se ponen especialmente difíciles y me pregunto por qué demonios quise convertirme en detective.

No hay duda de que he seguido una carrera dura, que apenas me deja tiempo para mí y mucho menos para otras personas, lo que podría explicar por qué me despierto sin nadie a mi lado en esta cama ni oigo la voz de ningún niño pequeño filtrándose desde otra habitación. Una persona pesimista podría decir que estoy casado con mi trabajo, pero si es así, se trata de un matrimonio infeliz. Estoy agotado y me paso la mitad del tiempo preguntándome por qué me sigo molestando en hacer lo que hago. Por supuesto, de vez en cuando ayudo a capturar a delincuentes, pero incluso eso me hace ser consciente de la cantidad de gente mala que hay en el mundo y de hasta dónde están dispuestos a llegar muchos de ellos para conseguir

lo que quieren. No es la mejor manera de ver lo bueno de las cosas cuando tienes que investigar constantemente lo malo. Sin embargo, es para lo que me pagan. Así que más me vale salir de esta cama y seguir haciéndolo si quiero seguir pagando la hipoteca de esta casa de dos dormitorios que contiene varias comidas congeladas en el congelador, un televisor grande que nunca tengo tiempo de ver y un sofá en el que nunca tengo tiempo de sentarme y, por último pero no menos importante, un armario lleno de mis trajes malos.

Sé que son malos trajes porque eran muy baratos cuando los compré. Por si eso no bastara para confirmarlo, varios de mis compañeros se han burlado de mí por mis elecciones de moda en el trabajo, diciendo que tengo aspecto de haber perdido una apuesta o diciéndome que voy vestido como su difunto bisabuelo. Da igual. No me visto para ganar ningún premio de moda ni para impresionar a nadie. Tengo que llevar traje, así que lo llevo, pero nadie me ha dicho que tenga que ser caro.

Me fuerzo a salir de la cama y me dirijo a mi armario, donde elijo un traje que tengo desde hace unos años y lo dejo sobre la cama antes de meterme en la ducha. Justo antes, miro el móvil. Está tirado en la alfombra, en una esquina de mi habitación, conectado al cable de carga; la razón por la que está ahí abajo, y no en mi mesilla de noche, donde sería más accesible, es que el maldito cable no llega tan lejos. No he sido bendecido con enchufes en los lugares adecuados de esta casa, al igual que el norte de Inglaterra, donde resido, no ha sido bendecido con un gran clima.

Mientras escucho el viento y la lluvia golpeando mi ventana —sonidos que me hacen reacio a abrir las cortinas y mirar al exterior—, cojo el teléfono y compruebo si hay alguna llamada o mensaje perdido. Mantengo el móvil con el sonido activado por si hay alguna llamada urgente en mitad de la noche en relación con alguno de los casos en los que estoy trabajando, aunque incluso así a veces no me he enterado de que el teléfono sonaba. A veces, pase lo que pase, el cansancio prevalece sobre un tono de llamada alto. En el caso de hoy, no tengo llamadas perdidas, aunque sí un mensaje esperándome. Es de un número que no reconozco y se envió de madrugada, lo que me hace suponer de inmediato que debe ser algún tipo de mensaje de spam enviado desde un número de ventas. Cuando leo el mensaje en la pantalla, tengo aún menos confianza en que sea auténtico.

Estoy en el Hotel PinkTree, en Manchester. Por si acaso me pasa algo, tienes que oír esto.

Frunzo el ceño, pensando que probablemente se trata de una broma de uno de mis colegas, y abro el mensaje. Hay un vídeo adjunto. Preparándome para que sea una gran broma en cuanto empiece el vídeo, me adelanto y pulso el botón de reproducción para acabar de una vez. Pero veo una pantalla negra. Al principio no estoy seguro de lo que se supone que estoy viendo, pero luego me doy cuenta de que lo que importa no es lo que veo, sino lo que oigo.

Oigo una voz de mujer y, al escucharla, siento como si la reconociera de alguna parte. Pero ¿de dónde? Luego oigo hablar a un hombre y también reconozco su voz, aunque de nuevo no consigo ubicarla. No consigo situarlo hasta que oigo mencionar los nombres de Drew y Alice, así como una referencia al pueblo de Arberness, y es entonces cuando me doy cuenta de quiénes son esas personas. La mujer es Fern Devlin, la viuda de Drew y alguien con quien hablé en múltiples ocasiones durante la investigación del asesinato de su marido. Y el hombre es Greg, el tipo que me abordó el otro día en el aparcamiento de la comisaría y me llevó a tomar una pinta para contarme su descabellada teoría sobre lo que en realidad había ocurrido en aquel tranquilo pueblo a principios de año.

Mientras escucho la grabación, oigo todo tipo de cosas interesantes, entre ellas que Fern admite que conocía la aventura de Drew antes de su muerte, algo que no me dijo cuando la interrogué. Por lo que recuerdo, se sorprendió al enterarse de su aventura, un hecho que enseguida le granjeó mi simpatía y la de mis colegas y la hizo parecer menos sospechosa y más víctima. Y nuestra simpatía por ella no hizo más que crecer cuando todas las pruebas apuntaron a la amante de Drew: Alice. Aunque ahora estoy oyendo que Fern se aseguró de vengarse tanto de Alice como de Drew. ¿Y qué es eso de Rory, el marido de Alice, que acabó muerto poco después? Según Fern en esta grabación, no se suicidó como todos creíamos. En vez de eso, ella dice que él era un problema para ella, que tuvo que solucionar.

Me doy cuenta entonces, mientras estoy de pie en mi dormitorio desordenado y escucho la lluvia fuera, de que parece que Greg tenía razón. No solo eso, sino que también ha podido conseguir lo que me dijo que iba a intentar obtener.

Tiene pruebas relacionadas con Fern y sus crímenes.

Me doy cuenta de que tengo que llamar a Greg para que corrobore lo que me ha enviado, así que llamo a su número y espero a que conteste. La llamada no se conecta y, aunque lo intento tres veces más, no contesta. Es frustrante, pero aún es temprano, así que quizá no le despierte su teléfono como a veces no me despierta a mí el mío.

No hay problema. Pronto hablaré con él, igual que hablaré con Fern.

De repente, me siento muy despierto y decido renunciar a mi habitual ducha matutina y a mi taza de café y vestirme lo más rápido posible para poder salir enseguida. Quiero llevar esta grabación directamente a uno de mis superiores para que la escuche. Algunos detectives se mostrarían recelosos a la hora de presentar nuevas pruebas que podrían reabrir un caso cerrado, sobre todo cuando fueron ellos los que recibieron los primeros elogios por resolverlo con tanta eficacia, pero yo no. Yo solo quiero que se haga lo correcto, y si nos hemos equivocado, hay que corregirlo lo antes posible.

Como no me gusta la idea de contribuir al encarcelamiento de una posible inocente como Alice, intento no pensar demasiado en ello hasta un poco más tarde, cuando llego a mi coche y subo. Arranco el motor y salgo marcha atrás de la entrada de mi casa mientras la radio se enciende automáticamente y, cuando lo hace, recibo la actualización matinal de las noticias nacionales.

Mientras el reportero habla de asuntos en Westminster antes de pasar a un terremoto de muy poca importancia que se registró en el sur de Gales durante la noche, no hay nada que me preocupe mientras conduzco por las calles empapadas de lluvia hacia la estación. Pero entonces oigo algo que cambia todo eso: el reportero menciona el Hotel PinkTree, de Manchester, y recuerdo que fue allí donde Greg dijo que estaba anoche cuando me envió su mensaje. Sin embargo, es la siguiente parte la que de verdad llama mi atención: el cadáver de un hombre ha sido descubierto en una de las habitaciones de ese hotel a primera hora de la mañana y, por el momento, la única testigo de lo que podría haber ocurrido es la mujer sin nombre con la que compartía esa habitación.

Piso el freno y me aparto con rapidez a un lado de la carretera. Se me hace un nudo en el estómago y me pregunto por qué Greg no ha contestado antes al teléfono.

¿Es el hombre que han encontrado muerto en la habitación del hotel?

Si es así, eso debe significar que Fern era la mujer que estaba con él.

Si es así, ¿ya ha vuelto a atacar?

26

Fern

No es fácil hacer tareas sencillas como hervir una tetera o untar una rebanada de pan tostado con las manos vendadas y aún cicatrizando, pero por eso he aceptado el ofrecimiento de ayuda de mi mejor amiga. Mientras me siento en el sofá y me recupero, Claire está en la cocina preparándome tazas de té y sirviéndome bocadillos. No dejo de darle las gracias por todo lo que hace para ayudarme.

—No hay ningún problema. En absoluto —dice por séptima vez desde que llegó a mi casa, poco después de que yo volviera del hospital. Sé que no quiere que me sienta culpable por necesitar su ayuda. También sé que siente lástima por mí después de lo que parece otra gran ración de mala suerte con el sexo opuesto, por lo que no puede hacer lo suficiente por mí en estos momentos. Cuando no está yendo y viniendo de la cocina con tazas y platos, se dedica a colocar cojines, a acercarme el mando a distancia de la tele o a ofrecerse a pasar la aspiradora; es muy amable.

Si supiera que no soy la damisela en apuros que cree que soy…

Esta mañana me han dado el alta en el hospital después de que el personal se diera por satisfecho con la cicatrización de mis heridas y me permitiera terminar la recuperación en casa. También me han permitido ir directamente a casa sin tener que pasar antes por la comisaría, después de que la detective que investiga lo ocurrido con Greg me dijera que está satisfecha con mi versión de los hechos. Dice que puede que tenga más preguntas que hacerme en algún momento, pero que no serán más que una formalidad: parece que vuelvo a estar libre de sospecha.

Sin embargo, no me estoy adelantando ni permitiéndome sentirme

demasiado satisfecha, aunque es difícil no empezar a pensar que tengo talento para este tipo de cosas. ¿Cuántas veces puede una mujer como yo engañar a todo el mundo antes de que se den cuenta de lo que en realidad he hecho? Puede que la respuesta sea para siempre y, si es así, la aceptaré encantada.

—¿Otra bebida? ¿Y un bocadillo? —me ofrece Claire mientras vuelve al salón y recoge mi última taza y plato vacíos.

—No, estoy bien, gracias —le digo, pero Claire me estudia como si pensara que estoy mintiendo. Supongo que, desde su punto de vista, debo estar mintiendo, porque ¿cómo podría una mujer en mi situación estar realmente bien? Tal y como ella lo ve, he pasado de celebrar mi cuarenta cumpleaños con mi nuevo novio a casi perder la vida a sus manos apenas unas horas después. Ahora él está muerto, mientras que yo estoy cubierta de cortes y magulladuras. Ha sido todo un cambio desde la última vez que vi a mi amiga, cuando ambas estábamos en un bar brindando por la segunda mitad de mi vida.

—¿Estás segura? —continúa Claire, sin darse cuenta de que preferiría que dejara de preocuparse por mí—. Podría ir al supermercado y comprarte algo. La nevera está un poco vacía. ¿Qué tal si voy y hago la compra por ti? No hace falta que hagas una lista, compraré lo imprescindible y lo que vea que te pueda gustar. Chocolate. Revistas. Una botella de vino. No te preocupes por darme dinero, yo invito.

Claire parece dispuesta a salir corriendo y conducir hasta el supermercado, pero no necesito que lo haga. Estoy agotada solo de verla, así que le digo que lo mejor que puede hacer por mí ahora mismo es sentarse a mi lado en el sofá, relajarse un poco y charlar conmigo.

—Oh, vale —dice Claire cuando le pido que se siente. Lo hace, pero parece un poco incómoda, y es entonces cuando me doy cuenta de que lo más probable es que todas las vueltas que ha dado para venir a verme se deban a que es más fácil hacer eso que pararse a tener una conversación difícil conmigo sobre lo que acaba de ocurrir.

Lo entiendo. Se siente culpable de lo que me pasó en aquella habitación de hotel, o al menos de lo que cree que me pasó, porque ayudó a organizar la fiesta sorpresa con Greg, o Roger, como todos lo conocíamos antes. Estoy segura de que piensa que si le hubiera hecho algunas preguntas más o no lo hubiera ayudado a organizar la fiesta en el hotel, nada de esto habría ocurrido. Pero esto no es culpa suya, y no debe culparse a sí misma, que es lo que empiezo a dejarle claro.

—Nos engañó a todos —le digo a Claire cuando por fin se ha quedado quieta el tiempo suficiente para que pueda expresar mi

opinión—. Si yo no sabía quién era en realidad, tú tampoco podías saberlo, ¿verdad? Así que no te sientas mal por haberte creído también sus mentiras. Era bueno en eso, y lo principal es que estoy bien.

Los ojos de Claire se llenan de lágrimas de repente; es como si mi admisión de que ella no tiene ninguna culpa de lo ocurrido la hubiera liberado de golpe. Supongo que nunca se habría perdonado que yo hubiera muerto en aquella habitación de hotel y se habría arrepentido siempre de haber respondido a los mensajes de Greg y de haber dicho que sí a la fiesta. Pero no había peligro de que fuera yo quien muriera allí, aunque ella no puede saberlo.

—No es solo eso —me dice en voz baja después de coger la caja de pañuelos de mi mesita y secarse los ojos—. Es todo. Es todo lo que te ha pasado. Es muy injusto.

Veo entonces que Claire no solo está disgustada por su papel en lo ocurrido, sino por la injusticia en general que cree que he sufrido en mi vida.

—Primero Drew y ahora esto —continúa, mirándome como si no pudiera comprender cómo sigo siendo capaz de funcionar después de una secuencia de acontecimientos tan mala—. No te mereces nada de esto. Te mereces ser feliz. Quiero que seas feliz.

—Oye, escucha. Estoy bien —digo, cogiendo la mano de Claire e intentando demostrarle que soy mucho más dura de lo que ella cree—. No sientas pena por mí. Esos hombres son los que hicieron las cosas mal, no yo. Sigo aquí, así que eso es lo que importa, ¿vale?

Claire asiente y me aprieta la mano antes de que yo haga un chiste sobre mi próximo compañero y las probabilidades de que sea un asesino en serie o algo tan dramático como eso. Eso ayuda a relajar el ambiente y, una vez que Claire se ha serenado, vuelve a hacer lo que mejor sabe hacer, que es preocuparse por mí. Accedo a que me prepare otra taza de té, aunque solo sea para descansar de tener que seguir actuando delante de ella. Cuando sale de la habitación, puedo relajarme un poco más. Pero solo un poco, porque todavía tengo muchas cosas en la cabeza después de todo lo que ha pasado.

Greg puede estar muerto y las pruebas que obtuvo pueden estar borradas, pero eso no significa necesariamente que esto haya terminado. Eso es porque sé que visitó a Alice en prisión.

Lo único que no sé es de qué hablaron.

Tuvo que tratarse de mí, y supongo que estaban unidos en su creencia de que yo soy quien incriminó a Alice en el asesinato de Drew. También me pregunto si estaban en el buen camino para averiguar lo que le hice a Rory. Por eso, incluso con Greg fuera de

escena, Alice sigue siendo una amenaza. Una vez que se entere de la muerte de Greg, no hay nada que le impida soltar todas sus teorías a cualquier policía que la escuche. Eso no quiere decir que vayan a creerla, pero hay algo poderoso en una mujer guapa que intenta poner a los hombres de su parte, y sé muy bien lo fuerte que es el poder de persuasión de Alice. Hizo que Drew cometiera algunas locuras mientras estaban juntos, y también motivó a Greg a hacer algo tan tonto como fingir una relación conmigo para intentar sacarla de la cárcel, así que ¿quién sabe lo que podría pasar después?

Lo último que necesito es que se ponga de su lado alguien que de verdad tenga poder para hacer algo con todo esto. Alguien como Tomlin, un detective que, en lugar de jugar y tratar de engañarme para que cometa un error, simplemente se base en técnicas policiales sólidas y anticuadas para pillarme. No quiero que me lleven a una sala de interrogatorios y me interroguen una y otra vez sobre lo que pasó con Drew, Rory o Greg. Desde luego, no deseo que los medios de comunicación empiecen a pensar que hay algo más en mi historia y que inunden los canales de noticias con teorías sobre que en realidad soy un cerebro criminal que mata a hombres y se sale con la suya.

Si eso ocurriera, dejarían de llamarme la viuda del médico y empezarían a llamarme la Viuda Negra.

Por lo tanto, es imperativo que Alice se quede callada y no consiga que otra persona continúe donde Greg lo dejó. Si no, esto nunca terminará, y nunca podré volver a confiar en otra persona en mi vida. Todos ellos podrían estar más del lado de Alice que del mío.

Pero ¿cómo hago callar a una mujer que está decidida a seguir hablando hasta que salga de la cárcel y me encierren en su lugar?

Tengo que ir a hablar con ella.

Me pregunto si podría solicitar una visita con ella. Podría hacerlo con el pretexto de que necesito verla para superar lo que le hizo a mi marido. Las autoridades penitenciarias deberían creerse esa excusa y, aunque Alice seguramente no lo hará, podría aceptar mi petición, pensando que le dará la oportunidad de verme al menos cara a cara y decirme lo que quiera.

Seguro que hay muchas cosas de las que quiere desahogarse, igual que yo, así que ¿debería hacerlo?

Podrían suceder dos cosas durante nuestra reunión: o descubro que Alice tiene otro as en la manga para intentar hundirme —y, si es así, puedo estar preparada para ello—, o descubro que Greg era su única esperanza. En ese momento, podré deleitarme con su desgracia y decirle que no importa lo que haga y a cuánta gente intente convencer para que la crea, nunca jamás cometeré un error que pueda

dejarla en libertad.

Será satisfactorio sentarme frente a ella, mirarla a los ojos y decirle que tenía una sola oportunidad de atraparme y que la echó a perder. Luego, tras recordarle que todo esto solo ocurrió porque ella empezó una aventura con mi marido, saldré de esa sala de visitas y no miraré atrás, dejando que Alice languidezca en ese lugar durante muchos años más.

Estoy tan impaciente que he decidido solicitar una visita en cuanto Claire me deje en paz. Entonces solo tendré que esperar pacientemente y confiar en que Alice la acepte.

Seguro que lo hará y estoy tan segura de ello que voy a buscarme un hotel en Carlisle para estar cerca de la prisión, lo que significa que estaré lista para salir en cuanto Alice acceda a reunirse conmigo. Como excusa para irme de Manchester en breve, diré a mi familia y amigos que me he reservado unos días en un balneario en el campo para recuperarme de los últimos acontecimientos. Se lo creerán y me dará una razón para ausentarme un tiempo. Pero, en realidad, lo único que haré será esperar a que me den luz verde para entrar en la prisión de Carlisle y ver a mi vieja enemiga.

Sé que va a pasar.

Alice aceptará verme.

Es una oportunidad para que se reúna con la mujer que cree que la inculpó de asesinato.

¿Cómo iba a rechazar una oportunidad así?

27

Tomlin

En lo que a mí respecta, me equivoqué, y nada lo demuestra más que el hecho de que el hombre que acudió a mí con sus teorías y su preocupación por su propio bienestar fue encontrado muerto esta madrugada.

Metí la pata en el caso de asesinato de Drew Devlin y, por eso, una mujer inocente fue a la cárcel y su inocente salvador ha acabado en un lugar aún peor: el depósito de cadáveres.

Lo que me caracteriza es que no me da miedo admitir mis errores, y por eso me he pasado horas convenciendo a mis superiores de que deberíamos detener a Fern Devlin y traerla para interrogarla y que pueda responder a las cosas que ha dicho en esa grabación. Puede que todo esto tenga consecuencias negativas para mí. Puede que no mejore mis perspectivas profesionales en el futuro —nadie quiere ser el detective que se equivocó y tuvo que confiar en un ciudadano normal para que se lo solucionara—, pero lo más importante es que las cosas se solucionen cuanto antes: Alice Richardson se lo merece.

Después de escuchar esa grabación, me convencí de que Alice era inocente. Ha sufrido una condena injusta, pero también oí que la habían agredido en la cárcel, y eso solo me hace sentir aún más culpable por haberme equivocado. Al menos ella está bien, por lo que yo sé y, con suerte, no habrá ningún daño duradero para ella, ni física ni mentalmente, cuando salga. Puede que demande a alguien por lo que ha pasado, pero eso es un tema para otro día. En este momento, la atención se centra en asegurarse de que la persona adecuada ocupe su lugar en esa celda.

No fue fácil conseguir que la gente que tenía que escuchar la

grabación que recibí de Greg me escuchara. Es un hecho que a nadie en la policía le gusta revisar casos antiguos cuando hay tantos nuevos esperando a ser resueltos. Pero, después de enterarme de que Greg había muerto no mucho después de enviarme aquella prueba, no iba a permitir que su sacrificio fuera en vano. No puedo creer que Fern no solo haya matado a Greg, sino que además esté a punto de volver a salirse con la suya. Por lo que sé, le dieron el alta en el hospital y se fue directamente a casa en lugar de ir a la comisaría.

Me han dicho que la historia que dio a la detective de Manchester era plausible. Afirmó que Greg la había atacado y que ella lo mató en defensa propia. Tal vez eso hubiera sido más fácil de creer sin nada más que tener en cuenta, pero, armado con una grabación del fallecido —que parecía ser consciente de que pronto podría sufrir algún daño—, pude fácilmente poner en duda la historia de Fern.

Por eso estoy ahora mismo en un coche de camino a la casa de Fern.

Viajo en un convoy con varios vehículos de las fuerzas del orden, todos ellos repletos de agentes de policía. Cuando lleguemos a nuestro destino, tenemos una orden para registrar la propiedad de Fern y traerla para interrogarla. No pinta bien para ella. Estoy más que preparado para esposar a esa mujer y averiguar exactamente lo que ha hecho. No hay duda de que será una conversación muy diferente a las que tuve con ella en Arberness. Entonces pensé que estaba de luto por la pérdida de su marido. Supongo que esta vez seré mucho más contundente con mi línea de interrogatorio, e imagino que tendré que morderme la lengua un par de veces para no perder los nervios si ella persiste con sus mentiras. Al fin y al cabo, ya me engañó una vez y, gracias a ella, estoy seguro de que tendré algunas preguntas que responder cuando todo esto termine. Pero, por ahora, ella es el centro de atención, y mientras llego a Manchester, estoy deseando ver la cara de sorpresa que pone cuando abra la puerta y me encuentre frente a ella.

Imagino que seré todo un recuerdo del pasado.

El cielo está gris y parece que se avecina una tormenta mientras nos dirigimos a la dirección que tenemos tras consultar con nuestros colegas de la policía de Manchester. Si Fern supiera la tormenta que se avecina, dudo que se sintiera tan cómoda como se siente ahora. Debe creerse muy lista, sentada en casa y disfrutando de toda la atención que está recibiendo por haber perdido no solo a un compañero, sino a dos. Al llegar a su calle, veo lo bonito que es el lugar al que llama hogar. Estas propiedades deben costar una pequeña fortuna, sin duda mucho más de lo que yo podría permitirme, lo que solo sirve para

atraer mi ira. Mientras yo me he pasado la vida intentando hacer lo correcto, Fern ha infringido varias leyes y ha sido recompensada con un estilo de vida como este. Ese estilo de vida ya se ha acabado, y allá donde vaya sus vecinos serán muy distintos a los que tiene aquí.

Este lugar está muy lejos de donde vivía el pobre Greg y lo sé porque he leído el informe del equipo que realizó el registro de su domicilio tras su muerte. Tras acudir a su domicilio para ver si había algo que pudiera ayudarlos a comprender mejor al fallecido, descubrieron que la víctima no llevaba precisamente una vida opulenta antes de fallecer. Pero también descubrieron que llevaba una muy centrada, porque en su casa se encontraron un mural muy interesante que mostraba que era un hombre con una misión. Todas las fotos de Fern y Alice que había allí, por no mencionar los numerosos artículos de prensa sobre la muerte de Drew, pintaban el cuadro de un hombre que no solo estaba fascinado con el caso de la muerte del doctor, sino también convencido de que había algo más. Aquel descubrimiento no hizo sino añadir más peso a la idea de que Greg estaba tratando de desenmascarar a Fern, dándole a ella motivos para querer callarle como fuera.

Cuando el coche se detiene, salgo rápidamente y camino hacia la entrada, acercándome cada vez más a la impresionante propiedad. Si esta casa se pagó con la póliza del seguro de vida de Drew Devlin —como sospecho que ocurrió—, pronto se considerará producto del delito y Fern perderá la propiedad. Aunque ese será el menor de sus problemas. Al llegar a la puerta de su casa, me aseguro de llamar rápida y ruidosamente, ansioso por ver la reacción de la dueña.

Pero la puerta no se abre, así que vuelvo a llamar. Y otra vez. Sigo sin respuesta.

No importa. Todo lo que tengo que hacer ahora apartarme a un lado y dejar que mis colegas se encarguen a partir de aquí.

En efecto, lo hacen y, mientras tiran la puerta abajo y la policía se hace notar verbalmente, dejo que varios agentes entren antes de seguirlos.

Mientras contemplo el espacioso pasillo, mis compañeros se reparten y registran cada habitación, todos preguntándose si van a ser los primeros en encontrar a la dueña de la casa y traérmela. Sin embargo, cuanto más buscan, más empiezo a preocuparme de que Fern no esté en casa. Una vez revisado el piso de arriba con la misma minuciosidad que el de abajo, recibo la confirmación.

—No hay nadie aquí, jefe —me dice un agente, decepcionado, y yo asiento con la cabeza para confirmar que lo entiendo, antes de volver a salir y mirar calle arriba y calle abajo.

—Supongo que tendremos que esperar a que vuelva —digo, más que feliz de esperar el tiempo que haga falta para detener a Fern. Si tiene que ser cuando vuelva de cualquier recado que haya estado haciendo, que así sea.

Por desgracia, la espera se prolonga y, tras un par de horas, empiezo a temer que Fern se haya dado cuenta de que íbamos tras ella y haya huido antes de que llegáramos. Aterrorizado por haber fracasado una vez más con esta mujer, me preparo para llamar a mis superiores y darles más malas noticias cuando recibo una llamada. Es de un colega de Carlisle y tiene información muy interesante que transmitirme.

—Fern Devlin ha solicitado una visita para ver a Alice Richardson —me dicen.

—¿Que ha hecho qué? —pregunto, buscando una aclaración. Me sorprende que Fern tenga la audacia de hacer algo así. Me repite la información y, ahora que sé cuáles son sus intenciones, me hago una idea.

—Apruebe esa solicitud y organice la visita lo antes posible —le ordeno al hombre al otro lado de la línea—. Si sabemos dónde va a estar Fern, podremos detenerla, así que cuanto antes apruebe esa solicitud, antes podremos tenerla bajo custodia. Si no puede ser hoy, entonces mañana a más tardar.

Entiende mi orden y, al terminar la llamada, les digo a los que están conmigo en el exterior de esta casa que ha habido un cambio de planes y que lo más probable es que tengamos que esperar hasta mañana para hacer la detención. Estoy tan frustrado por el retraso como todos los demás, pero, por si acaso tenemos suerte hoy, pido que un coche sin matrícula con un agente de policía de paisano se quede en esta calle y vigile la casa de Fern, por si vuelve hoy en algún momento. Puede que lo haga, pero, si no, no pasa nada: la cogeremos mañana. Aunque parezca que hoy hemos perdido el tiempo, puede que a la larga nos ahorre mucho tiempo.

Eso es porque ya estará en prisión cuando la detengamos mañana.

28

Fern

El trayecto hacia Carlisle fue relativamente fácil, salvo un tramo de autopista en obras. Pero ni siquiera un retraso de veinte minutos como ese pudo disuadirme de llegar a donde tenía que estar. También tuve buenas noticias cuando llegué a mi destino, porque la notificación en mi bandeja de entrada me decía que mi solicitud de visita había sido aprobada y se había concertado una cita.

Supuse que tendría que pasar unos días aquí esperando mi oportunidad, pero ha sido incluso más rápido de lo que supuse.

Voy a ver a Alice mañana.

Ahora que ya me he quitado de encima la mayor parte del viaje en coche, me he registrado en el hotel más bonito que he podido encontrar en la zona y desde la ventana de mi habitación tengo unas vistas preciosas de las verdes colinas que rodean esta ciudad del norte del Reino Unido. Ahora estoy en mi habitación, tumbada en la cama viendo la tele, con un montón de aperitivos sobre el edredón, y me conformo con quedarme así hasta que me vaya a dormir.

A pesar de las heridas en las manos, conduzco con facilidad, igual que cambio de canal y cojo el vaso de agua. No necesitaba la ayuda de Claire tanto como ella creía. Bendita sea mi amiga, incluso se ofreció a quedarse a dormir en mi casa, pero le dije que no era necesario, y desde luego que no lo era, igual que tampoco necesitaba que mis padres ni ninguno de mis otros amigos vinieran en mi ayuda. Ya soy mayorcita y puedo aguantar unos cuantos cortes y magulladuras, y lo he demostrado llegando hasta aquí sin ayuda de nadie.

También lo demostraré mañana cuando entre en esa prisión y ocupe mi asiento frente a Alice.

Va a ser la primera vez que la vea en persona desde que la sacaron de aquel tribunal tras ser declarada culpable del asesinato de Drew. Tengo muchas ganas de ir. Es una pena que no tenga mi mejor aspecto cuando la vea, con el moratón que aún tengo en la cara y las manos vendadas, pero así son las cosas. No puedo evitar haber tenido que hacer lo que hice para conservar mi libertad, pero ya está hecho y, aunque estas heridas sanarán y pronto las olvidaré, la necesidad de lo que hice en aquella habitación de hotel perdurará.

Es mucho más agradable estar en una habitación de hotel que no esté llena de cristales rotos, vídeos incriminatorios y un cadáver. Disfruto de la serenidad mientras me meto unos cuantos bombones más en la boca y me recuesto en la almohada. Pero mi paz se ve perturbada un momento después cuando oigo el pitido de mi teléfono y, al cogerlo, veo que tengo un mensaje de texto de mi nueva vecina de Manchester, Rosa.

Rosa vive al lado de la casa que acabo de comprar, y he charlado con ella brevemente en un par de ocasiones en el poco tiempo que llevo viviendo allí. Me contó que vive en la zona desde hace más de treinta años y que ha cambiado mucho desde entonces. Yo le dije que me hacía mucha ilusión formar parte del barrio y que me avisara si alguna vez necesitaba que la ayudara en algo. Siempre es importante llevarse bien con los vecinos. Vi que mi cortesía había sido recompensada cuando Rosa me pidió mi número de teléfono para invitarme cuando organizara barbacoas en verano o reuniones informales en invierno. No es que estuviera desesperada por pasar muchas tardes con ella y con otros vecinos de mi calle, pero le había dado mi número por mera amabilidad, pensando que podría inventarme una excusa para escaparme de cualquier fiesta que organizara en el futuro si lo necesitaba. Ahora veo que me ha mandado un mensaje y lo primero que pienso es que ya han empezado las invitaciones. Pero me equivoco.

No me va a invitar a una fiesta en su casa.

Me pregunta si estoy bien.

No sé por qué me pregunta algo así, pero supongo que quiere saber cómo me va en mi nuevo hogar. O quizá me ha visto salir de casa con las manos vendadas y la cara magullada y le preocupa que haya tenido un accidente. Puede que incluso haya llamado hace un momento para ver cómo estaba y se haya dado cuenta de que no abro, de ahí su mensaje. Sea lo que sea, será mejor que sea educada y le responda que estoy bien, así que le escribo un mensaje diciéndole que estoy bien y preguntándole cómo está ella. Supongo que recibiré una respuesta bastante normal en la que me dirá que ella también está

bien y que la conversación se acabará rápidamente. Pero eso no es lo que ocurre. Porque el siguiente mensaje de Rosa me hace sentarme en la cama y mirar horrorizada el móvil.

> Te lo pregunto porque antes he visto a la policía en tu casa. Eran muchos, y entraron aunque no estabas en casa, porque tu coche no estaba en la entrada. ¿Lo sabías?

El hecho de que todo mi cuerpo esté de repente atenazado por el miedo le diría a Rosa que no sabía absolutamente nada de eso si ella estuviera aquí para verme ahora. Pero no está, por suerte, y estoy sola mientras intento procesar esta información tan aterradora.

¿La policía no solo ha estado en mi casa, sino que ha entrado en ella? Que hayan entrado sin que yo estuviera allí debe significar que tenían una orden de registro y, si ese es el caso, deben tener motivos para sospechar que yo he cometido un delito.

Pero ¿cómo pueden hacerlo?

¿Y de qué delito sospechan de mí exactamente?

No tengo ni idea de si me buscan en relación con las muertes de Drew y Rory o con la más reciente de Greg, pero, sea como sea, no son buenas noticias. He sido cuidadosa. He cubierto mis huellas. O al menos eso creía. ¿Y si me equivoco? ¿Y si he tenido un desliz en alguna parte, he cometido un error, no he atado un cabo suelto? Entonces estaría jodida. Pero no lo he hecho. Si hubiera metido la pata, la policía me habría detenido antes, ¿no? No me habría salido con la mía durante tanto tiempo.

Tengo muchas preguntas, al igual que Rosa, a quien ignoro por el momento porque responderle es la menor de mis preocupaciones ahora mismo. El problema es que las preguntas que tengo son del tipo que solo la policía puede responderme. Pero no voy a ir a preguntarles, ¿verdad?

Por lo que parece, ahora tengo que hacer todo lo posible para alejarme de ellos.

¿Puedo hacerlo?

¿Y qué significa esto para mi reunión de mañana con Alice?

29

Alice

Desde que llegué a la cárcel, no he esperado con impaciencia muchas cosas, pero ahora tengo algo en mi agenda para lo que estoy contando las horas. Es la visita de Fern, y aunque fue un gran shock enterarme de que había pedido verme, de ninguna manera iba a rechazar la oportunidad de reencontrarme con ella.

Ni que decir tiene que tengo muchas cosas de las que hablar con ella e imagino que a ella le pasa lo mismo conmigo, así que la conversación no será aburrida, eso seguro. Una gran parte de mí se pregunta por qué se arriesga tanto a venir a verme cuando podría dejarme sola el resto de mi condena. Debe haber algo que quiere conseguir de nuestro encuentro, y no puedo evitar pensar que debe ser para hacer algo más que regodearse.

¿Le preocupa que esté detrás de ella y quiere saber exactamente qué estoy haciendo al respecto?

Si es así, quizá pueda ser yo quien se regodee. Sería estupendo poder darle la vuelta a la tortilla y hacer que se preocupe por arruinar su vida después de que ella haya arruinado la mía con tanto éxito.

No lo sabré con certeza hasta que la vea, pero la hora de las visitas se acerca, así que no tengo que esperar mucho tiempo. De momento, me siento en mi celda y espero a que uno de los guardias abra la puerta y me conduzca a la sala de visitas, donde se revelará todo. Mientras espero, desearía que Greg también viniera a verme hoy. Me encantaría volver a tener noticias suyas y saber si ha hecho algún progreso. No me ha escrito ni ha pedido otra visita desde la última y, aunque no espero que esté en contacto conmigo a diario, sería bueno saber si está cada vez más cerca de descubrir la verdad. También

mentiría si dijera que no me parece bastante guapo, o quizá sea el hecho de que es la única persona en el mundo que parece intentar ayudarme. Sea lo que sea, espero que mi próxima visita sea él.

Es una pena que los moratones de mi cara no se hayan curado antes de que Fern me vea. Aún conservo algunas de las pruebas del ataque de Kelly y, aunque mi estancia en el hospital fue corta, no diría que me encuentro al cien por cien. Mi cuerpo está rígido e hinchado, y el malestar por la ansiedad que sentía incluso antes de que Kelly me agrediera ha aumentado. Hoy en día, sentir náuseas forma parte de mi rutina diaria tanto como la hora de comer o de apagar la luz.

Oigo pasos fuera de mi celda, lo que me distrae de mis preocupaciones, así que me levanto para mostrar que estoy lista para salir cuando me lo pidan. Pero, cuando se abre la puerta, no solo veo a un guardia conocido. También hay otro hombre y es alguien a quien reconozco. Es el detective que me interrogó tras mi detención y que respaldó las pruebas que me condenaron por el asesinato de Drew.

¿Qué hace Tomlin aquí?

Lo miro fijamente cuando entra en mi celda y no le respondo cuando me saluda con cierta timidez.

—¿Qué pasa? —son las primeras palabras que salen de mi boca después de que el guardia nos haya dejado hablar en privado. Hay un breve momento en el que no puedo evitar fantasear con que me van a decir que el malentendido se ha aclarado y que ya puedo irme. Por desgracia, no es así.

—Creo que ha mantenido correspondencia con un tal Greg Atkins —dice el detective Tomlin, y yo asiento con la cabeza—. Quizá quiera sentarse.

Una sugerencia así nunca va seguida de buenas noticias, así que me quedo de pie y pregunto qué le pasa a Greg. Entonces lo oigo y desearía no haberlo hecho.

—Me temo que Greg falleció en la madrugada de ayer —me dice Tomlin.

Mientras mi cerebro intenta procesar esa impactante información, me llevo las manos a la boca y jadeo.

—¿Qué ha pasado?

—Lo apuñalaron en el cuello con una botella de cerveza rota —es la sombría respuesta.

—¿Qué? ¿Quién lo hizo?

Tomlin no dice nada por un momento, y es como si me diera la oportunidad de averiguar yo misma la respuesta a esa pregunta. Por desgracia, la tengo.

—Fern —jadeo, y Tomlin asiente con la cabeza—. ¡Ella es

malvada! ¡Esa zorra es la que está detrás de todo esto! ¡Mató a Drew o hizo que Rory lo matase por ella y luego se libró de él! Me ha tendido una trampa —grito, descargando todos mis males sobre el detective que no creyó mis protestas de inocencia cuando me detuvo en Arberness. Sin embargo, esta vez tiene un aspecto muy distinto al de entonces. Me atrevería a decir que ahora parece que me cree.

—Lo sé —me dice, confirmando mi esperanza más descabellada.

—¿En serio?

—Sí, por eso estoy aquí.

—Pero ¿cómo? Os dije que era inocente y no me creísteis. Nadie me creyó.

—Han salido a la luz nuevas pruebas. Son pruebas que he llevado a mis colegas.

—¿Pruebas? ¿Qué pruebas? —Entonces pienso en Greg y en que me prometió que iba a encontrar la manera de engañar a Fern para que cometiera un error—. ¿De verdad lo consiguió?

—Greg grabó una conversación que tuvo con Fern en la que se demuestra que ella nos mintió —me dice Tomlin—. Por lo que hemos oído, Fern se vengó de ti y de Drew por vuestra aventura, y utilizó a Rory para que la ayudara. Luego lo mató cuando no pudo confiar en que lo mantuviera en secreto.

Es una locura. Es despreciable. Es increíble. Pero es la verdad y, ahora que lo sé, por fin puedo dar sentido a toda esta pesadilla.

—¿Ella dijo todo eso? ¿Greg lo grabó?

—Sí. Era muy inteligente. Y muy valiente.

—No lo entiendo. ¿Cómo acabó Fern apuñalándolo? ¿Se enteró?

—Sospecho que sí. No lo sé exactamente porque las dos únicas personas que estaban en la habitación del hotel donde ocurrió todo eran Fern y Greg. Él está muerto, mientras que con ella aún no hemos podido hablar.

—¿Por qué no?

—No ha estado en casa desde ayer por la mañana. Tengo a un agente vigilando su casa con órdenes de detenerla en cuanto vuelva. Hasta ahora, no lo ha hecho. Luego me enteré de que iba a venir a verte.

—¡Sí, eso es! —Lloro, contenta de que Fern no haya desaparecido después de todo. Sería un golpe cruel justo cuando hemos descubierto que ella es la culpable.

—Vale, tenemos que hablar de lo que pasará después. Primero, quiero pedirte disculpas. Cometimos un error. Yo cometí un error. Ahora es el momento de corregirlo.

Estudio a Tomlin para intentar saber exactamente cómo planea

corregir lo que es mucho más que un error, pero aunque todavía no estoy segura de ello, me alegro de que al menos haya admitido que se equivocó.

—¿Puedo irme? —pregunto, con la esperanza de estar fuera al aire libre en unos minutos.

—No es tan sencillo.

—¿Por qué? Acabas de decir que me crees.

—Yo sí, y te alegrará saber que muchos de mis colegas del cuerpo también. El problema es que no podemos empezar el proceso para anular tu condena hasta que tengamos a Fern bajo custodia y la hayamos interrogado sobre esa grabación.

—¡Entonces detenla cuando venga aquí! —sugiero, preguntándome por qué tiene que ser tan complicado.

—Eso es lo que pretendo hacer —me dice Tomlin—. ¿Te gustaría presenciarlo?

—¿A ti qué te parece? —respondo sin dudar, y Tomlin no puede evitar sonreír ante mi rápida respuesta.

—Vale, pues en marcha. La hora de visitas empezará en cinco minutos y quiero todo en su sitio para cuando empiece.

Sigo con impaciencia a Tomlin fuera de mi celda, con un ímpetu que hacía tiempo que no tenía. Nos reunimos con el guardia, que nos conduce por el pasillo donde están las demás celdas hasta la sala de visitas. Paso por delante de la celda de Siobhan y, cuando veo su cara asomando por la ranura, me detengo un momento para darle la buena noticia.

—Eso es maravilloso —dice, genuinamente feliz por mí y por la posibilidad de que salga pronto de aquí, aunque estoy segura de que también debe estar un poco triste, porque significa que perderá a una de sus amigas aquí dentro. Pero le prometo que, pase lo que pase, me mantendré en contacto, antes de que Tomlin me diga que tenemos que seguir moviéndonos. Una de las celdas que me cruzo en el camino pertenece a Kelly, la matona, y cuando me ve pasar, me mira con desprecio. Me aseguro de decirle lo que pienso de ella y hago algunos gestos en su dirección para dejar aún más clara mi opinión, gestos que la enfurecen, y ella se regodea diciéndome que me voy a enterar cuando me vuelva a ver. Con suerte, nunca tendrá esa oportunidad, aunque me preocupa haberme precipitado un poco mientras sigo a Tomlin por un largo pasillo antes de llegar a nuestro destino.

—Por favor, no la cagues —le digo al detective después de sentarme a la mesa—. Detenla y asegúrate de que no se escabulle.

—Lo haré —dice Tomlin, antes de decirme que sus agentes van a permanecer ocultos para permitir que Fern aparque y entre, para que

no se asuste y salga corriendo antes de que puedan atraparla. Una vez en la prisión, la conducirán hasta aquí como si todo fuera normal y, nada más verme, Tomlin se abalanzará sobre ella y le pondrá las esposas, dándome el placer de presenciar su detención igual que ella vio cómo me arrestaban a mí en su casa de Arberness.

—Me parece bien —digo, y me siento de nuevo en mi asiento y cruzo los brazos, impaciente por que empiece el espectáculo.

Miro el reloj de pared y veo que ha empezado la hora de visitas. Tomlin se coloca junto a la puerta que Fern atravesará en cualquier momento. Parece tan emocionado como yo. Sé que las cosas se pondrán aún más emocionantes cuando llegue esa horrible mujer.

Pobre Greg. No puedo creer que lo haya matado. Parece que perdió la vida intentando salvar la mía y, por eso, le estaré siempre agradecida. Mi corazón se rompe por él, pero no puedo pensar en eso en este preciso momento, porque la situación aún no se ha resuelto y todavía no han atrapado a Fern.

¿Dónde está?

Pasan cinco minutos. Luego diez. Enseguida se hace evidente que llega tarde.

¿Vendrá?

Tomlin parece mantener la calma mientras escucha su radio de vez en cuando, así que me digo a mí misma que haga lo mismo, pero, cuando han pasado quince minutos, empiezo a preocuparme de verdad. Pasan veinte minutos cuando Tomlin deja su puesto junto a la puerta y viene a verme. Cuando llega hasta mí, tiene malas noticias.

—No hay rastro de ella fuera —dice con la misma cara de derrota que yo.

—¿Qué significa eso? —le pregunto—. Si no está aquí, ¿dónde está?

El detective no tiene respuesta para eso.

Se limita a encogerse de hombros y, mientras lo hace, temo que mi libertad se me esté escapando tan rápido como casi me liberan.

30

Fern

Ya ha pasado la hora a la que tenía que estar hoy en la cárcel para ver a Alice. Me he saltado la cita y, en lugar de pasar esa hora sentada frente a la mesa de la mujer a la que inculpé de asesinato, la he pasado sentada en el aparcamiento de una estación de servicio de la autopista intentando por todos los medios no entrar en pánico. El problema es que no es tan fácil. Después de enterarme de que la policía estuvo registrando mi casa ayer, es difícil no creer que tienen una razón para querer detenerme, y con ese pensamiento aterrador cruzando constantemente mi mente, es difícil no entrar en modo de pánico total.

Mientras miro por el parabrisas de mi coche a toda la gente que entra y sale de la estación de servicio que hay junto a esta concurrida autopista del norte de Inglaterra, sigo intentando averiguar qué me ha ido tan mal en las últimas veinticuatro horas. Cuando ayer salí de Manchester para conducir hasta Carlisle, no estaba bajo ningún tipo de investigación policial y tan solo iba a ver a Alice para que me confirmara que Greg había sido su única esperanza de joderme. Sin embargo, gracias al mensaje de texto de mi vecina, sé que ayer esquivé una bala, porque si hubiera estado en casa cuando llegó la policía, ahora estaría en una celda y enfrentándome a algunas preguntas difíciles. Por suerte, sigo en libertad, pero tengo que pensármelo bien. Si hoy hubiera ido a la cárcel a ver a Alice, me habrían detenido allí. Por eso no he ido y estoy en la carretera desde que abandoné el lujoso hotel a primera hora de la mañana, reacia a quedarme en un lugar durante demasiado tiempo porque tengo que asumir que soy una mujer buscada.

Pero sigo sin saber por qué.

Veo a una niña de no más de seis o siete años pasar por delante de mi coche, agarrada de la mano de su mamá y dando saltitos mientras vuelven a su vehículo. Parece una tontería, pero envidio a la niña en este momento: parece tan feliz y despreocupada y, por supuesto, debe estarlo porque es solo una niña. Por otro lado, yo soy una adulta con muchos problemas y si estoy huyendo de la policía, como me temo que estoy haciendo, ¿cuándo será la próxima vez que pueda decir honestamente que estoy tranquila y feliz?

Consciente de que envidiar y sentirme resentida con una niña por ser feliz no es sano, aparto la vista de ella y miro el volante.

Piensa, Fern, piensa. Algo ha ido mal en algún momento. Alguna prueba crucial debe haber salido a la luz si la policía registró mi casa. Pero ¿cuál?

No sé exactamente cuántos minutos pasan hasta que se me pasa por la cabeza una idea horrible. Tan pronto como se me ocurre la posibilidad, desearía que no se me hubiera ocurrido. Y es que, si hace unos momentos pensaba que estaba ansiosa, ahora lo estoy aún más al haber considerado esta nueva posibilidad.

¿Y si Greg envió la grabación de mi confesión a alguien antes de que yo pudiera borrarla?

Es una teoría horripilante, pero ahora que me he topado con ella, estoy intentando pensar en cualquier cosa que pueda descartarla. No, no pudo haberlo hecho. No tuvo tiempo. Lo arrastré a la cama tan pronto como salió del baño. Luego cogí su teléfono, tuvimos nuestra pelea, lo maté y luego lo borré. Eso fue todo. Eso es todo lo que pasó.

¿Verdad?

No sirve de nada intentar decirme a mí misma tal cosa porque la parte lógica de mi cerebro me ofrece otro escenario, y es uno que no puedo disipar de manera concluyente. Es un escenario en el que Greg tuvo amplia oportunidad de enviar esa grabación a alguien mientras estaba encerrado en el baño, y solo volvió a salir una vez que lo hubo hecho.

Tengo que admitirlo: si Greg sabía que yo era peligrosa —y obviamente lo sabía después de lo que le había contado—, tendría sentido que tuviera un plan de respaldo en caso de que le pasase algo. Aunque estoy segura de que su plan era salir de la habitación del hotel cuando yo estuviera dormida y no volver a estar cerca de mí nunca más, debió darse cuenta de que existía el riesgo de que me despertara y se lo impidiera después de arrepentirme de lo que le había dicho. En cuanto me oyó llamar a la puerta del baño, supo que estaba despierta y, por lo tanto, desapareció toda posibilidad de que escapara a

hurtadillas en plena noche. Tuvo que salir del cuarto de baño y enfrentarse a mí, y aunque habría planeado seguir actuando un poco más, también habría sabido que volvía a la cama con una asesina.

¿Qué haría un hombre sabio en una situación así?

Enviar las pruebas a otra persona por si no pudiera hacerlo más adelante.

Me doy cuenta de que estoy agarrando el volante con tanta fuerza que los nudillos se me han puesto blancos y me duelen las palmas de las manos, así que lo suelto antes de reabrir cualquier herida bajo mis vendas. Eso resuelve un problema, pero no tengo ni idea de cómo resolver el mayor. Si Greg envió esa grabación a alguien y ahora está en manos de la policía, no hay forma de que pueda salir de esta sin ir a juicio por asesinato.

Podría rebatir lo que aparece en la grabación y decir que solo estaba borracha y diciendo tonterías. ¿Funcionaría? Estoy segura de que un buen abogado intentaría defenderme. El problema es que dije esas palabras y ahora, en lugar de ser vista simplemente como una viuda inocente, habrá múltiples personas que piensen en mí como una asesina y nunca cambiarán de opinión al respecto, no importa qué argumentos esgrima para intentar que lo olviden.

Pensé que había vencido a Greg cuando le impedí salir de esa habitación de hotel.

Pero ¿y si ya había ganado en cuanto salió del baño y yo no lo sabía?

Llevo aquí demasiado tiempo. Necesito volver a moverme. La policía podría estar comprobando las cámaras de tráfico y solo estoy a cincuenta kilómetros de Carlisle, demasiado cerca del detective Tomlin o de cualquier otra persona interesada en mi pasado. Justo antes de arrancar el motor y volver a la autopista, cojo mi teléfono del asiento del copiloto y veo que acabo de recibir un mensaje. Pero esta vez no es de mi vecina. Es un mensaje privado en una de mis redes sociales, y reconozco el nombre de la persona que lo ha enviado. Es de Miles Mayhew, una especie de periodista independiente que informa de todo tipo de cosas, incluida la reciente agresión sufrida por Alice en la cárcel y el hombre que fue a visitarla poco antes.

El hecho de que se haya puesto en contacto conmigo en un momento como este es preocupante, y cuando leo su mensaje completo, las cosas no hacen más que empeorar.

Hola, Fern. Soy Miles Mayhew, de «Mayhew News», y me pongo en contacto con usted en

relación con el caso de su difunto marido, Drew. He oído que la policía acaba de obtener de una nueva prueba del caso y me preguntaba si le gustaría hablar conmigo sobre ello. Podría contarme su historia. Haría que valiera la pena.

No hay muchas cosas en este mundo peores que los periodistas babosos que husmean una noticia para conseguir clics en un sitio web, pero enterarse de que la policía tiene nuevas pruebas sobre un delito que tú cometiste lo supera. Tengo razón. La policía debe tener esa grabación. Dios mío, ¿qué hago ahora?

Intento no entrar en pánico y escribo una respuesta a Miles, haciendo todo lo posible por mantener la calma para no aumentar las pruebas contra mí en el futuro.

Hola, Miles. No tengo conocimiento de ninguna prueba nueva en el caso de mi marido. ¿A qué se refiere?

Contengo la respiración mientras espero a que Miles lea y responda a mi «ingenua» pregunta, y el taimado «periodista», con el bocado entre los dientes, no tarda en responderme.

Mis fuentes me dicen que es una grabación de audio de usted hablando de lo que pasó con Drew, Alice y Rory Richardson en Arberness. ¿Tiene algún comentario que hacer al respecto?

Vuelvo a arrojar el teléfono sobre el asiento del copiloto como si de repente estuviera ardiendo, y ni se me ocurre volver a cogerlo o dar

a Miles algún tipo de respuesta. Acabo de recibir la confirmación de lo que me temía.

Greg envió la grabación desde el baño de la habitación del hotel, y ahora la policía la tiene y quieren interrogarme al respecto.

Eso significa que solo puedo hacer una cosa.

La niña, que sigue pareciendo feliz, me saluda con la mano desde la ventanilla del coche cuando paso junto al vehículo de su madre. Mantengo el pie en el acelerador mientras salgo del aparcamiento y vuelvo a la autopista. Gracias a Miles y a sus «fuentes», no pienso aminorar la marcha en ningún momento mientras me dirijo hacia el sudeste, alejándome de Carlisle, pero también dejando Manchester muy lejos. Eso también significa que me mantendré alejada del detective Tomlin, de sus colegas y, por supuesto, de Alice, la mujer que a estas alturas debe saber exactamente cómo acabó siendo declarada culpable de un crimen que no cometió.

Pero que lo sepa no significa que pueda hacer algo al respecto.

¿Verdad?

31

Alice

Es un paseo muy largo desde la sala de visitas hasta mi celda y se hace aún más difícil por el hecho de que tengo que pasar por delante de la celda de Kelly en el camino. Obviamente me precipité al creer que Fern sería detenida esta mañana y que me dejarían salir, ya que ninguna de las dos cosas ha sucedido todavía y, por eso, sigo atrapada aquí dentro. Ahora, según Kelly, todavía estoy en peligro.

—Lo siento. Te prometo que voy a trabajar tan duro y tan rápido como pueda para sacarte de aquí —me dice el detective Tomlin mientras llegamos a mi celda, y el guardia que nos acompañaba me observa caminar de vuelta a mi claustrofóbico hogar. Ya he solicitado a mi abogado que me haga una visita lo antes posible y, aunque esa petición ha sido aprobada sin problemas, la segunda no. Quería que me trasladaran a una parte separada de la prisión, una especie de zona de espera segura hasta que todo esto se resolviera y me pudieran poner en libertad. Por desgracia, y por si no hubieran hecho ya bastante, parece que la policía no ha terminado aún de hacerme la vida imposible, porque me han dicho que, de momento, tengo que volver a mi celda, cosa que he hecho a regañadientes.

—¿Qué pasa si no encuentras a Fern? —le pregunto a Tomlin mientras vuelvo a entrar en mi humilde morada, expresando mi mayor temor antes de que el detective tenga la oportunidad de dejarme aquí sola.

—La encontraremos.

—Pero ¿y si no lo hacéis?

Soy consciente de que parezco una niña necesitada con mis interminables preguntas y mi deseo de buscar consuelo

constantemente, pero no sé qué más puedo hacer en mi situación.

—Ahora mismo, no hay forma de que Fern sepa que Greg nos envió esa grabación antes de morir —me dice Tomlin—. Por lo que ella sabe, se ha vuelto a salir con la suya con lo que ha hecho.

—¿Estás seguro de eso? Si no sabe que está en problemas, ¿por qué no ha venido a verme? Parece como si supiera que iba a ser detenida y se hubiese mantenido alejada.

—Ella no sabe que la estamos buscando aquí.

—¿No lo sabe? ¿No has dicho que estuviste en su casa ayer? ¿Y si lo sabe?

—No estaba en casa, y desde entonces tenemos a un agente vigilando su propiedad y aún no ha vuelto.

—Hace más de un día que no está en casa y no acude a las citas que ha concertado. ¿No te parece extraño?

Si se lo parece —que debería—, Tomlin no lo admite, y solo repite lo que ya me ha dicho sobre que Fern no sabe que la policía la está buscando. Por desgracia para él, no me lo creo.

—¿No lo ves? Siempre ha ido un paso por delante de nosotros —digo, odiando lo cierta que es esa afirmación—. Entonces, ¿por qué estás tan seguro de que no va a volver a suceder lo mismo? Por lo que sabemos, se ha escapado, y a cada minuto que pasa tiene más posibilidades de volver a salirse con la suya.

—Tenemos agentes buscándola por todas partes.

—¿De verdad? ¿Dónde estáis buscando? ¿Aquí? ¿En su casa? Hay todo un país en el que podría estar escondida.

—Alice, por favor. Es importante que intentes mantener la calma. Has hecho bien en aguantar tanto, y ahora que tenemos esta nueva prueba, todo esto acabará pronto.

—No lo entiendes, ¿verdad? Te engañó una vez y te está engañando de nuevo.

Levanto las manos con frustración y me siento en la cama mientras deseo que mi abogado se dé prisa en llegar para tener a alguien más con quien hablar de esto, ya que no parece que vaya a llegar a ninguna parte con Tomlin. Para ser justos con él, parece que desearía poder darme mejores noticias, pero no puede, y ese es el problema. No hay nada que pueda hacer que me ayude a menos que implique que arresten a Fern y me dejen libre.

Vuelvo a sentir náuseas y me agarro el estómago, deseando que este dolor me deje en paz, pero sintiendo que no lo hará hasta que esto termine, lo que temo que nunca suceda.

—¿Estás bien? —me pregunta Tomlin, y toma asiento a mi lado—. Puedo pedir que alguien te eche un vistazo.

—Estoy bien —murmuro, aunque no me siento nada bien.

—¿Estás segura? No lo pareces.

—Estaré bien. Solo sácame de aquí —insto al preocupado detective.

—Entiendo lo difícil que es esto para ti —dice el hombre que se va a casa esta noche mientras yo seguiré encerrada aquí—. Déjame ver qué puedo hacer para que te trasladen a un lugar más seguro.

—¿No puedes dejarme ir? Ya sabes que Fern lo hizo, no yo.

—No es tan sencillo.

—No, nunca lo es, ¿verdad?

Entierro la cabeza entre las manos y tengo ganas de llorar, pero lo triste es que estoy demasiado agotada para derramar lágrimas. Solo quiero que esto acabe y, de alguna extraña manera, lo que ha pasado hoy casi me hace sentir peor. Una cosa era enfrentarme a que me declararan culpable de algo que no hice, pero es aún más duro tener que permanecer en la cárcel aunque la policía crea saber que me tendieron una trampa. Maldita sea lo lento que funciona el sistema legal. Es como si Fern siguiera riéndose de mí ahora, como si siguiera vengándose de mí, como si siguiera derrotándome.

¿Podré decir alguna vez que tengo ventaja sobre ella?

—Por favor, ayúdeme —le ruego, y eso es lo último que tengo que decir antes de que Tomlin me diga que se pondrá en contacto conmigo en breve. Hasta entonces, es libre de salir de la celda mientras yo me quedo mirando cómo el guardia cierra la puerta tras de sí. Mientras miro fijamente una de las muchas barreras que me separan del mundo exterior, me pregunto cómo es posible que yo esté aquí dentro mientras la verdadera criminal está ahí fuera.

Me tumbo en la cama y espero a que se me pasen las náuseas y, mientras tanto, intento pensar en algo que me haga sentir mejor. Pienso en Arberness, mi último hogar antes de esta prisión. La playa. El agua. Los amables lugareños. Una bebida fría en un día caluroso en la fiesta del pueblo. El aire fresco. Las tiendas. El bar, donde siempre había alguien con quien charlar. Incluso después de todo lo que pasó allí, sería bueno poder volver y ver ese lugar de nuevo. Diablos, sería bueno poder volver a ver cualquier lugar que no sea esta celda. Pero, por ahora, tengo que ser paciente y confiar en el proceso que el detective Tomlin me dice que está en marcha. Mientras, Fern está ahí fuera, libre como un pájaro, desplegando sus alas y yendo a donde quiera.

¿Dónde estás, Fern?

¿Qué estás haciendo?

¿Vas a salirte con la tuya otra vez?

32

Fern

Veo las señales de Birmingham, pero sigo adelante. El indicador de mi salpicadero se ciñe estrictamente al límite de velocidad de esta autopista. Me aseguro de no ir demasiado rápido, pero también de no ir demasiado despacio, porque no ir lo bastante rápido sería tan malo para mí como que me pillara un radar de tráfico.

Ahora estoy bien al sur de Carlisle, al igual que de Manchester, pero aún no estoy lo bastante al sur como para relajarme y, mientras sorteo el tráfico al pasar por Birmingham, la segunda ciudad más grande de Inglaterra, estoy totalmente concentrada en llegar a la más grande del país.

Londres es mi destino, y es en medio de la extensa capital donde planeo esconderme, con la esperanza de pasar desapercibida el tiempo suficiente para averiguar qué debo hacer a continuación. Puede que la policía piense que se me ha adelantado al obtener la grabación de mi confesión, pero yo sigo pensando que voy un paso por delante de ellos mientras no puedan alcanzarme. No sabrán dónde estoy y, aunque me estarán buscando, he ganado algo de tiempo. Necesitaré cada segundo si quiero salir de esta con mi libertad intacta.

Mientras sigo adelante, mi mente frenética se consuela un poco con la cuenta bancaria que tengo con cinco mil libras. Es una cuenta bancaria que abrí a mi nombre de soltera antes de casarme con Drew y a la que todavía tengo acceso, a pesar de que hasta ahora rara vez he sacado dinero de ella. Cuando era más joven, mi madre siempre me enseñaba a ahorrar para imprevistos, y esa cuenta era mi mejor intento de hacerlo. Nunca le dije a Drew ni a nadie que tenía ese dinero. Muy pronto las cuentas bancarias a nombre de Fern Devlin

serán congeladas, porque una vez que la policía se dé cuenta de que he huido, estarán desesperados por impedir que financie mi huida más de lo que ya lo he hecho. Mi esperanza es que no encuentren la antigua cuenta bancaria antes de que haya tenido la oportunidad de retirar más dinero de ella. Ya he sacado quinientas libras de un cajero automático en una estación de servicio al sur de Manchester, y tengo previsto sacar otras quinientas mañana, una vez que se restablezca mi límite de retirada diario. Que la policía descubra o no mi antigua cuenta determinará cuánto tiempo puedo seguir sacando de esos fondos, pero también soy consciente de que si lo descubren, no solo pueden congelar el dinero, sino que podrán ver exactamente dónde lo he sacado y localizar mis movimientos. Es un riesgo que tendré que correr, aunque me aseguraré de no sacar nunca dinero de ningún sitio que esté demasiado cerca del lugar donde voy a pasar la noche.

Sospecho que lo mejor que puedo hacer es buscarme un hostal tranquilo en algún lugar del centro de Londres donde pueda pagar mi estancia en efectivo y utilizar un nombre falso. Quienquiera que dirija el establecimiento difícilmente sospechará que estoy huyendo de la policía, así que allí estaré a salvo durante un tiempo. Por supuesto, tendré que cambiar mi aspecto. Teñirme el pelo o comprarme una peluca. Vestirme de otra manera. Cambiar mi acento. También tendré que deshacerme pronto de mi coche, porque la policía buscará mi matrícula. Quizá encuentre un taller al que vendérselo. Lo más probable es que pierda mucho dinero, pero podría obtener más fondos y voy a necesitar todos los que pueda conseguir.

He estado encendiendo y apagando la radio mientras conducía, porque aunque una parte de mí quiere saber si se menciona mi nombre en las noticias, otra prefiere no saberlo. ¿Es mejor ser ignorante o estar informado? No estoy del todo segura, por eso sigo dándole al botón que tengo al lado y alterno entre escuchar los últimos boletines informativos y evitarlos por completo. De momento, no he oído nada que me preocupe. No hay noticias de que la policía me esté persiguiendo ni se menciona ninguna acusación sobre las cosas de las que podría ser culpable. Espero que siga así, pero lo dudo mucho, sobre todo si un sabueso como Miles Mayhew ya está tras mi pista. No pasará mucho tiempo hasta que un periodista creíble descubra lo que está pasando y, cuando eso ocurra, mi historia no solo aparecerá en el sitio web Mayhew News. Aparecerá en las portadas de los periódicos nacionales y en los titulares de los informativos porque, admitámoslo, no es frecuente que haya un asesino en serie suelto en Inglaterra y es aún más raro que el asesino sea una mujer.

Los medios de comunicación van a hacer su agosto con esto

cuando se enteren de la noticia, y no puedo evitar pensar que el hecho de que pongan mi cara por todos sus periódicos y páginas web solo va a dificultar mi trabajo de pasar desapercibida. No será solo la policía la que me busque, sino también el público, ¿y cómo se supone que una mujer puede permanecer oculta si hay millones de ojos ahí fuera intentando vislumbrarla? Parece una tarea imposible, pero, por otra parte, vengarse de Drew y Alice parecía imposible y lo conseguí, así que tengo que creer más en mí misma.

Lo principal es que encuentre refugio, un lugar seguro donde quedarme a muchos kilómetros de donde la policía espera que esté, y una vez allí podré planear mi siguiente movimiento. Pero es pensar en mi próximo movimiento lo que me hace golpear el volante con frustración y soltar un grito de angustia.

Casi lo tenía todo. Tenía la casa, el coche, la vida soñada. Había ganado. Había vencido a los que me habían hecho daño. Entonces fui y lo tiré todo por la borda.

Es insoportable pensar que, en lugar de residir en una casa enorme en una ciudad que me encanta rodeada de amigos y lugares familiares, ahora voy a pasar mi tiempo en una ciudad extraña en un alojamiento muy humilde sin un solo aliado que me ofrezca apoyo. Estoy más sola que nunca, mucho más de lo que la gente pensaba que estaba cuando permanecí junto al ataúd de Drew el día de su funeral y me limpié las «lágrimas» con un pañuelo de papel. Esto es real. Esto está ocurriendo. Soy oficialmente un fantasma, huyendo e incapaz de volver a decir la verdad nunca más. Para una mentirosa como yo, eso podría no parecer un gran problema, pero sé que no es tan sencillo. Fue Drew quien me convirtió en una mentirosa y, aunque puede que tenga que agradecerle que ahora se me dé tan bien, también tengo que culparle una vez más de la situación en la que me encuentro.

Yo era feliz siendo Fern Devlin, esposa del doctor Drew, viviendo en Manchester y contentándome con lo que teníamos. Nunca pedí su aventura ni que nos mudáramos a Arberness, ni tampoco todas las ideas de venganza que me vinieron después. Solo era una mujer despechada que intentaba que no le hicieran más daño.

¿Qué soy ahora?

¿Quién soy ahora?

Ya no sé las respuestas a esas preguntas.

O quizá es que no quiero admitirlas.

33

Tomlin

A medida que pasa el tiempo, se hace cada vez más evidente que, de alguna manera, Fern Devlin sabe que vamos tras ella y ha huido antes de que podamos traerla para interrogarla. No sé cómo y solo puedo esperar que haya sido un golpe de suerte por su parte, aunque será el último golpe de suerte que tenga. Si tuviera que adivinar, diría que, o bien vio a la policía en su casa desde una distancia segura y salió corriendo, o bien uno de sus vecinos la llamó y le contó lo que estaba pasando. En cualquier caso, hace quince días que no está en casa, y cuanto más tiempo pasa, menos probable me parece que vuelva.

Es una pena ver una casa tan grande vacía, pero Fern tiene que saber que volver a ella sería una mala idea, así que obviamente ha huido, y no puedo culparla por ello, no después de lo que dijo en la grabación. En todo caso, sus acciones casi me han hecho un favor: parece aún más culpable. Al fin y al cabo, los inocentes no huyen, ¿verdad? Su condición de «desaparecida» —que comenzó más o menos en el mismo momento en que intentamos detenerla— es más prueba de lo que necesito en mi intento de conseguir que se anule la condena de Alice y en su lugar se dirijan todos los cargos contra Fern. Por suerte, eso es lo que está sucediendo.

Junto con la confesión que Greg grabó en secreto en aquella habitación de hotel, han salido a la luz un par de cosas más que nos demuestran que Fern ha estado mintiendo. La primera fue cuando un agente entrevistó a los miembros del personal que trabajaban en el bar del hotel durante la fiesta de cumpleaños de Fern. Aunque Fern nos dijo que Greg estaba borracho y que el alcohol tuvo mucho que ver en lo violento que se mostró con ella, todo el personal del bar con el que

se habló informó de que Greg había estado pidiendo bebidas sin alcohol toda la noche. Lo recordaban porque era la única persona de la fiesta que las había estado bebiendo. Eso nos dice que Greg no estaba borracho, como Fern dijo. Tendría sentido; mientras que ella pensaba que él solo estaba allí para divertirse como todos los demás, ahora sabemos que en realidad estaba allí para hacer un trabajo, e inducir esa confesión habría sido más difícil para él si hubiera estado bajo los efectos de varias bebidas fuertes. El hecho de que Greg estuviera completamente sobrio en el momento de su muerte solo se corroboró cuando se completó el informe del forense, lo que demostró aún más que Fern había mentido sobre el hecho de que su novio estuviera muy borracho esa noche.

La otra cosa que ha delatado a Fern desde entonces son las imágenes del ascensor en el que bajó a recepción justo después de que Greg supuestamente la atacara. Mientras se aseguraba de parecer la víctima angustiada cuando estaba fuera del ascensor, corriendo de un lado a otro con una angustia desesperada, se mostró mucho más calmada cuando estaba sola en el ascensor. Esos pocos segundos que tardó en llegar a la planta baja bastaron para que viéramos que, en las imágenes de las cámaras de seguridad, Fern estaba tranquila y solo volvió a angustiarse cuando se abrieron las puertas y salió corriendo y gritando a la recepcionista.

Es evidente que todo fue una actuación, no contaba con que habría cámaras vigilándola todo el tiempo y no consiguió mantenerse en el papel.

Alice será puesta en libertad en su debido momento y, sea cual sea el día que salga de la cárcel, no será demasiado pronto. Me aseguraré de estar allí cuando la pongan en libertad y me disculparé de nuevo antes de desearle buena suerte, aunque comprendo que será un escaso consuelo para ella. Fern le ha arruinado la vida, al igual que ella ha arruinado mi historial perfecto en la resolución de investigaciones, pero, por extraño que parezca, nosotros somos los afortunados. Porque seguimos vivos para contarlo, mientras que muchos otros no han tenido tanta suerte.

Estoy seguro de que Drew, Rory y Greg intercambiarían posiciones con nosotros si tuvieran la oportunidad.

Es otro día gris en Carlisle y contemplo el cielo sombrío mientras espero a que hierva la tetera. Estoy en la cocina de la comisaría, una cocina en la que ya he estado muchas veces y en la que he bebido una cantidad ingente de cafeína durante mi estancia en el cuerpo. Vuelvo a buscar los efectos positivos de esa droga legal mientras me preparo una bebida caliente. Necesito toda la potencia de la cafeína de mi taza

para sobrellevar lo que probablemente será otro día frustrante e inútil.

La búsqueda de Fern sigue su curso y ha consumido rápidamente mi vida y la de mis colegas, tanto aquí en Carlisle como en Manchester. La detective Bell busca a Fern en relación con la muerte de Greg, mientras que yo la busco en relación con todo lo ocurrido en Arberness, pero, hasta ahora, ambos hemos tenido que conformarnos con la poca información que tenemos sobre dónde podría estar Fern.

Mi mejor conjetura es que ella está en el sur de Inglaterra, potencialmente Londres, pero podría estar en cualquier lugar, supongo. Sé que sacó dinero dos veces, una en una estación de servicio cerca de Manchester y la segunda al día siguiente en el sur de Londres. La cuenta bancaria que utilizó estaba a su nombre de soltera y sus activos allí fueron congelados en cuanto lo descubrimos, así que aunque consiguió sacar mil libras en total, hay miles de libras allí que no podrá gastar nunca a menos que se dé a conocer a la policía y algún día pueda demostrar su inocencia.

Otro punto hasta el que la rastreamos fue Watford, el lugar donde vendió su coche por mil quinientas libras en efectivo antes de subir a un tren hasta London Euston; entonces desapareció entre la multitud, esfumándose de la cobertura de las cámaras de seguridad. Eso fue hace dos semanas, y ahí es donde le perdimos el rastro. A estas alturas, tengo que suponer que Fern ha cambiado de aspecto, lo que significa que será casi imposible volver a detectarla en las cámaras de seguridad. Tampoco tengo ni idea de si se quedó en la capital o se fue a otro sitio. Podría estar en cualquier parte, pero seguramente quedarse en una gran ciudad le daría la mejor oportunidad de pasar desapercibida. Por otra parte, podría estar escondida en un pequeño pueblo de la costa.

Engañó a todos los habitantes de Arberness antes, ¿por qué no podría hacerlo de nuevo en otro lugar?

Llevo mi café y mi cuerpo cansado de vuelta a mi escritorio, me desplomo en mi silla y reviso mis correos electrónicos. Hay un montón de cosas sobre casos pequeños que se pueden resolver con facilidad, pero no hay novedades sobre el gran caso que me persigue.

Daría cualquier cosa por un chivatazo. Una pequeña pizca de información. Cualquier cosa que pueda llevarnos a encontrar a Fern. Ha habido algunas llamadas de ciudadanos que creen haberla visto tras reconocerla por su foto en los periódicos, pero ninguna ha servido para nada. Muchas de esas personas se han equivocado e, incluso si algunas de ellas tenían razón, para cuando un agente de policía llegó hasta ellas y lo investigó, si había sido Fern, siempre se había esfumado, como un fantasma.

¿Y si está muerta? ¿Y si no ha soportado enfrentarse a las consecuencias y se ha quitado la vida, y ahora nunca la encontraremos? Es un pensamiento que me asusta; es poco probable que mantenga la motivación para ayudar a encontrarla si sigo pensando así, así que descarto la idea y doy otro sorbo a mi café.

Aunque hoy me paso el día sentado detrás de mi mesa, he salido todo lo que he podido para ayudar en la búsqueda de Fern más allá de las paredes de esta comisaría. He estado en Manchester varias veces, ayudando a la detective Bell y a su equipo mientras realizaban un registro más exhaustivo de la propiedad de Fern, aunque, por desgracia, no se encontraron más pruebas allí ni ninguna pista sobre el paradero de Fern. También he estado en varios lugares a los que Fern podría haber ido en busca de ayuda cuando se dio cuenta por primera vez de que tenía que huir, y eso incluye las casas de sus padres y de sus mejores amigos.

No fue agradable tener que interrogar a la madre y al padre de Fern sobre si sabían o no dónde estaba su hija, ya que parecían personas muy decentes, y yo sabía en qué situación imposible se encontraban. O bien sabían dónde estaba su hija, lo que significaba que tenían que mentir a la policía o entregar a la persona a la que se suponía que estaban protegiendo, o bien no tenían ni idea y estaban tan sorprendidos como los demás de que Fern pudiera hacer todas esas cosas atroces y luego darse a la fuga. Al final, les creí cuando nos dijeron a mí y a la detective Bell que no tenían noticias de su hija y que querían lo mismo que nosotros, que Fern se presentara y respondiera a las acusaciones que pesaban sobre ella. Por desgracia, no lo hemos conseguido todavía. Los detectives tenemos un dolor de cabeza prolongado, mientras que sus pobres padres tienen que enfrentarse al hecho de que la mujer que criaron es capaz de hacer cosas horribles, como huir de sus seres queridos sin despedirse.

No puedo imaginarme qué pasará con los padres de Fern si no vuelven a ver a su hija y no consiguen el final que tan desesperadamente desean. Tampoco puedo imaginarme cómo se sentirán las personas relacionadas con esa mujer si no vuelve. No hay ganadores en esto, ni siquiera Fern: aunque pueda estar evitando las esposas, dudo que lo esté pasando bien, esté donde esté.

A veces, cuando vuelvo a casa después de un día muy largo y me quito el traje antes de meterme en la cama, me gusta imaginar que Fern está en una situación muy desagradable. Me la imagino viviendo en la miseria, en un albergue de mala muerte, y espero que le esté rugiendo el estómago y se le esté secando la garganta mientras se tumba en un colchón lleno de bultos e intenta conciliar un sueño que

nunca llega.

Otras veces, la imagino sentada bajo un puente, tratando de mantenerse seca mientras la lluvia arrecia a su alrededor y piensa que las cosas podrían haber sido diferentes si no la hubieran atracado y hubiese perdido el dinero que llevaba encima durante los primeros días de huida.

Por supuesto, no tengo forma de saber en qué situación se encuentra Fern ahora: si se está muriendo de hambre, sin dinero y luchando, o si le va bien.

Nadie lo sabrá hasta que la encontremos.

Así que, hasta que llegue ese día, lo único que puedo hacer es esperar que esté sufriendo tanto como todos los que dejó atrás.

34

Fern

Hay una razón por la que a los mochileros les gusta alojarse en albergues: son lugares muy concurridos, perfectos para conocer gente y hacer nuevos amigos. También hay una razón por la que a la gente que no lleva un estilo de vida viajero no le gusta alojarse en ellos. Son lugares ruidosos, abarrotados y en los que casi es imposible conciliar el sueño. Puede que me gustara compartir un dormitorio de cuatro camas cuando tenía dieciocho años y buscaba aventuras, pero no puedo decir que me guste ahora que tengo cuarenta y necesito desesperadamente un poco de paz y tranquilidad.

Mis opciones se ven limitadas por mi delicadísima situación, así que tengo que soportar compartir dormitorio con otras tres personas, personas que me son totalmente desconocidas, así como personas que bajo ningún concepto pueden averiguar quién soy en realidad y qué he hecho antes de llegar aquí.

La razón por la que ahora estoy en un albergue y compartiendo espacio para dormir, en lugar de tener mi propia habitación en un alojamiento más privado, es que tengo que intentar que mi dinero dure lo máximo posible, y quedarme aquí es mucho más barato que ir a un hotel. Hace quince días que estoy oficialmente en la calle y mis fondos disminuyen con rapidez, gracias en gran parte a un par de incidentes desafortunados que han dejado un gran agujero en mis finanzas.

El primero de esos incidentes ocurrió cuando me alojé en el primer lugar al que me mudé al llegar a Londres, que era un *bed and breakfast* de tres estrellas en el sur de la ciudad. Me registré con un nombre falso y pagué una semana de estancia en efectivo, y esperaba

pasar allí al menos siete días mientras decidía cuál sería mi siguiente paso. Sin embargo, las cosas no salieron según lo previsto. Cuando volví a mi habitación una noche después de salir a dar un corto paseo al amparo de la oscuridad, descubrí que alguien había estado en mi habitación y se había llevado el sobre con dinero que tenía escondido debajo del colchón. Había quinientas libras en ese sobre, y yo esperaba que ese dinero me sirviera para varias semanas de alojamiento barato y comida y bebida básicas, pero había desaparecido. Enfadada y asustada, fui a la recepción y le conté lo sucedido al dueño del B&B, con la esperanza de que me ayudara y me devolviera el dinero perdido. Le dije que se lo había llevado la señora de la limpieza, a pesar de que yo había dicho expresamente que no quería que nadie entrara en mi habitación en ningún momento de mi estancia. No obtuve la respuesta que esperaba: en lugar de ponerse de mi parte e intentar ayudarme, lo único que hizo el dueño fue mostrarme una sonrisa de suficiencia y decirme que si creía que había habido un delito, llamara a la policía y dejara que vinieran a intentar resolverlo.

No tardé mucho en darme cuenta de que el dueño se había dado cuenta de que lo más probable era que me estuviera escondiendo de algo o de alguien, porque una mujer con un aspecto tan nervioso como el mío que llega a un hotel pequeño y paga en efectivo debe parecer sospechosa. Se estaba marcando un farol, ya que había adivinado que la policía no era una entidad con la que tuviera ningún deseo de hablar, y aunque seguramente no sabía que yo era la asesina de la que hablaban los periódicos, era lo bastante listo como para darse cuenta de que poco podía hacer para recuperar mi dinero. No me sorprendería que hubiera robado el dinero él mismo, y probablemente fue culpa mía porque había visto cuánto dinero llevaba encima cuando me registré, ya que estaba tan desesperada por conseguir una habitación que iba tirando billetes por todas partes. Ni que decir tiene que salí de aquel establecimiento tan rápido como pude, pero, al tener quinientas libras menos, mis perspectivas eran de repente mucho peores que antes.

Mi mala suerte continuó mientras cruzaba el río hacia el norte de la ciudad y, mientras comía una hamburguesa muy barata y bastante asquerosa en un «restaurante» de comida rápida, vi a varios policías acercándose al establecimiento. Presa del pánico de que de alguna manera me hubieran reconocido a pesar de haberme teñido el pelo de rubio oscuro y de no salir nunca en público sin gafas de sol oscuras, dejé caer mi hamburguesa y me alejé de la escena lo más rápido que pude, preparada para empezar a correr si era necesario. Pero no fue

así, porque al mirar por encima del hombro, vi que los policías iban a comer al mismo sitio en el que yo acababa de estar, así que respiré aliviada y pensé que lo peor que podía pasar era que me hubiera dejado una hamburguesa a medio comer. Por desgracia, me equivoqué; fue unos minutos más tarde cuando me di cuenta de que me había dejado la chaqueta en el respaldo de la silla del restaurante, y era una chaqueta con cientos de libras en uno de los bolsillos.

Volví corriendo al restaurante, pero tuve que esperar fuera a que la policía cogiera su comida y se marchara y, cuando volví a entrar, la chaqueta ya no estaba. Alguien se la había llevado y, aunque probablemente pensó que se llevaba una prenda gratis cuando la cogió, tendría mucho más que eso cuando llegara a casa y comprobara los bolsillos.

Ese segundo golpe de mala suerte significó que había perdido casi la mitad de mis «ahorros» en cuestión de horas, y fue entonces cuando empezó a invadirme el miedo. Sentía que no iba a poder seguir escondida mucho más tiempo, con mis fondos menguando rápidamente y sin forma de ganar dinero en un futuro cercano. Fue entonces cuando tomé la decisión de buscar el alojamiento más barato que pudiera encontrar, y desde entonces vivo en esta desordenada habitación de albergue. Pero, aunque mi entorno ha sido el mismo durante las últimas semanas, las caras han cambiado con regularidad, y he visto cómo varias personas entraban y salían de esta habitación.

Ha habido mochileros de todo tipo de países europeos que se han quedado una o dos noches en Londres para ver los monumentos y tachar otro lugar de su lista de viajes. Ha habido algunos londinenses que solo necesitaban un lugar barato donde pasar una noche mientras se encontraban en medio de cualquier drama que estuvieran atravesando en sus vidas, dramas que palidecían en comparación con los míos, debo añadir. Y ha habido gente de diferentes partes del Reino Unido, incluyendo un par de chicas escocesas en Londres para una despedida de soltera y algunos geordies que pasaron todo el tiempo quejándose de lo caro que está todo en el sur en comparación con el norte. Por suerte, no ha habido nadie de Manchester, porque eso me resultaría demasiado cercano, ni tampoco de Carlisle, porque eso también habría sido muy incómodo. Ni que decir tiene que aquí no se ha alojado nadie originario del pequeño pueblo de Arberness, aunque con la suerte que he tenido últimamente, no me extrañaría que eso cambiara en algún momento.

El constante ir y venir de gente nueva en mi habitación compartida ha sido difícil por varias razones, sobre todo porque siempre me despiertan de madrugada encendiendo las luces y

haciendo las maletas. Por otro lado, esto ha garantizado que nadie haya estado a mi alrededor el tiempo suficiente como para intentar conocerme demasiado bien, y estoy agradecida por ello, porque esta nueva vida en la que me encuentro ya es lo bastante agotadora como para no tener que contar mentiras cada minuto del día. Confío en que nadie me reconozca con mi nuevo aspecto y, si alguien intenta ser amable y me pregunta cómo me llamo y de dónde soy, les digo que me llamo Grace y que soy de Midlands. Esa suele ser una respuesta lo bastante normal como para poner fin a más preguntas indiscretas, porque, admitámoslo, no es tan emocionante como decir que soy Grigor, de Rumanía, o Alessa, de Portugal, que son solo dos de las personas con las que he compartido esta habitación en las últimas semanas.

Lo más cerca que alguien ha estado de husmear en mi vida privada fueron las dos chicas escocesas, aunque eso se debió sobre todo al hecho de que bebían mucho antes de salir a divertirse. Incluso intentaron que las acompañara en un momento dado, y aunque nada me habría gustado más que salir y soltarme en una pista de baile durante unas horas e intentar olvidar todos mis problemas, me resistí y me quedé tumbada en mi cama mientras las mujeres, mucho más jóvenes, me daban las buenas noches y se marchaban cantando y riendo.

Hay muchas cosas desagradables en ser una prófuga y vivir con una identidad falsa, pero quizá la peor sea la soledad. He pasado de ser popular a no tener ningún amigo, pero, si quiero aumentar las probabilidades de no ser detenida, sé que tengo que seguir así.

Ahora mismo estoy en mi posición habitual, tumbada en la cama, intentando leer el libro gratuito que encontré en la estantería de la recepción de la planta baja. Es el único entretenimiento que tengo, teniendo en cuenta que tuve que deshacerme de mi teléfono móvil para que la policía no intentara localizarme y, de vez en cuando, consigo perderme en la historia que se cuenta en las páginas. Pero solo de vez en cuando, y desde luego no es fácil leer con el ruido que hacen a mi alrededor los tres mochileros italianos con los que comparto habitación esta noche.

Mis «compañeros» de habitación de esta noche son de Roma, y me dicen que están en Londres para hacer turismo, pero han pasado poco tiempo hablando del Palacio de Buckingham y del Big Ben desde que llegaron y más tiempo hablando de dónde creen que es el mejor sitio para conocer mujeres inglesas. Uno de ellos, un tipo llamado Vincenzo, incluso me ha hecho una proposición antes, invitándome a salir para tomar algo, aunque por la forma en que me miraba de

arriba abajo mientras hablaba, estaba claro que una copa era solo el diez por ciento de lo que tenía pensado que hiciéramos los dos.

Rechacé con educación la oferta del valiente italiano y desde entonces no ha vuelto a dirigirme la palabra, lo que prueba que en realidad solo me buscaba por mi cuerpo y no por mi conversación, pero la decepción que siente seguramente se atenuaría si supiera la suerte que ha tenido al escapar. Para él, soy una inglesa aburrida, estirada y mayor que no está dispuesta a pasar un buen rato, pero si supiera la verdad, haría las maletas y se largaría de aquí lo antes posible, probablemente corriendo de vuelta a Roma antes de contarle a todo el mundo en casa cómo había sobrevivido a su roce con la Viuda Negra.

Sí, como predije, ese es el poco imaginativo apodo con el que me han etiquetado los periodistas de este país, desde que me di a la fuga y saltó la noticia de por qué me perseguía la policía. Da igual. Me da igual lo que digan de mí. Lo único que me importa es que nadie me encuentre y, de momento, todo va bien. La noche da un giro inesperado cuando oigo a Vincenzo y a sus amigos hablar de la noticia que está conmocionando a Inglaterra y, al escuchar a los tres hablar en mi idioma con un acento italiano muy marcado, me doy cuenta de que están hablando de mí.

—Es una locura. Esa mujer está ahí fuera y nadie sabe dónde está.

—Imagina que esto pasara en casa.

—Nuestra policía la encontraría más rápido.

—Tal vez. ¿Dónde crees que se esconde?

—¿Quién sabe? Pero la encontrarán pronto. No puede esconderse para siempre.

De repente, siento la necesidad de salir de esta habitación y alejarme de esta conversación, así que me levanto de la cama e, ignorando los ojos errantes de Vincenzo, abro la puerta de un tirón y salgo al luminoso pasillo. Corro al baño común, me meto en uno de los cubículos, cierro la puerta y me paso los dos minutos siguientes mareada. Las náuseas son solo uno de los muchos síntomas que experimento desde que estoy huyendo, acompañadas de fuertes dolores de cabeza y de extremidades, y mientras tiro de la cadena y me limpio la boca con un trozo de papel higiénico, no recuerdo haberme sentido nunca tan mal como ahora.

Tras secarme las gotas de sudor de la frente y salir del cubículo, me echo agua fría en la cara frente al lavabo antes de mirarme en el espejo y contemplar el reflejo de la mujer en la que me he convertido.

No me siento yo, ni me parezco a mí misma. Mi cara hinchada y pálida casi me traiciona en el espejo, como si mi aspecto exterior fuera

incapaz de ocultar los terribles secretos que albergo en mi interior. Puede que sea capaz de soportar los pensamientos paranoicos que me recorren el cerebro, pero está claro que mi piel no está soportando tan bien todo este estrés, y eso se nota.

Por el lado positivo, el hecho de que no tenga exactamente el mismo aspecto que antes me ayudará a seguir pasando desapercibida. Cuanto menos me parezca a mi antiguo yo, mejor, ¿no?

Pero, aunque pueda permanecer oculta, ¿a qué precio será?

No puedo decir que esté deseando averiguarlo.

35

Alice

Han pasado dos semanas desde que el detective Tomlin me aseguró que me iba a sacar de aquí, pero en este tiempo lo único que ha ocurrido es que Kelly me ha vuelto a amenazar y mi salud mental y física se han deteriorado hasta el punto de que estoy de nuevo en el hospital de la prisión. Me siento emocionalmente agotada, enferma de ansiedad todo el tiempo y apenas puedo dormir por el miedo a que Fern nunca sea encontrada y no pague por lo que ha hecho. No es de extrañar que vuelva a necesitar atención médica y, mientras un médico toma asiento junto a mi cama, tiene una expresión de pena en el rostro. Eso no presagia nada bueno para que haga lo que le he suplicado que haga por mí, que es recetarme antidepresivos, así como los somníferos que pueda darme para que tenga una oportunidad de descansar.

En efecto, no tiene buenas noticias para mí.

—Puedo recetarle algo para ayudarla a dormir, pero es leve —dice el médico—. Lo mejor será abordar los problemas para su creciente insomnio en lugar de simplemente tratar de medicarlo.

—¿Mis razones para no dormir? ¿Qué tal el hecho de que sigo en prisión por algo que no hice y la mujer que me metió aquí anda libre? Si eso no es suficiente, ¿qué tal el hecho de que hay otra presa en mi ala que ya me ha atacado una vez y sigue amenazándome con volver a hacerlo? ¿Cree que son razones suficientes para no dormir?

No me gusta ser sarcástica con alguien que intenta ayudarme, pero es eso o volver a enfadarme, y ya he pasado bastante tiempo llorando últimamente. En lugar de insistir demasiado en lo que acabo de decir, el médico continúa.

—En cuanto a los antidepresivos, comprendo sus difíciles circunstancias y es algo que podemos ofrecerle. Le haremos un seguimiento y le ofreceremos apoyo, y, por ahora, estoy organizando un régimen de ejercicio diario para usted que creo que la ayudará con su estado de ánimo. Nada demasiado extenuante, pero podrá salir y pasear más que otras reclusas.

—¿Un paseo al aire libre? ¿Cree que es todo lo que necesito para animarme? —grito, asqueada de que esto sea lo mejor que me ofrecen —. ¿No lo ve? No voy a sentirme mejor hasta que salga de este lugar.

—Supongo que entonces será mejor que hagamos algo al respecto —dice una voz a mi izquierda, y me giro para ver que el detective Tomlin ha entrado en la habitación.

—¿Qué haces aquí? —le pregunto, no exactamente saludándolo con amabilidad, pero hace tiempo que dejé de lado las galanterías.

—Tengo una noticia para ti —dice Tomlin con una sonrisa, pero justo antes de que pueda continuar, mi médico interviene.

—Hay algo más que me gustaría comentar con Alice, así que si pudiera concederme un par de minutos —le dice el médico a Tomlin.

Pero, al estudiar el semblante del detective, veo que está deseando contarme lo que ha venido a decirme, y eso me llena de esperanza. Por eso ignoro al médico y le exijo a Tomlin que me lo diga de una vez.

El detective no necesita que se lo repita dos veces y, mientras se acerca a la cama, con una sonrisa cada vez más amplia en su rostro, me lo cuenta.

—Enhorabuena, Alice. Acabo de hablarlo con tu abogado, pero me ha permitido darte la buena noticia yo. La revisión de tu condena ha terminado y, basándonos en las pruebas contra Fern, se ha decidido que quedes en libertad inmediatamente.

Tardo unos segundos en procesar esa espectacular frase, pero, una vez lo he hecho, empiezo a llorar. Sin embargo, por primera vez en mucho tiempo, no son lágrimas de tristeza, sino de alegría, y como el detective se vuelve borroso, ni siquiera me molesto en secarme los ojos para volver a verlo mejor. Todo lo que puedo hacer es decir gracias una y otra vez hasta que decirlo más se convierte en una tontería.

—¿Qué tal si te doy un minuto y luego vuelvo y te digo cómo lo vamos a hacer? —dice Tomlin.

Asiento con la cabeza antes de que el detective me guiñe un ojo y vuelva a salir de la sala, dejándome de nuevo a solas con el médico.

Como buen profesional que es, el médico me da un pañuelo de papel y me permite serenarme, cosa que agradezco porque soy un

desastre lloriqueando.

—Se acabó —digo, sintiéndome agotada, pero sabiendo que tengo suficiente energía para salir de este lugar ahora que me lo permiten.

—Enhorabuena —dice el médico, aunque por alguna razón, cuando lo dice, no me transmite la misma sensación de felicidad que cuando el detective ha dicho la misma palabra hace un momento. Es entonces cuando recuerdo que el médico le dijo a Tomlin que tenía algo que discutir conmigo justo antes de que lo interrumpieran y, de repente, me preocupa que las buenas noticias que acabo de recibir estén a punto de ser ahogadas por alguna mala.

—¿Qué pasa? —digo, preguntándome qué posible golpe de mala suerte me espera tan pronto ha llegado un poco de buena fortuna a mi vida.

—Me gustaría que se hiciera una prueba de embarazo —dice el médico con expresión seria.

Pero lo único que hago es mirarlo fijamente durante un par de segundos antes de echarme a reír.

—¿Qué?

—Creo que puede estar embarazada.

—¿Embarazada? ¿De qué está hablando? He estado en la cárcel. No estoy embarazada.

—Hay niveles elevados de hCG en los resultados de sus análisis de sangre —me dice el médico—. También explicaría el malestar que ha estado experimentando.

—¿La enfermedad? Estoy enferma porque estoy estresada.

—Luego está el hecho de que parece haber ganado un poco de peso a pesar de que me ha dicho que apenas ha comido últimamente. También tiene los tobillos ligeramente hinchados y se ha quejado de dolores de cabeza cada vez que la he visto.

—¡Los dolores de cabeza también son por el estrés! Y he engordado porque llevo meses encerrada en una celda! —le explico, pero el médico parece saber más de esto que yo, y claro que sabe porque es el experto. Pero tiene que estar equivocado. No es posible —. Hace casi cinco meses que no tengo relaciones sexuales —le digo —. ¿Cómo diablos puedo estar embarazada?

—Bueno, si lo está, se quedó embarazada antes de entrar aquí.

—¿Antes de entrar aquí? Pero eso fue hace siglos. Me habría dado cuenta. He tenido mis períodos.

—Según la evaluación médica que se le realizó cuando llegó a esta prisión, usted dijo que siempre había tenido menstruaciones irregulares o muy ligeras.

—¿Qué? Bueno, sí, pero he tenido la regla desde que estoy aquí.

—Las ligeras.

Asiento con la cabeza.

—Un ligero sangrado durante los primeros meses de embarazo no es infrecuente.

—¿Me está tomando el pelo? —grito, con el cerebro revolviéndose en busca de una explicación de por qué estoy teniendo esta conversación inesperada solo unos momentos después de recibir la noticia de mi libertad.

—Mire, puede que me equivoque, pero creo que debería hacerse una prueba para estar segura. Puedo hacerle una aquí, si quiere.

Estoy estupefacta y ya no encuentro palabras para expresar mi acuerdo o desacuerdo con el médico. Él parece darse cuenta porque me dice que volverá enseguida, antes de salir de la habitación y darme un tiempo para ordenar mis pensamientos.

¿Embarazada? No, no puedo estarlo.

¿Puedo?

El médico parece creer que sí, pero debe estar equivocado. No he tenido sexo en años. No he tenido sexo desde...

Mi mente se remonta a aquella noche en la consulta de Drew, la noche en que volví a caer en sus brazos por primera vez después de que él lo dejase todo y me siguiera hasta Arberness. Me había dicho a mí misma que no me dejaría hechizar por él de nuevo, pero lo hice y nuestra aventura comenzó otra vez.

No, esto no puede estar pasando... No estoy embarazada e, incluso si por algún milagro lo estoy, el bebé debe ser de Rory. Tiene que ser de mi difunto marido. Sin embargo, aunque piense eso, sé que es una tontería, ya que Rory y yo llevábamos tiempo sin acostarnos antes de su asesinato, que fue una de las muchas razones por las que me costó tanto resistirme a acostarme con Drew cuando él intentó algo conmigo de nuevo.

Si estoy embarazada, el bebé es de Drew.

Ahora no puedo decidir si llamar al médico de la prisión para que vuelva y me haga la prueba o quedarme sola un poco más e intentar seguir viviendo en un estado en el que pueda fingir que esto no está pasando.

Lo único que sé es que si estoy embarazada de Drew, esto no solo sería un shock devastador para mí.

También sería un shock devastador para la viuda de Drew.

36

Fern

Odio salir en público porque es imposible no seguir mirando por encima del hombro y esperar ver a un policía corriendo hacia mí dispuesto a decirme «¡Te tengo!». Pero debo hacerlo, porque necesito comprar artículos de primera necesidad, y al entrar en el supermercado más cercano al albergue, me siento tan nerviosa como siempre que vengo aquí.

No es relajante estar rodeada de tanta gente, ni tampoco es agradable saber que casi todos los pasillos de este lugar están vigilados por una cámara de seguridad. Pero las necesidades obligan y yo tengo que comer y beber, así que cojo una cesta y sigo con mis compras. Sin embargo, en mi situación, ir de compras ya no es tan divertido como antes, porque no puedo comprar lo que se me antoje sin fijarme en los precios. Tengo un presupuesto estricto y eso significa que solo puedo comprar lo que puedo permitirme, no lo que de verdad quiero. En lugar de chocolatinas caras y fruta y verdura ecológicas, compro paquetes baratos de fideos y bolsas de pasta con los que puedo hacer cuatro o cinco comidas. Es increíble cuántas latas de sopa de tomate pueden mantener a una persona con escaso presupuesto. Como siga así, me voy a convertir en un plato de sopa o de pasta, pero las necesidades obligan y espero que no pase mucho tiempo hasta que pueda empezar a comprar cosas un poco más apetitosas.

Por suerte, mi presupuesto va a recibir un empujón pronto gracias al sueldo del nuevo trabajo que he conseguido. A partir del próximo martes, pasaré veinte horas a la semana detrás del mostrador de la tienda local de pescado y patatas fritas, sirviendo a clientes

hambrientos su comida empapada en sal y vinagre y recibiendo el modestísimo salario que me reportará ese trabajo.

No voy a recibir mucho dinero, pero me pagarán en metálico y no tuve que presentar ningún documento de identidad para que me contrataran, así que eso es lo único que me importa, y no hay duda de que el poco dinero que obtendré de ese empleo a tiempo parcial aliviará algunas de mis preocupaciones por quedarme sin fondos en breve. También ayuda el hecho de que cenaré gratis todas las noches, porque me han dicho que siempre hay sobras, y aunque mi cintura no me agradecerá que me atiborre a pescado y patatas fritas todas las noches, mis papilas gustativas sí lo harán.

Recorro los pasillos de este supermercado, echando comida barata en mi cesta mientras hago lo posible por no mirar directamente a ninguna de las cámaras que están fijas en las paredes a mi alrededor. Es estresante estar aquí, pero es agradable salir del albergue un rato, aunque no tardaré en volver a ese lugar abarrotado y sentirme sola, rodeada de tantos grupos de amigos que prosperan mientras yo simplemente sobrevivo. Decido que necesito un capricho en este viaje de compras porque, de lo contrario, corro el riesgo de echarme a llorar más tarde, así que cojo un paquete pequeño de patatas fritas y lo meto en la cesta, prometiéndome que me daré ese capricho mientras estoy tumbada en la cama después de la cena tan poco apetitosa de esta noche.

No es gran cosa, pero algo tan sencillo basta para animarme un poco y no me siento tan mal mientras me dirijo a las cajas. Pero todo cambia cuando echo un vistazo a las estanterías que albergan todos los periódicos y revistas, porque, al hacerlo, veo un rostro muy familiar que me devuelve la mirada desde las primeras páginas de esos periódicos.

Es Alice.

Desesperada por saber por qué aparece en las noticias, me apresuro a coger uno de los periódicos y miro de cerca el titular que acompaña a su foto: «Víctima inocente de la Viuda Negra es puesta en libertad».

Aunque resulta irritante volver a ver en las noticias otra referencia a mi apodo de viuda, aún lo es más darme cuenta de lo que ha ocurrido.

Alice ha salido de la cárcel.

Leyendo el artículo que acompaña a la foto de Alice, me entero de que su condena ha sido anulada basándose en las nuevas pruebas que han salido a la luz, pruebas que confirman que la inculpé por la muerte de Drew. La pesadilla ha terminado para ella y, por tanto, la

venganza que me tomé porque se acostase con mi marido también ha terminado.

No puedo decir exactamente que se haya salido con la suya, porque ha pasado los últimos meses en la cárcel, pero ahora es libre para reanudar su vida, mientras que yo estoy aquí, intentando sobrevivir. Me pregunto qué hará. ¿Volverá a Arberness? ¿Volverá a Manchester? ¿O querrá empezar de nuevo en algún lugar que no tenga conexiones con nada de su pasado? No lo sé, pero sus opciones son infinitas, a diferencia de las mías.

Aprieto los dientes cuando termino de leer el artículo antes de devolver el periódico a la estantería y me apresuro a terminar el resto de la compra. Pienso en Alice todo el tiempo que estoy en la cola de la caja, y sigo pensando en ella cuando ya he metido la compra en las bolsas y he vuelto al albergue.

Hace buen día, pero no paso ni un segundo más de lo necesario al aire libre, sino que me apresuro a entrar en mi lúgubre alojamiento y atravesar la zona de recepción, que está llena de viajeros con grandes bolsas a la espalda esperando para facturar antes de entrar en la cocina y ver a unas cuantas personas de pie junto al microondas. Me ignoran y yo los ignoro mientras dejo las bolsas en el suelo y empiezo a vaciarlas, metiendo cualquier artículo que requiera refrigeración en la bolsa que lleva mi nombre. Esa es una de las muchas cosas molestas de vivir en un lugar como este: tienes que escribir tu nombre en todo, de lo contrario la gente podría llevárselo, pero incluso si lo haces, la gente podría llevárselo de todos modos.

Con la esperanza de no volver más tarde a la nevera y encontrarme con que ya me he comido la mitad de la comida, lo guardo todo antes de poner el resto de las cosas en un estante, de nuevo con una etiqueta con mi nombre. Solo me queda una cosa que no he guardado y que llevo conmigo cuando salgo de la cocina para ir al baño.

Después de encerrarme en un cubículo y hacer lo que tengo que hacer, salgo y me quedo de pie junto al lavabo durante unos minutos, mirando mi reflejo y preguntándome qué va a pasar a continuación.

Cuando miro la prueba de embarazo que tengo en la mano, ya tengo la respuesta.

Es positiva.

Me río, pero es más bien una risa maníaca que refleja lo ridícula que es mi situación. Esa risa incómoda pronto es sustituida por lágrimas que corren por mis mejillas, y rápidamente me veo tan consumida por el llanto que no me doy cuenta de que alguien más acaba de entrar en el baño.

—¿Estás bien? —me pregunta la joven preocupada que está a mi lado, y me doy cuenta de que es Manuela, una mochilera alemana con la que ayer tuve una breve conversación en la cocina cuando me preguntó si le podía prestar un poco de mi pasta porque se había quedado sin la suya. Le hice un favor y le dejé un poco de mi comida, y ahora parece que me devuelve ese amable gesto comprobando que estoy bien.

—La verdad es que no —digo, siendo totalmente sincera, y cuando Manuela ve lo que tengo en la mano, entiende por qué.

—Oh —es todo lo que puede decir, antes de que yo tire la prueba positiva en el lavabo y me aleje de ella, como si al hacerlo fuera a cambiar el resultado que muestra.

—Esto no puede estar pasando —digo, antes de que Manuela me ponga un brazo reconfortante en el hombro.

—¿Cuentas con el apoyo del padre? —me pregunta, probablemente pensando que las cosas no me irán tan mal si tengo otra persona con la que compartir esta inminente responsabilidad.

Me limito a negar con la cabeza, que es la forma más fácil de decirle a mi nueva amiga que el padre no está sin decirle por qué.

No cuento con el apoyo del padre porque yo lo maté. Lo sé porque tiene que ser el bebé de Greg. Dejé los anticonceptivos y nos acostamos justo antes de descubrir que me había grabado confesando mis crímenes. Es de él.

Este bebé es hijo del hombre que asesiné.

—¿Tienes algún familiar o amigo que pueda ayudarte? —me pregunta Manuela, pero yo solo me río ante esa pregunta antes de volver a llorar. Si esta alemana supiera por qué no puedo pedir ayuda a familiares o amigos, entendería por qué estoy tan histérica.

—¿Qué vas a hacer? —me pregunta Manuela después de que haya sofocado mis sollozos mientras miro fijamente la prueba en el lavabo y deseo que desaparezca. Es curioso, porque hace solo unas semanas fantaseaba con la idea de quedarme embarazada y tener un hijo y, ahora que ha sucedido, no podía llegar en peor momento.

—No lo sé —digo en respuesta a la pregunta de Manuela. Aparto por fin la vista de la prueba y vuelvo al espejo, donde veo mis mejillas manchadas de lágrimas y mi expresión horrorizada mirándome fijamente—. De verdad que no lo sé.

Para alguien tan acostumbrado a mentir, lo que acabo de decir es lo más sincero que he dicho en mi vida.

EPÍLOGO

Alice

El agua está tan quieta como la recuerdo y el aire es tan fresco como siempre mientras estoy en la playa y contemplo el Solway Firth, la pintoresca parte del Reino Unido que separa Inglaterra de Escocia. Ya soy oficialmente una mujer libre, fuera de la cárcel, y mi primera parada ha sido Arberness.

Me resulta extraño volver a este pueblo, pero tuve que venir aquí simplemente porque fue el último lugar en el que viví antes de que me detuviera la policía y pasara por un infierno en los tribunales y en el sistema penitenciario. Aquí es donde viví con Rory, el hombre al que engañé con Drew, y ambos murieron en este pueblo, sus vidas terminaron antes de tiempo gracias a su relación con Fern. Es un capítulo muy sombrío en la historia de este pueblecito y por eso me pone nerviosa volver aquí. No estoy segura de cómo reaccionarán los lugareños al verme de nuevo: aunque se haya demostrado mi inocencia, muchos de ellos podrían seguir siendo poco comprensivos por el papel que desempeñé en todo lo que acabó ocurriendo.

Es posible que algunas de las personas a las que solía llamar amigos ya no quieran relacionarse conmigo, posiblemente porque consideren que mi aventura con Drew fue lo que puso a Fern en pie de guerra, y eso significa que tengo que asumir parte de la culpa de que esta adormecida sección del mapa sea ahora famosa por las razones equivocadas. Supongo que el tiempo lo dirá, y de cómo vayan las cosas dependerá que acabe quedándome aquí o no.

Una parte de mí quiere hacerlo, ya que todavía tengo algunos amigos aquí que me apoyan y hay un sentido de comunidad que hace mucha falta en las ciudades, pero no tengo que tomar una decisión al

respecto de inmediato. Hay mucho en lo que pensar y, por ahora, iré paso a paso. Lo primero será procesar el hecho de que estoy esperando un hijo.

Después de superar el shock que me produjo la sugerencia del médico de la prisión, me hice una prueba y descubrí que tenía razón. Estoy embarazada y, como tardé tanto en darme cuenta, ya estoy a mitad de ese embarazo. Pensaba que todos esos cambios de mi cuerpo eran efectos del estrés de la vida en la cárcel, pero resultó que muchos de ellos se debían al hecho de que tengo una pequeña vida creciendo dentro de mí. Eso significa que ya no tengo que pensar solo en mí. El bienestar de la pequeña vida que llevo dentro es lo primero, y eso influirá en mi decisión de quedarme o no en Arberness. Este podría ser un gran lugar para que crezca un niño. El aire fresco. La gente amable. Asistir a una escuela pequeña en lugar de una superpoblada. Pero ¿sería cruel criar a mi hijo en el lugar donde su padre fue brutalmente asesinado? ¿Cómo podría jugar con él en la misma playa donde su padre encontró la muerte?

Mientras miro alrededor de la playa, veo a lo lejos la señal de los socorristas. Es una señal que indica a cualquiera que visite esta playa que, aunque hay un sistema de guardacostas en la zona, cualquiera que entre en el agua es responsable de su propia seguridad. Pero es una señal que tiene un significado diferente para mí, ya que la conozco como el lugar en el que acordé encontrarme con Drew, no mucho después de enterarme de que se había mudado aquí para intentar reiniciar nuestro romance. Me reuní con él en esta playa al amparo de la oscuridad y le dije que tenía que dejarme en paz, como le había dicho en Manchester, y por lo que yo sabía, cuando me alejé de él aquella noche, nuestra aventura seguía siendo un secreto. Ahora sé que Fern ya nos había descubierto, es muy posible que siguiera a su marido aquella noche y nos viera reunidos junto a aquel cartel. Es un pensamiento escalofriante, incluso más escalofriante que el viento que azota a mi alrededor mientras sigo aquí de pie, considerando un futuro en este lugar.

Ayer salí de la cárcel, se hizo oficial mi puesta en libertad, y mi salida fue acompañada por el compungido detective Tomlin, que una vez más expresó su pesar por lo que me había ocurrido antes de asegurarme por enésima vez que encontrarían a Fern y que ella pagaría por lo que me había hecho. Queda por ver si realmente lo cree o no —ella sigue prófuga—, pero después de decirme eso, me instó a disfrutar de mi libertad y a no perder ni un solo segundo de ella en nada que no me hiciera feliz.

Tengo toda la intención de seguir su consejo, aunque no de la

forma en que tal vez él lo imagina.

Voy a dedicar mi tiempo a hacer cosas que me hagan feliz ahora que estoy fuera. En primer lugar, voy a cuidar de la vida que crece en mi interior y, cuando nazca el bebé, me esforzaré por ser la mejor madre que pueda ser para mi hijo. Pero hay algo más que voy a hacer y que me hará feliz, sobre todo cuando complete la tarea que tengo por delante.

Voy a buscar a Fern.

No me importa lo que cueste y lo que tenga que pasar por el camino, pero ella no puede salirse con la suya. Si la policía no es capaz de encontrarla, tendré que hacerlo yo.

Fern hizo todo lo posible para vengarse de mí, así que es justo que yo haga lo mismo. Si está al tanto de las noticias, apuesto a que se llevó un buen susto cuando leyó que me habían puesto en libertad. Pero eso no es nada comparado con el susto que se va a llevar cuando se entere de que voy a tener un hijo de su difunto marido.

Era la mujer del médico, pero ahora soy yo la que va a tener al bebé del médico.

Me pregunto qué pensará Fern de eso.

Supongo que lo averiguaré tan pronto como la encuentre.

UNA CARTA DE DANIEL

Estimado lector:

Quiero darte las gracias por leer *La viuda del médico*. Si te ha gustado y quieres estar al día de mis últimas novedades en Bookouture, suscríbete en el siguiente enlace. También puedes descargarte gratis el thriller psicológico La esposa asesina si te suscribes a mi lista de correo de Bookouture. Tu dirección de correo electrónico nunca será compartida y puedes darte de baja en cualquier momento.

www.bookouture.com/daniel-hurst

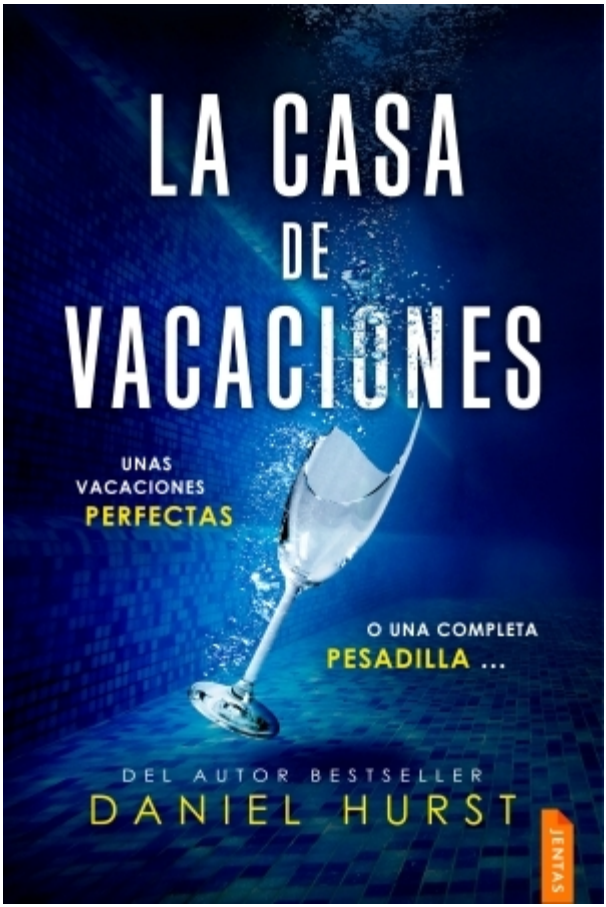
Espero que te haya encantado *La viuda del médico* y, si es así, te agradecería mucho que dedicaras un momento a compartir tu reseña. Me encantaría conocer tu opinión.

También me encanta escuchar a mis lectores, y puedes ponerte en contacto conmigo en mi dirección de correo electrónico daniel@danielhurst-books.com. Respondo a todos los mensajes. También puedes visitar mis redes sociales, donde te contaré todas mis aventuras con mi mujer, Harriet, y mi hija, Penny.

Gracias,
Daniel

MANTENTE EN CONTACTO CON DANIEL

www.danielhurstbooks.com
facebook.com/danielhurstbooks
instagram.com/danielhurstbooks


LA CASA
DE
VACACIONES
UNAS
VACACIONES
PERFECTAS
O UNA COMPLETA
PESADILLA ...
DEL AUTOR BESTSELLER
DANIEL HURST
JENTAS

La casa de vacaciones

Hurst, Daniel
9788742812693
282 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Las vacaciones perfectas o una completa pesadilla… Me siento a beber champán en el agua tibia, con burbujas espumosas a mi alrededor mientras admiro la impresionante vista del hermoso cielo azul y las montañas. No puedo creer que esté aquí, en esta impresionante casa de vacaciones. Es para morirse… Mi mejor amiga y su marido nos han invitado a mí y a mi familia a su lujosa propiedad junto al lago para pasar el fin de semana. No envidio su riqueza, aunque sé que mi marido Ryan sí. Todo lo que quiero es escapar de nuestros problemas recientes y volver a encarrilar mi matrimonio. Entonces escucho a Ryan conversar entre susurros a última hora de la noche, y dice algo que me provoca escalofríos y que derrumba todo mi mundo de un golpe. Justo cuando pienso que las cosas no pueden empeorar, descubro un segundo secreto y la verdad es aún más impactante de lo que imagino. Ahora no sé en quién confiar. Se suponía que estas iban a ser las vacaciones perfectas, pero alguien no va a sobrevivir a ellas… No te pierdas este thriller psicológico lleno de giros del autor superventas Daniel Hurst. Te atrapará desde la primera página y mantendrá tu corazón latiendo con fuerza hasta la última.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

PAUL
CLEAVE
NO TE FÍES
DE NADIE
CLEAVE EMPUÑA
LAS PALABRAS
COMO ARMAS
LETALES.
NEW YORK TIMES
JENTAS BOOKS

No te fíes de nadie

Cleave, Paul
9788742811771
300 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Ha confesado todos los asesinatos. Pero ¿por qué nadie le cree? Paul Cleave, el gran autor nominado al premio Edgar, nos presenta una emocionante novela de suspenso de tintes psicológicos, donde un famoso escritor de novelas policíacas lucha por diferenciar su propia realidad de los aterradores argumentos que ha creado para sus obras. Jerry Grey es mundialmente conocido por su seudónimo de novela negra: Henry Cutter, y con este nombre le ha bastado para tener a los lectores en el filo de la butaca por más de un decenio. Con solo cuarenta y nueve años, Jerry ve truncada su carrera de escritor por un diagnóstico de alzhéimer prematuro. Sus doce libros cuentan historias de homicidios brutales, de un mundo desequilibrado, de víctimas que encuentran las formas más oscuras de la justicia. En cuanto la demencia comienza a desmoronar los muros entre su vida y las de sus personajes, Jerry confiesa su secreto más tenebroso: las historias son reales. Si lo sabe es porque ha cometido los crímenes. Sus allegados, incluyendo las enfermeras del asilo donde vive ahora, insisten en que todo está en su cabeza, que esa infortunada enfermedad ha estado jugando con su memoria, que la ha estado manipulando. Pero, si eso fuera verdad, ¿por qué hay tantas cosas malas sucediendo? ¿Por qué está muriendo gente? Una "novela poderosa". - Booklist Esta novela de suspenso será digna de recordase - New York Journal of Books

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Angela
MARSONS
PARA ELLA, YA NO HAY VUELTA ATRÁS.
SU VIDA, TAL Y COMO LA CONOCÍA, SE HA ACABADO.
RED DE
MENTIRAS
UN
THRILLER DE
KIM STONE
JENTAS

Red de mentiras

Marsons, Angela
9788742813225
418 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Sentada en una habitación sin ventanas, se le revuelve el estómago. El tipo le ha quitado el teléfono y lo ha destrozado con el tacón del zapato. Ahora baja la cara y se la pone a pocos centímetros. Para ella, ya no hay vuelta atrás. Su vida, tal y como la conocía, se ha acabado.

La **detective Kim Stone** acude a un establecimiento de la localidad y lo que ve la deja atónita. Del hombre que tiene delante ha quedado muy poco como para identificarlo con la foto del carné de conducir. Ahora sabe que se enfrenta al asesino más enfermo con el que se haya topado nunca.

Pero, mientras comunica la devastadora noticia a Diane Phipps, la esposa de la víctima, **Kim** nota que algo no encaja en la reacción de la mujer.

Veinticuatro horas más tarde, Diane se ha esfumado con toda su familia.

Aparece un segundo cadáver. En una reserva natural de la localidad, han clavado a un hombre al suelo.

Desesperados por encontrar una rápida solución, **Kim** y su equipo desentrañan una pista vital, un secreto ferozmente guardado que no solo vincula a ambas víctimas, sino que podría costar aún más vidas.

Y es un secreto que también protegen algunos policías.

Enfrentada a las mentiras de aquellos en quienes debería confiar, así como de familiares que no quieren revelar nada, **Kim** navega en las aguas más profundas de su carrera. Y, por si eso fuera poco, Tracy Frost, la reportera local, abre la caja de Pandora en el caso de una mujer asesinada por su marido un año antes.

¿Qué motiva a este homicida sanguinario, que se ensaña con sus víctimas de una manera tan metódica?

Para atraparlo, Kim debe ahondar en sus motivaciones. Pero ¿conseguirá desvelar la terrible verdad y detenerlo antes de que ataque de nuevo?

«**La sota, la reina, el rey y el as de la novela negra** […] No puedes dejar de leerla hasta el fantástico final […] ¡Otra lectura fascinante e hipnótica! Incluso me parece un insulto darle entre una y cinco estrellas, porque ¿**cuántas estrellas le darías al sol**?» - *The World Is Ours To Read* ⭐⭐⭐⭐⭐

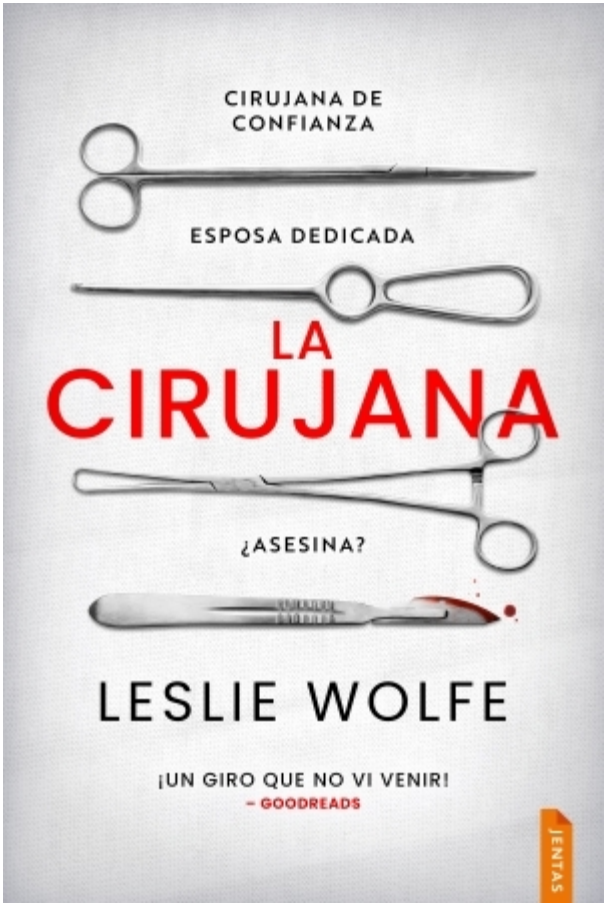
«**Debo de haber gritado "¡Qué coño!" un montón de veces** […] La mejor de la serie, hasta ahora. La leí en una sola tarde… **Devoré las páginas sin descanso**». - *Rachel's Random Reads* ⭐⭐⭐⭐⭐

«**Escalofriante […] Te revuelve el estómago** […] Me encontré leyéndola con la boca abierta desde el momento que la la trama empezaba a desarrollarse […] Hará que tu corazón lata más rápido y te mantendrá enganchado desde la primera página […] ¡¡¡**Angela Marsons es, sin duda, la reina del Crimen!!! Fabulosa, fabulosa, fabulosa, ¿qué más puedo decir**?». - *Stardust Book Reviews* ⭐⭐⭐⭐⭐

«**¡Guau! ¡Guau! Este libro me ha provocado una montaña rusa**

emocional […] Definitivamente, le doy un 6 de 5.» - *John's Book Shelf* ☆☆☆☆☆

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)


CIRUJANA DE CONFIANZA
ESPOSA DEDICADA
LA CIRUJANA
¿ASESINA?
LESLIE WOLFE
¡UN GIRO QUE NO VI VENIR!
– GOODREADS
JENTAS

La cirujana

Wolfe, Leslie
9788742812631
320 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Cirujana de confianza. Esposa dedicada. ¿Asesina?

Antes de que mi mundo se derrumbara, lo tenía todo. Una exitosa carrera. Una casa de ladrillo rojo preciosa, donde podía relajarme frente a la chimenea. Un apuesto y devoto marido cuyos ojos azules y sonrisa encantadora siempre me hicieron sentir segura.
Cuando digo la hora de la muerte, mi voz es firme. Mis compañeros permanecen en silencio a mi alrededor con los ojos fijos en mí, confundidos, preocupados.

Nunca he perdido a un paciente hasta hoy.

Mis manos tiemblan dentro de los guantes de látex. Me deslizo por las frías paredes de azulejos. Mi corazón se acelera en mi pecho.

Nunca he odiado a un paciente hasta hoy.

Pero ¿qué opción tenía después de haberlo reconocido?

¿Y qué haré para protegerme si alguien se entera de la verdad?

Un apasionante thriller psicológico que te pondrá el pelo de punta y te hará contener la respiración hasta el sorprendente giro final.

Opiniones sobre "La cirujana":

«**¡¡¡Guau!!!… ¡¡¡Un thriller psicológico que no podrás dejar**!!!… ¡¡**Te sorprenderá una y otra vez**!!… Absolutamente adictivo». – *Ratón de biblioteca86* ⭐⭐⭐⭐⭐

«**Me estaba aferrando a cada palabra**… **Suspense, intriga, acción, asesinato, misterio, traición y algunos giros inesperados**… ¡Definitivamente no te pierdas este libro!». – *Reseña en NetGalley* ⭐⭐⭐⭐⭐

«¡¡¡**Nunca he leído un thriller tan fantástico en mi vida**!!! Estaba constantemente en suspenso, conteniendo la respiración y vigilando mi recuento de páginas porque no podía esperar a ver cómo terminaba el libro… ¡**Si pudiera, este libro tendría 10 estrellas**!». – *Reseña en Goodreads* ⭐⭐⭐⭐⭐

«Un thriller fascinante y de ritmo rápido… Te engancha desde el principio, llevándote en un viaje salvaje y retorcido… Pude leer este en unas 9 horas porque me negué a hacer nada más… ¡**Suspense increíble, absolutamente adictivo**!». – *@rubie_reads* ⭐⭐⭐⭐⭐

«¡**Qué lectura más emocionante! Mi corazón está acelerado**… Me enganchó de principio a fin. Devoré "La cirujana" en menos de 2 días… ¡Absolutamente perfecto!». – Reseña en NetGalley «**No podía dejar de leer**… ¡Alucinante!». – *Reseña en Goodreads* ⭐⭐⭐⭐⭐

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

UN BESTSELLER DEL **SUNDAY TIMES**

Heidi Swain

Escapada secreta a la costa

«¡Una delicia veraniega!».
– Sarah Morgan

«Una lectura deliciosamente soleada con intriga y secretos añadidos».
– Bella Osborne

JENTAS

Escapada secreta a la costa

Swain, Heidi
9788742813201
406 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Tess Tyler necesita un descanso. Agobiada por su estresante trabajo y su exigente padre, apenas le
queda tiempo para cuidar de sí misma. Pero, después de un impactante descubrimiento, huye a
Wynmouth, la ciudad costera de la que se enamoró de niña, para escapar de todo.
Con sus playas de arena, sus impresionantes pozas y su acogedora comunidad, Tess siente que por
fin puede volver a respirar. Y, a medida que se acerca cada vez más a Sam, el dueño del pub local,
se atreve a soñar con no regresar jamás a su vida anterior. Pero su idílica estancia se ve perturbada
cuando una persona conocida regresa al pueblo. Tess se da cuenta de que también hay secretos en
Wynmouth y de que su propio pasado podría estar a punto de alcanzarla…
«Me encantó esta magnífica historia de secretos familiares y segundas oportunidades».
Rachael Lucas
«Una lectura deliciosamente soleada con intriga y secretos añadidos».
Bella Osborne
«Disfruté mucho de "Escapada secreta a la costa". Con personajes entrañables, un precioso
escenario veraniego y una gran historia llena de secretos. Es la lectura perfecta para un día de
relax».

Caroline Roberts
«¡Una delicia veraniega!».
Sarah Morgan
«Una lectura encantadora, dulce y veraniega».
Milly Johnson
«Sabio, cálido y maravilloso».
Heat
«¡Un rayo de sol literario!».
Laura Kemp
«Chispeante y romántico».
My Weekly

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)